

CIVILIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA



*Este número
contiene:*

UN CUENTO DE
W. FERNANDEZ FLORES

UN ARTICULO DE
MANUEL ABRI

UNA NOTA DE
MARCIAL LALANDA

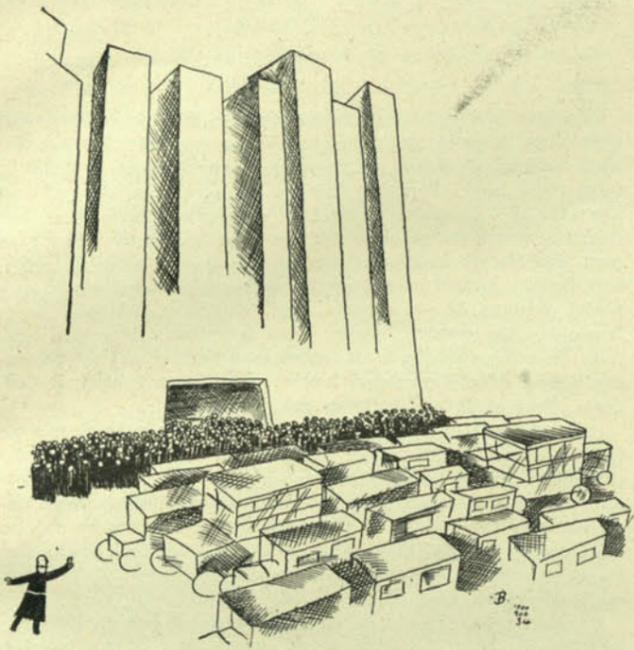
Dibujos de ARTECHE, M. ROSA
BENDALA, HORTELANO,
SANTONJA Y BILLIKEN

20 CENTIMOS

O T O D E A N G E L A R A C I L

CIVIDAD

LA SEMANA



Director: VICTOR DE LA SERNA

Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:

PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID

Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II.

2 de enero de 1935

Núm. 2.

HOY



WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ contribuye a este número de CIUDAD con un cuento titulado "La vaca adúltera". El gran humorista asoma en este relato con la fresca espontaneidad de sus páginas mejores, y el dibujante Ar-teche lo decora con su maestría habitual.

Completan el texto de esta edición una documentada crónica de Manuel Abril, titulada "Arte y Vida", con ilustraciones; "Recuerdos de montería", por Marcial Lalanda; valiosos trabajos inéditos de Félix del Valle, Pérez Mariluz y Muñiz Lavallo, además de otras colaboraciones de gran interés y de las secciones habituales.



MARIA ROSA BENDALA embellece una de las páginas de esta edición con sus modelos de vestidos, prosiguiendo en su loable empeño de crear una expresión española de la moda femenina, comparable a la de los países más atendidos en este aspecto.

A Wenceslao Fernández Flórez le han hecho Académico de la Lengua. No roguemos todavía a Dios por su ánima.

Antes, cuando uno era niño, si a un señor, casi siempre barbado, le metían, a fuerza de tertulias y de empujones, en el templo de los inmortales, caía sobre el pobre una losa. Cuando se cerraban tras él los portones del recinto, el barbado caballero empezaba a navegar sobre nubes y se escapaba en la primer madrugada hacia lo desconocido. Supongo que a mis lectores les habrá pasado lo que a mí y se habrán formulado, como yo, muchas veces esta pregunta:

—¿Vive todavía D. Leopoldo Cano?

Ahora entran en la Academia jóvenes escritores como el ilustre Wenceslao Fernández Flórez, en pleno vigor de una mente moza. Ahora ya no cabalgan los señores inmortales sobre nubes de olvido, sino sobre el así llamado corcel de la fama.

Tan proscritas están las barbas de la Academia Española, que D. Emilio Cotarelo, de quien se asegura que conoció a Lope de Rueda en persona—y de ello parecen ser testimonio los tremebundos estudios que hizo del comediante—, ha resuelto en un rapto de antibarbismo que Valle Inclán es un mal escritor.

Sin que yo quiera entrar en cuestiones tan exactamente peliagudas, paso a decir que la entrada del humor galaico en la Academia, encarnado en la juvenil figura de Wenceslao, me parece un magnífico regalo de Reyes para los periodistas españoles. ¡Galleguito, vitor!

CAUTAMENTE, no tanto por su propio poder de penetración como por el incorregible "snob" de cierta capa de nuestra sociedad, van entrando en los hogares madrileños los personajes de la mítica infantil protestante o extranjera.

Papá Noel, Santa Claus, San Nicolás, tropa de a pie, y todo lo más de a caballo, han suplantado entre las gentes de frivolidad mental a los tres castizos Reyes Magos, a esos "Tres Reis d'Orient" que sirvieron de tema a los primeros balbuceos literarios del romance castellano. Los tres santos monarcas que venían en camellos, con su majestuoso cortejo, después de adorar al Niño, después de cruzar las tierras fabulosas del Preste Juan de las Indias, tierras de especiería, de coral y de perlas, con sus mantos de armiño y sus túnicas teñidas por la cochinilla o la púrpura, se tienen que tropezar por los caminos de España con unos viejecitos atáridos, vestidos de burdo paño nórdico y monocromo. Esos ancianitos que se pierden por las encrucijadas de la tradición española y entran por la chimenea—aquí donde hay braseros o calefacción central—, en vez de llegar alegremente por la ventana del niño que duerme y pasar por el cristal "sin romperle ni mancharle", están causando un estrago espiritual en la infancia española.

Con muchísimo respeto debemos ponerlos en la frontera.

En cuanto a las ramas cimeras del pino castellano que quieren remedar a los pinabetes de la Selva Negra o de los Alpes Dolomíticos, volvámoslas a su primitiva, doméstica y patriarcal misión de calentar el horno para el buen asado de Medina o de Sepúlveda. ¡Ay, Señor! Tú nos pusiste con Tus sabias manos el hermoso pino de la meseta junto al pastizo donde ramonea la merina que amamanta al lechal.

¡Haz, Señor, que cumplamos tus designios!

SI a un espectáculo deprimente para la naturaleza humana como cierto campeonato llamado de baile, que se celebra en un teatro de Madrid, se le denominara "Trafalgar", el Reino Unido de la Gran Bretaña hubiera entablado una reclamación diplomática. Como lo denominan "Marathon", no pasa nada. Grecia, noble país, no tiene una escuadra muy poderosa.

Esta tranquilidad por la integridad de nuestro territorio no le impedirá a uno protestar contra el empleo indecoroso de la ilustre palabra. En represalia, los griegos podrán inferirnos cualquier atroz injuria, cien veces peor que una nota de cancillería y aun que un bombardeo de Baleares. Por ejemplo, que denominen "Bailén" a cualquier espectáculo de semejante inhumanidad e incultura y tan lejos de lo atlético y heroico.

Si nosotros supiéramos que en cualquier país a un número de circo se le llamaba "el salto de Alvarado", pondríamos, con razón, el grito en el cielo.

Por otra parte, se me ocurre proponer la creación de una Liga contra la trata de blancos, bastante más urgente y piadosa que otras Ligas con las que cubren su egoísmo los que no quieren confesar de una vez que es más cómodo y barato proteger a perros golfos y caballos de toros que salvar al hombre de la abyección, al niño de la miseria y a la mujer del desamparo.

Y exige menos angustia moral, menos caridad, menos ternura.

Siempre ha sido el corral el apéndice menos cuidado de una casa. Un buen corral no puede transformarse en albergue para un ser humano. Sobre él cae, en pleno, el sol, y la lluvia no tiene la oposición impenetrable del techo, primero, y del cemento o de los mosaicos, después. Me refiero al corral destinado a la especie gallinácea. Pero en medio de tal mundo trozo de tierra, brilla, yendo y viniendo, arrogante y pausado, bamboleándose cual pelota de plurales luces, un animal pequeño y orgulloso, con aires de emperador, reluciente como un objeto de orfebrería, nervioso y agitado, fino y señorial: el gallo.

Aun sin conocer la historia de sus instintos, con sólo verlo, se le supone ya con los pantalones bien puestos. No así a la gallina, que en su andar parece trabada por las faldas. El gallo es todo un hombre. Y la gallina nada más que media mujer. La gallina pone lo que puede, humilde, asustadiza, bonachona. El gallo, en cambio, resulta de pocas pulgas, incapaz de poner o de dar algo que no sea una constante y ostentosa exhibición de su donjuanismo. Le basta, para los efectos visuales, con ser bello y erguido.

I

Sobre el gallo se ha hecho excesiva literatura, hasta el punto de que su simbolismo sirve para expresar virtudes y vicios humanos. Encendido cual minúsculo lamparín, finchado a lo Don Juan Tenorio, tiránico cual dictador, no admite dentro de su recinto sino a otros gallos con los que, de primeras, polemiza a picotazos, para terminar compartiendo armoniosamente los beneficios del corral, lo mismo exactamente que los políticos en los Parlamentos.

El gallo, en sí, tiene un interés excepcional. Posee un corazón dinamitero, pronto a explotar a la menor coyuntura. Mal genio o genio fácilmente agriable. No rehusa jamás la pelea. Por eso cuando se dice que es fanfarrón se falta a la verdad. Creo todo lo contrario: que no hay animal más valiente, enérgico y rabioso. Es como un aparato que radia ondas fulminantes, aires bélicos, o que vaporizase esencias de guindilla. No sólo porque pica, sino porque todo su cuerpecillo se enardece, calienta, espelnde y se quema, cual si echase fuego, apenas se le provoca. Entonces las plumas de lindos colores metálicos se erizan, y la cresta, cordillera de coral, se enerva. Cuando se planta así, en tal actitud soberbia, infunde más respeto que los elefantes, esos grandes animales que por dentro no son más que humo que se solidifica o cuaja para producir esa piel de ceniza mojada.

II

¡Pero un gallito! No es nada un gallito. El más insignificante dispone de un caudal de coraje para repartir. Si este coraje incommensurable se expendiera a los hombres, adquiriría el precio del oro de 18 quilates. Porque nosotros hemos perdido ese fuego que invade al ser hasta hacerle olvidar que la vida es una tontería soberana. Tal vez ese olvido obedezca a que hemos creado escalas de jerarquías vanas, voluptuosidades, medallas conmemorativas, legiones de honor y condecoraciones infinitas. En cambio, el gallo sabe que fuera de la gallina, más allá de la gallina, ningún placer es cierto, ni ninguna misión que no sea la de conquistarla—pisarla diría el gallo, si hablase—vale la pena. Su vida es, pues, un homenaje perpetuo, a la par fuerte y delicado, al sexo débil. Y toda su fortaleza la consumiría en ese homenaje si no lo desviásemos aviesa, mañosamente, del corral hacia la lucha y la pelea.

Mas el hombre ha nacido para especular con la nobleza de los animales, para buscarles las cosquillas, en este caso la rabia. Placer malsano que revela nuestra necesidad de ver aquello que no nos sentimos capaces de realizar, pudiendo hacerlo, porque si bien no disponemos de espolones, la Naturaleza nos ha dotado de puños, y la industria, de navajas, instrumentos suficientes para abrir constelaciones de bultos y canales de sangre. Preferimos que lo hagan entre ellos estos animalitos, siempre dispuestos a demostrarnos que no huyen ni rehuyen la contienda allí donde se les plantea o invite a desarrollarla.

Y la verdad es que la pelea entre dos gallos es mucho más leal que entre dos boxeadores profesionales. En primer lugar, los gallos combaten desinteresadamente y, a pico, emocionan, conmueven, por su resistencia y por su inagotable agresividad. Jamás cometen una falta, un atropello, cosa que no ocurre ni en los encuentros de fútbol, donde el jugador ventajista arrolla, si puede, al contrario, faltando a las leyes de limpieza que deben prevalecer en un deporte en que las patas lo son todo. ¿Qué diríamos de la mula si hiciera algo más que cocear? El gallo, peleando, está moralmente por encima del hombre.

Y por ello, una vez puesto en tono de batalla, se arma, se empenacha, se yergue sobre las escarpas de sus patitas delicadas. En realidad se convierte en una moña de carne y seda. Sus plumas se erectan y toda su cola es como un abanico de ópalos. Sus ojillos asiáticos, que, generalmente, tienen el color del oro viejo, miran y remiran. Con cautela, en efecto, avizora el gallo los movimientos de su rival, de la misma suerte que nosotros ponemos el oído para escuchar una música distante. Da pequeños pasos,



va despacio, con algo de entornillador, como si a través del terreno que pisa tomara el pulso del contrincante. Y así espera, roneando, mientras el espectador mira sin perder momento. A pesar de esta atención religiosa de los expectantes, el primer zambombazo del gallo tiene la rapidez de una descarga eléctrica. El gallo salta sobre su contendiente, burlando nuestra cuidadosa atención. No abre mucho las alas, pero el pico, fino y agudo martillo, cae sobre el cuerpo enemigo, haciendo mella en el cogote o en otro sitio más blando. Sólo el cinematógrafo, y al "relanti", sería capaz de registrar ese formidable golpe inesperado. Y es que el co-

PSICOLOGIA DEL GALLO POR FELIX DEL VALLE

EXCLUSIVO PARA "CIUDAD"



DIBUJOS DE ENRIQUE HORTELANO

raje—ya lo hemos dicho—es electricidad o dinamita. A veces, el gallo canta después del primer picotazo, enarbolando el cuello elástico, donde la gorguera de plumas resplandece. Y ya furioso, con navaja o sin ella, acomete ciego, silencioso, inexorable, heroico, ansioso de una victoria que no le proporcionará ni siquiera el hierro de una cruz de guerra. Más candor no es posible advertir en nada ni en nadie.

III

¿Es justo que nos aprovechemos de esta disposición innata del gallo para la pelea explotándola? Yo no soy miembro de ninguna sociedad protectora de animales, y gusto de las corridas de toros como nadie. Pero las corridas son otra cosa. Al gallo no hay derecho a enfrentarlo contra su semejante. Que a veces, por diferencias surgidas en el corral, por celos, se ataquen entre ellos para defender su honor, es tolerable. Lo mismo hacen los hombres cuando, merced al matrimonio, creen haber adquirido la propiedad absoluta de esa criatura frágil, sumisa y peligrosa que es la mujer. Sin embargo, nadie osaría adiestrar a la mujer, cultivar sus inclinaciones a la deslealtad para aprovechar iras que encendiesen implacablemente al hombre. Ello lo castigarían los códigos. Pues es lo que hacemos con los gallos.

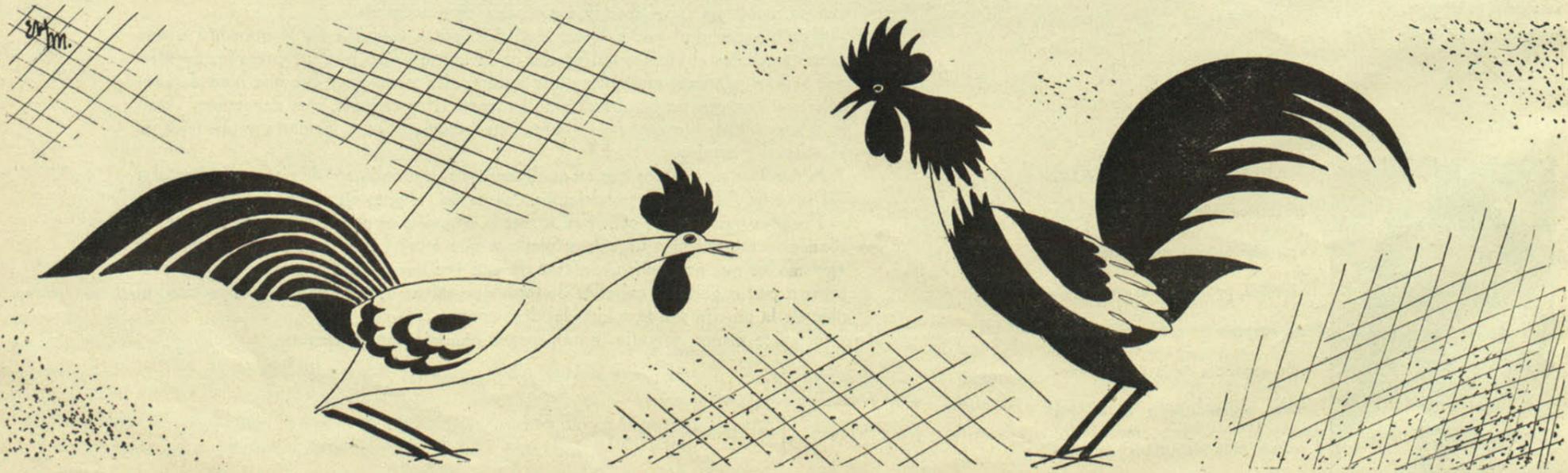
Si pensásemos solamente en que los huevos que a diario nos soportamos—alimento indiscutible—no existirían sin ellos, ya nos cuidaríamos de no emplearlos para otra empresa que no fuera la de producirlos. Esto desde un punto de vista egoísta y, desde luego, vigorosamente indiscutible. Y a base de este argumento se podrían construir muchos otros, que omito, por ser de naturaleza tan cruda, que ni adobados por una literatura disimuladora dejarían de ser mortificantes para nuestro varonil orgullo.

Dejando, pues, al gallo en el corral, entre su harén, cumpliríamos nuestro deber. El gallo cumple con el suyo. Porque, además, es cortés y pomposamente bien educado. Fijémonos en que nadie saluda al sol primero que él. Ni nosotros, que le debemos al dios de los incas el grano de trigo y el calor vital y estimulador que nos empuja hacia adelante. Quiere decir que el gallo, al abrir los ojos, reza a quien todo lo puede y fecunda, en agradecimiento riguroso y constante. Y que, por lo tanto, además de ser matemático en su gratitud, además de ser un gallo, es un poeta perfecto que canta al aire y a la luz, sin propósito de que recojamos en un disco o en una antología su canto sin palabras. Desprecia a la gloria y a los monumentos, que sólo sirven para que los pájaros errantes depositen en cabezas célebres, inmortales, aquello con que suele abonarse la tierra. Riqueza negativa para el olfato, pero que sobre las broncíneas testas memorables se pierde, puesto que, de caer sobre el fango de la tierra, avivaría y fortalecería la gracia y el perfume de las flores.

IV

No encuentro, pues, manera de establecer una comparación justa del gallo en los diversos tipos que forma y enaltece la civilización. Acaso los militares se le aproximen. Desde luego, sólo cuando están uniformados—botones de oro, galones de idéntico metal, plumas y charreteras; todo el decorado, en fin, que en el gallo es natural—y cuando mandan con voz firme, falso remedo del canto del gallo, a una masa obediente y disciplinada, lo cual ya resta un poco de mérito a la firmeza y solemnidad imperiosa de la voz. Mas reparemos en que tampoco los militares se le asemejan en lo que se refiere al coraje, pues los gallos pelean entre ellos, aunque pertenezcan al mismo corral, y los militares se respetan la vida mutuamente, como corresponde a seres hermanados por la civilización, la cultura o la humana fraternidad.

Bien sé, por último, que al gallo no se le califica de rey de la creación. Es demasiado pequeño de estatura para asumir un papel tan elevado. Pero observe el lector que a ningún calzonazo se le dice: "Ese es un gallo". Sólo al hombre fuerte, poderoso, física o mentalmente atlético, se le nombra: "Ese es un gallo". Y cuando queremos lanzar a un gran hombre contra otro, también apelamos al mismo recurso, gritando: "¡Fulano es mi gallo!", a lo que nuestro contendor responde: "¡Zutano es el mío!". Así la vida humana, a medida que más nos elevamos, resulta más pelea, rivalidad y jaquetonería. Y aunque tomemos al gallo como símbolo, la verdad es que nadie llega a igualarle siquiera en sus hazañas. Porque nuestras peleas, en todos los órdenes, son más bien muchos ladridos de perros con nombres diferentes, lo cual avala y convierte el corral sucio en plataforma moralmente más limpia y significativa que el palacio suntuoso o la sala de lujo elegidos para eso que llamamos—tal vez para disfrazar los ladridos—realización de altas y fogosas deliberaciones, polémicas en las que, como el lector lo habrá comprobado, no hay alma, ni fuego, ni vuelo, sino ferias de picos romos que gritan furiosamente, pero que ni pichan ni hieren. Y es que entre los hombres no hay un gallo auténtico, con las cualidades velozmente fijadas, acaso por la misma razón que entre los gallos no hay posibilidad de simbolizar al hombre de nuestros días.



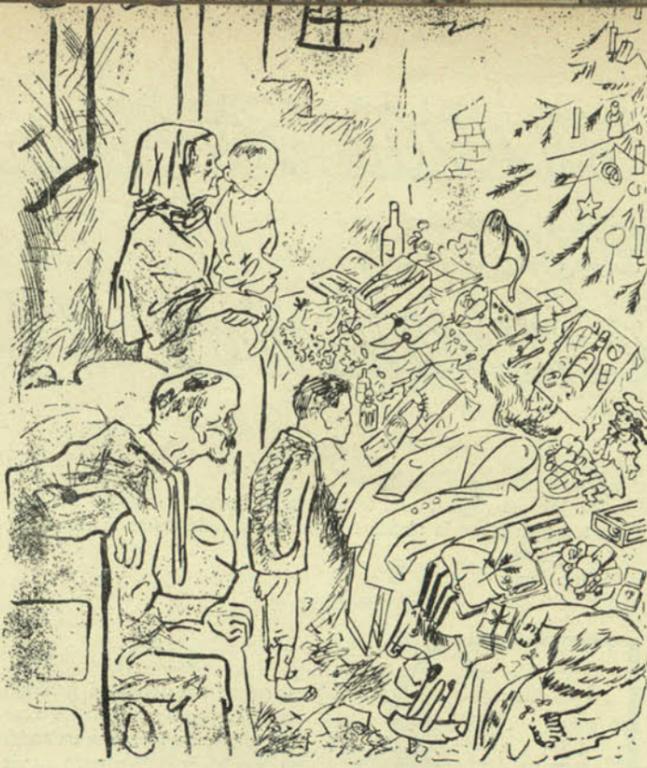
Las obras de los dibujantes son, en los tiempos actuales, el verdadero diagrama de la vida universal. En sus líneas van quedando registrados los altibajos y trémolos de nuestra existencia toda, especialmente en costumbres y en maneras: en todo aquello que incumbe a la sociedad, a las instituciones humanas, a las ilusiones colectivas. A todo, por supuesto; el alma toda y el destino entero van quedando en las líneas del dibujo, como dicen los filósofos que quedan en las líneas de la mano las buenas y malas venturas. La cuestión es acertar en la interpretación de las líneas. Hay que leer las líneas y entre líneas.

Nosotros, verdaderos gustadores de esta clase de lecturas, hemos echado un vistazo por algunos grafismos alusivos a las fiestas pascuales de estos días, y queremos compartir con los lectores unos cuantos comentarios.

¿No salta a la vista enseguida la firmeza inquebrantable y milagrosa de una institución sagrada, la familia, y el influjo omnipotente de un casi panteón: el comestible?

Cuando no ha desaparecido la familia ante las ceremonias de estos días, es que tiene engarfiadas las raíces en los estratos más hondos de la geología humana.

La paz del hogar, con niños, es una paz armada, o sea nominal, como casi todas las paces. Los ángeles del hogar son, ya de por sí, y de ordinario, unos ángeles caídos



"Noel", dibujo de Grosz.



"Sueño de una noche de Navidad", dibujo de Girod.

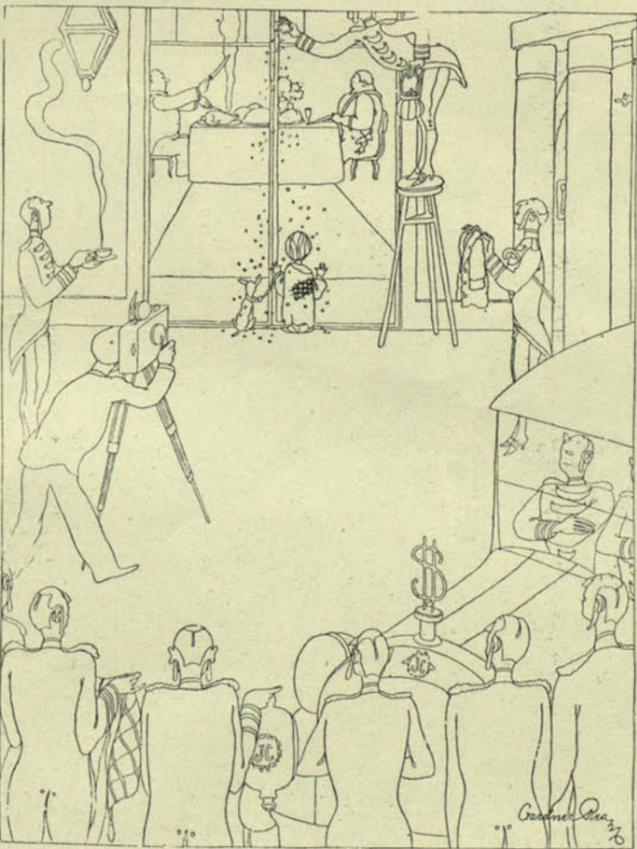
vaídos a cada paso—y bélicos de suyo. Pero en los días normales del año se encuentran abandonados a sus medios naturales nada más. En cambio, en las fiestas de ahora, le crece al niño en la región abdominal un órgano supletorio, y, aunque caedizo, en funciones durante todas las fiestas: el tambor.

¡ Señor, qué casos!... Ya el tambor, por sí solo y bien tocado, carece de atractivo suficiente para ser conducido a domicilio y estarle oyendo de la noche a la mañana. Un concierto de tambor, de dos o tres horas seguidas, resultaría de seguro un poco fuerte, por virtuoso que fuera el solista y aunque le acompañaran al piano. Pero es algo tremendo un tambor a diario, todo el día, en manos de un indocto que quiere a fuerza de golpes suplir con cantidad la calidad y resolver por puños y violencia—según propensión frecuente—lo que no puede lograr porque carece de técnica. ¡Cómo se venga el asno con los golpes que en muerte recibe de los golpes que en vida le dieron!...

El nacimiento del Niño Dios pone a los niños de los hombres en delirio de africanos convulsionarios, y la soledad sonora del poeta se convierte en acompañamiento estrepitoso y comunal—comunal y descomunal—dondequiera que existe una familia.

Hay momentos de tregua, desde luego: los momentos de la comida. Los momentos patriarcales. Los patriarcas y la prole y parentela, consanguínea y colateral, se sientan en la


 Arte y Vida
 por
 Manuel Abril



"Nochebuena para el cine", dibujo de G. Rea.

época pascual—como los caballeros del Graal en torno al cáliz—, en torno a la sopera. Robinsón, el gran humorista inglés, nos hace ver en sus dibujos que humea la misma sopera y cuecen las mismas habas en Londres que en Madrid. La fiesta patriarcal suele presentar dos aspectos: la bélica y la reticente. La bélica corre a cargo de los niños, que suelen acabar—o empeorar—aplicando a los hermanos o primos que han ido a comer aquel día los ejercicios de golpeo que han estado ensayando aquellos días en el instrumento musical de percusión a que nos hemos referido anteriormente. Percusión en la piel del tambor, percusión en el parientito macrocéfalo. Y se arma el Belén, por ser del caso.

Entre los mayores, no; la Pascua no es pugilística. Pero raro será que no se cierna sobre los comensales sonrientes la amenaza de algún nubarrón de mal presagio. A veces, porque se habla—de algo hay que hablar—de esa cuestión—la política—en la que estamos todos, a falta de conocimientos de otro género, profundamente impuestos, y se agría el mazapán entre melchoreros, gasparistas y baltasarinos; o bien hay tirantezas por cuestiones íntimas y antiguas: porque aquella dama gorda, que ahora está hecha un tonel, tuvo, cuando era finita y comenzaba a dejar de estar finita—o sea en el momento de la curva



"Paz en la tierra...", dibujo de R. B. Fuller.

más en sazón y sabroso de su apetitosa adolescencia—, relaciones amorosas con su primo, que se encuentra presente también con su esposa, una señora que está en brasas y en los huesos. Aquello terminó. Fué, como quien dice, un ensayo. Ahora están casados una y otro; pero en el marido de ella y en la esposa de él se retuerce la sierpe de los celos, como si la anguila enorme de mazapán de Toledo, que se muerde la cola en la caja esperando el momento de los postres, anduviera, entera y viva, por el corazón y aledaños de la ella de él y el él de ella.

... La familia, pese a todo, persiste incommovible, firme, erguida, subsistiendo a los años, y diciendo: "¡A ver quién es capaz de inventar algo mejor y que pueda vencer a todo esto!"

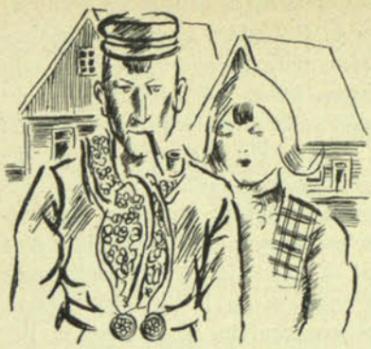
Por eso, a pesar de todo, las luchas "intestinas" de estos días quedan siempre en el secreto del hogar. Al exterior trasciende solamente, no el vuelo de palomas del poeta, sino el vuelo de jamones que Girod, el dibujante alemán, ha representado en su obra.

Lo malo es que el olor de los asados llega a veces a familias ciudadanas que no tienen siquiera el consuelo de poderse zaherir en torno al pavo. La vida se parte en dos: la del escaparate y la de fuera. Entre medias, el cristal, bien transparente, para que puedan a placer los de la calle contemplar lo que no tienen. (Aquí el dibujante Jorge Grosz entra en escena.)



"Armonía de Pascuas", dibujo de Heat Robinson.

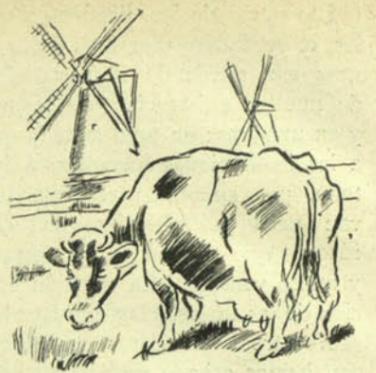




La vaca adúltera

cuento

por w. fernandez florez



—Una vez, en mis viajes por Holanda, después de ver cómo avanzaban los dos brazos del dique que había de cerrar el Zuiderzee, condenado a desecación, o cómo crecían las ingentes paredes de una nueva esclusa, o cómo rodaban los quesos desde las orillas del canal de Alkmaar, para amontonarse

en las barcas panzudas y chatas, mi espíritu sentía la apetencia de otros temas. Los molinos negruzcos, los bosques que contienen las dunas en la proximidad de Scheveningen, los pintorescos trajes de los campesinos, las viejas ciudades románticas, como Veere o la apacible Arnhem, que da al Rin la musical afluencia del lento río de notas de su carillón, despertaban en mí vagas inquietudes líricas. Si se adornaba una conversación sobre el cooperativismo o la producción de la patata en Groninga, preguntaba con interés:

—¿No hay leyendas en este país? Me gustaría conocer alguna. Únicamente conseguía que mis interlocutores se mirasen con extrañeza, como si consultasen entre sí:

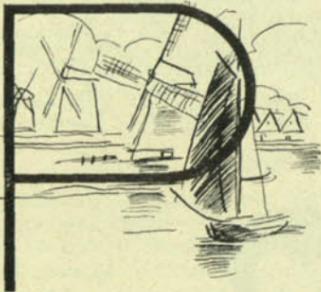
—¿Sabe usted, acaso, si existe en Holanda algo de lo que solicita este hombre?

—No—decían después—, no hay leyendas. Pasaba un ligero momento de embarazo, como cuando un huésped pide indiscretamente a su anfitrión algo que no hay en la despensa. ¡Si se me hubiese antojado una larga pipa de barro blanco, de Gouda, o una cucharita de plata con el escudo de Utrecht, o un bote de ese chocolate granulado que es gustoso dejar caer como leve y negro granizo sobre el pan con manteca...! Pero aquellos hombres fuertes, que hacen surgir las tierras de entre el mar gris y los turbios ríos caudalosos, se olvidaban pronto de mi frivolidad. ¿Leyendas? No, no había leyendas.

Y yo pensé:

—Tengo que regalar una leyenda a la amable Holanda. Le sentaría tan bien como la rizada futilidad de la cofia sobre la frente de sus campesinas.

Y he la aquí:



—¿Sabe usted, acaso, si existe en Holanda algo de lo que solicita este hombre?—No—decían después—, no hay leyendas. Pasaba un ligero momento de embarazo, como cuando un huésped pide indiscretamente a su anfitrión algo que no hay en la despensa. ¡Si se me hubiese antojado una larga pipa de barro blanco, de Gouda, o una cucharita de plata con el escudo de Utrecht, o un bote de ese chocolate granulado que es gustoso dejar caer como leve y negro granizo sobre el pan con manteca...! Pero aquellos hombres fuertes, que hacen surgir las tierras de entre el mar gris y los turbios ríos caudalosos, se olvidaban pronto de mi frivolidad. ¿Leyendas? No, no había leyendas. Y yo pensé:—Tengo que regalar una leyenda a la amable Holanda. Le sentaría tan bien como la rizada futilidad de la cofia sobre la frente de sus campesinas. Y he la aquí:

—¿Sabe usted, acaso, si existe en Holanda algo de lo que solicita este hombre?—No—decían después—, no hay leyendas. Pasaba un ligero momento de embarazo, como cuando un huésped pide indiscretamente a su anfitrión algo que no hay en la despensa. ¡Si se me hubiese antojado una larga pipa de barro blanco, de Gouda, o una cucharita de plata con el escudo de Utrecht, o un bote de ese chocolate granulado que es gustoso dejar caer como leve y negro granizo sobre el pan con manteca...! Pero aquellos hombres fuertes, que hacen surgir las tierras de entre el mar gris y los turbios ríos caudalosos, se olvidaban pronto de mi frivolidad. ¿Leyendas? No, no había leyendas. Y yo pensé:—Tengo que regalar una leyenda a la amable Holanda. Le sentaría tan bien como la rizada futilidad de la cofia sobre la frente de sus campesinas. Y he la aquí:

—¿Sabe usted, acaso, si existe en Holanda algo de lo que solicita este hombre?—No—decían después—, no hay leyendas. Pasaba un ligero momento de embarazo, como cuando un huésped pide indiscretamente a su anfitrión algo que no hay en la despensa. ¡Si se me hubiese antojado una larga pipa de barro blanco, de Gouda, o una cucharita de plata con el escudo de Utrecht, o un bote de ese chocolate granulado que es gustoso dejar caer como leve y negro granizo sobre el pan con manteca...! Pero aquellos hombres fuertes, que hacen surgir las tierras de entre el mar gris y los turbios ríos caudalosos, se olvidaban pronto de mi frivolidad. ¿Leyendas? No, no había leyendas. Y yo pensé:—Tengo que regalar una leyenda a la amable Holanda. Le sentaría tan bien como la rizada futilidad de la cofia sobre la frente de sus campesinas. Y he la aquí:

—¿Sabe usted, acaso, si existe en Holanda algo de lo que solicita este hombre?—No—decían después—, no hay leyendas. Pasaba un ligero momento de embarazo, como cuando un huésped pide indiscretamente a su anfitrión algo que no hay en la despensa. ¡Si se me hubiese antojado una larga pipa de barro blanco, de Gouda, o una cucharita de plata con el escudo de Utrecht, o un bote de ese chocolate granulado que es gustoso dejar caer como leve y negro granizo sobre el pan con manteca...! Pero aquellos hombres fuertes, que hacen surgir las tierras de entre el mar gris y los turbios ríos caudalosos, se olvidaban pronto de mi frivolidad. ¿Leyendas? No, no había leyendas. Y yo pensé:—Tengo que regalar una leyenda a la amable Holanda. Le sentaría tan bien como la rizada futilidad de la cofia sobre la frente de sus campesinas. Y he la aquí:

y negras del ganado. Pero en los últimos días de octubre, la aguijada del frío empujó hacia la tibieza de los establos a las vacas de ubres monstruosas y a los toros de cuernos replegados sobre el testuz. A las puertas de todas las granjas frisonas resonó el vagido con que los animales se despedían de los meses de vida al aire libre, y los establos volvieron a poblarse de ruido, de calor animal y de dulce olor vacuno.

El más fuerte y ancho obstáculo que encontraban los vientos del Norte al recorrer la llanura era la casa de Nijgh. Un grupo de árboles, inclinado por la tenaz presión de los huracanes, la protegía. Y ella protegía, a su vez, a la obscura construcción de espesos e inclinados techos de paja, donde se hacinaba el heno y los animales rumiaban su comida, mientras el largo invierno rumiaba sus minutos.

En toda la Frisia, el nombre de Nijgh está aureolado de respeto. Si alguien ha conseguido acercar una vaca a la perfección, no es otro que el propio señor Nijgh. Puede creerse que si el señor Nijgh se hubiese propuesto que sus vacas bailasen, llegaría, al través de cruces rebuscados e inteligentes métodos de alimentación, a conseguir que los empresarios de "Maravillas" buscasen en sus establos, mejor que en las porterías de Madrid, las *girls* de sus "conjuntos". Pero el señor Nijgh tenía puestas sus ansias en la más copiosa producción de leche, y sus vacas eran ubres enormes que, dos veces al día, dejaban escapar blancos ríos mantecosos, en los que parecían ir a desinflarse, a desleirse, mientras la ordeñadora eléctrica trepidaba sordamente en el cobertizo.

Ningún oficial tercero del Estado español vive tan gratamente como el ganado del señor Nijgh, en casa de suelos tan limpios, con tan coquetones visillos en las ventanas; y muy pocas de las señoritas que asisten a las funciones de gala del "María Isabel" podrían jactarse con justicia de dedicar a su piel tantos y tan escrupulosos cuidados como los que abrillantan, hasta darle calidades de terciopelo, la piel de aquellas bestias excepcionales. El señor Nijgh había ganado en los concursos ganaderos tantas medallas de bronce,

Y puso en manos de los compradores el certificado del Stamboek con la altiva seguridad que un noble puede tener cuando enseña sus pergaminos.



ILUSTRACIONES

DE

ARTECHE

ARTECHE 55

plata, oro y otros metales de clasificación dudosa como serían precios para fundir su estatua, y, en sus viajes a la capital, cuando se sentaba en el mejor café de Leeuwarden, la calidad de las personas que se le acercaban, el tono de voz con que le hablaban, la alegría mal disimulada con que aceptaban sus puros, eran revelaciones de la admiración que había llegado a despertar entre sus conciudadanos. Porque toda Frisia no vive más que para las vacas.

Precisamente aquel año, el señor Nijgh había obtenido un triunfo del que todavía se hablaba en la comarca. Su toro *Jan XXV* fué adquirido en la considerable cifra de 6.000 florines por unos granjeros del Transvaal. Los boers habían recorrido el país, examinando los mejores ejemplares, y se habían detenido, absortos, ante aquella maravilla de los establos de Nijgh. Ningún animal tan perfecto en toda Holanda. Pocos tenían en los libros de la Friesch Rundvee Stamboek, donde se registran escrupulosamente las propiedades vacunas, una ascendencia tan ilustre. Su padre era un *Jan* famoso, de la gloriosa estirpe de los *Jan*, célebre en los mercados. Su madre, una *Aaltje*. ¡Encantadora vaca! Se llamaba *Erna*, en recuerdo de la moza alemana que la había cuidado con tanto cariño como si la hubiese llevado en sus entrañas. *Erna*, convertida en pedazos, repartida en cazuelas de tamaños diversos, rodeada de patatas cocidas, había pasado ya a ese otro mundo de las vacas que está en los estómagos de los seres humanos. El señor Nijgh se acordaba de ella con orgullo. Pero el recuerdo que iluminaba su ancho rostro con las luces de la soberbia era el de *Jan XXV*, que ahora prolongaba la exquisitez de su raza en las prósperas tierras del África Austral. Todas las experiencias del señor Nijgh habían culminado en aquel ser sin tacha, que llevaba grabadas en los cuernos las cifras simbólicas del registro del Stamboek. Había vacilado mucho en cruzar a *Erna* con un *Wodand*, pero ahora estaba satisfechísimo de su preferencia por el *Jan*. Nijgh era un paladín de los *Jan*. A los *Jan*, bien vigilados y atendidos, se debería el llegar a que el suelo de Holanda fuese el sostén de los ejemplares bovinos más útiles y bellos del mundo. Cuando los boers habían retrocedido, asustados, ante la cuantía del precio, el señor Nijgh se limitó a decir con energía.

—Es un *Jan*. El mejor *Jan* de cuantos han existido.

Y puso en manos de los compradores el certificado del Stamboek con la altiva seguridad que un noble puede tener cuando enseña sus pergaminos.

El retrato de *Jan XXV* estaba en todas las paredes de la casa; era el que más abundaba en la galería que todo ganadero de Holanda forma con los ejemplares más notables, dignificando por utilidad la costumbre de otros países, en los que se prefiere adornar los muros con retratos de abuelos y bisabuelos sin sucuencia ni provecho y de abuelas y bisabuelas cuya leche—con la que apenas se podría hacer la mantequilla suficiente para un *sandwich*—ni siquiera había servido para alimentar a sus vástagos, confiados a amas de cría.

Fué en una de las primeras noches de diciembre cuando ocurrió el primero de los extraños fenómenos.

Traía el viento agujas de hielo, y los árboles que amparaban la casa se retorcián en contorsiones tan violentas como si quisieran desprenderse y huir. Parecía haber olor marino en la noche, porque acaso el vendaval trajese el polvo de agua de las olas que se deshacían contra los diques lejanos. El señor Nijgh había recorrido aquel día más de diez kilómetros en su bicicleta, y el huracán parecía empeñado en arrojarle irreverentemente a los canales que bordeaba el camino. En la tibieza de su despacho, escribió varias cartas, y, después de cenar, sentado cerca de la gran estufa de azulejos, leyó los diarios hasta que sus párpados se hicieron de plomo. Entonces subió las escaleras que conducían a su alcoba.

Nadie, como no sea un moro, dispone de escaleras tan empinadas como un holandés. Los peldaños, estrechos y altos, malhumoran cuando hay que ascender por ellos y estremecen cuando hay que bajarlos. Pero el señor Nijgh los escaló sin lanzar ni un suspiro, suficientemente compensado por la ilusión de aquella cama ancha, muelle, hinchada por el enorme edredón de blanca funda, que le esperaba al fin de tan fatigoso esfuerzo.

Quince minutos después, sobre la barriga del señor Nijgh, aquel edredón fingía otra barriga monstruosa. El honorable frisón, con el embozo hasta la barbilla, se immobilizaba, como un animalucho temeroso de atraer la atención de sus enemigos, para que el frío y la humedad de las sábanas no se encarnizasen con él. Esperaba vencerlos, como vencía todas las noches, al poco tiempo de permanecer así, convirtiendo en agrado y tibieza aquella primera impresión escalofriante. Y ya se aventuraba a estirar el compás de sus piernas, cuando oyó un mugido.

Era un mugido que encontraba carril en el viento que aullaba bajo las puertas y entraba con él, lamentable, distinto y parejo, como si la miseria y la muerte fuesen del brazo entre las sombras. Un mugido largo, temblón, lleno de lágrimas—hay que expresarlo

así—, aislado entre todos los tristes ruidos de la noche como un cuajarón de la misma tristeza.

Nijgh escuchó. Había oído mugir a muchas vacas, pero nunca de tal manera. Solivó la cabeza para que el blando almohadón no tapase sus orejas y esperó. El mugido sonó otra vez, largo y doliente.

—A ese pobre Mulder—pensó—debió de escapársele alguna vaca. Mulder, el granjero vecino, merecía todo el desprecio de Nijgh. Su ganado era poco y pésimo. Más de una vez le habían rechazado en la cooperativa la leche que llevaba a quesificar, porque estaba muy lejos del tanto por ciento de materias grasas exigible. Y Mulder, en vez de enrojecer, había mascullado unos insultos contra el ingeniero que le hacía el regalo de sus consejos para corregir la vergüenza de tener en sus campos animalillos tan deficientes.

—A ese pobre Mulder debió de escapársele alguno de sus pelletes de agua—volvió a pensar.

Al mismo tiempo, Mulder gruñía:

—¿Es posible que el viejo vanidoso de Nijgh dejase una vaca en el campo?

Y en otra granja, el ganadero Leen daba un rodillazo a su mujer, medio dormida ya, para consultarle:

—¿De quién será esa vaca que muge en la pradera? No creo que la encuentren muy sana, si ha de pasar toda esta noche a la intemperie.

Veinticuatro horas después, los mugidos volvieron a oírse. Y a la otra noche. Siempre prolongados y melancólicos, casi empavorecedores. Los criados de las granjas habían hablado de ellos ya, y estaban seguros de que ninguna de las bestias guardada en sus establos los exhalaba. El mugido, llevado por el viento, rondaba las casas: iba de aquí para allá, se oía en todas al mismo tiempo y tan próximo como si el animal estuviese junto a la misma puerta. Un empleado de Nijgh se levantó y miró con una linterna en los alrededores del establo, y no vió nada más que jirones de niebla, que se acercaban a su luz, temblorosa, como las mariposas a las lámparas. Nijgh se dignó entonces hacer algunos comentarios.

—Pues hay alguna vaca que sale al campo por las noches. No me lo explico, pero es así.

Durante seis noches se repitió aquella queja. La séptima no se oyó. El señor Nijgh comenzaba a sentir en sus ojos las arenas del sueño y a sumirse en su dulce inconsciencia, cuando percibió un ruidillo junto a la cama. Separó lentamente los párpados. Y, rápidamente desvelado, vió allí, cerca de él, fosforeciendo con una rara luminosidad, los ojos más tristes que nunca, un hilo de baba—como un hilo de luz—colgando del bello, a su vaca *Erna*, muerta, descuartizada y engullida hacia dos semanas.

El señor Nijgh abrió la boca, de dientes ennegrecidos por el tabaco de Sumatra. ¿Qué quería decir aquella visión? El señor Nijgh pensó que ninguna vaca podía subir las escaleras de su típica casa holandesa; pensó también que no convenía a sus años cenar bistés a la alemana y que al día siguiente habría de tomar dos colmadas cucharadas de sales de magnesia. Lo que no pensó fué en un fantasma, porque en la grave y trabajadora Holanda nunca había oído que se presentase ninguno. Así, fué mayor su pánico cuando vió que *Erna* caía sobre sus cuatro rodillas y humillaba la testa casi hasta rozar con ella las ropas del lecho.

—¡Perdón!—mugió la voz sobrenatural de la vaca—. ¡Perdón!

El señor Nijgh alargó su mano en aquel ademán con el que durante tanto tiempo había acariciado la amada cabeza de *Erna*; pero no encontró más que el aire frío.

—¡Perdón!—siguió la vaca—. ¡Fué por mi culpa..., pero la expío bien duramente!

—¡*Erna!*—pudo hablar Nijgh con voz ahogada—, ¿cómo es posible que estés aquí...?

Y *Erna*:

—¡Oh, amo: *Jan XXV*...!

—¿Qué?—indagó Nijgh, sobresaltado al oír el nombre glorioso.

—Mi hijo...—susurró la vaca—no es un *Jan*.

Hubo un silencio en la alcoba. El ganadero se incorporó

—¿Cómo que no es un *Jan*, *Erna*?

—No; es una mancha en la estirpe; lleva un nombre que no es de él. Su padre...

Pausa. El señor Nijgh rugió:

—¿Quién es su padre? ¡Pronto!

—Su padre es el toro cojo de Mulder...

—¡El..., Mulder...! ¡Insensata!

Alargó sus manos crispadas hacia el pescuezo de la vaca.

—Una noche templada... No..., fué al amanecer... Todos dormían en la granja, y era aún la buena época en que se vive en el campo... El toro de Mulder pasó a nuestra pradera... Había quedado abierto el portillo... La ocasión..., el ambiente...

El señor Nijgh se mesaba el cabello:

—¡El..., un b*stardo..., hijo de ese animalucho que no está inscripto en el Stamboek...! ¡Seis mil florines...! ¡He engañado a

esos hombres...! ¡Y lo he cruzado, antes de venderlo, con doce vacas! ¡Es el deshonor, el deshonor! ¡Miserable!

Erna quebró su hilo de baba contra la alfombra:

—¡Amo, perdón; no encontraré la calma hasta que lo hayáis concedido!

Y soltó el sollozo de un mugido. Nijgh insistió, sombriamente:

—¡Has deshonrado mi casa!

Miraba fijamente las tinieblas; le temblaba el mentón; sus cabellos grises aparecían revueltos y húmedos. El fantasma de la vaca aguardaba una frase de disculpa o piedad...

Bruscamente, el señor Nijgh arrojó la montaña del edredón al aire y prorrumpió en esa estremeceadora carcajada que lanzan todos los personajes de leyenda que se vuelven locos.

EXCLUSIVO PARA "CIUDAD"

LA MODA MASCULINA

¡Audacia, caballeros!...



Paralelamente a la moda femenina, la moda masculina emprende una profunda renovación. Nos complacemos en hacer conocer a nuestros lectores algunos principios divertidos y audaces de un elegante inglés:

“Ante todo, amigos, seguid a vuestra época. Precededla, más bien. Sed lógicos y abandonad los principios añejos en vuestra manera de vestir.

Fuera el peinado con el pelo cortado como el césped de un jardín. Los “macizos” son buenos para los parques.

Guerra a muerte al bigote de gendarme.

Mueran los cuellos “de porcelana” de ocho centímetros de alto. Las carlancas, para los mastines.

Adoptad las camisas descotadas, donde podáis anudar la corbata en nueve segundos.

La camisa amplia en el torso y ligeramente ajustada en la cintura.

Cuello pegado en todas vuestras camisas, amigos. Que no caigáis nunca en la deplorable idea de adaptar una “pieza de recambio” limpia sobre una camisa dudosa. La mecánica de nuestra vestimenta no acepta ya más nunca materiales distintos sobre nuestro busto.

Nada de tirantes. Poco o mucho, todos tenemos un hueco en las caderas donde poder ajustar el pantalón.

Nuestro traje, nuestra camisa, nuestra corbata sean siempre de tonos claros. Nuestros zapatos también. Guerra al negro, al gris polvo, a las neutralidades cromáticas tímidas.

Nuestra corbata sea de tonos vivos. Que constituya la única nota alegre del uniforme masculino.

El smoking y el frac, azul ala de cuervo, mucho menos adusto y funeral que el negro.

Camisa blanda con el smoking a partir del mes de junio.

Pijama amplio, que pueda meterse, sin desabrochar, por la cabeza.

Calzoncillo muy corto, con la cintura estrecha y un solo botón.

Batas de casa audaces. En casa todo está permitido. Todo, menos los pajaritos en la enramada y los follajes imperio, buenos para las batas de un jefe de Negociado.

Zapatillas alegres, claras...

Los pies son una cosa triste...”

Nadie se ha explicado todavía por qué los españoles, con una luz magnífica en el cielo y un clima seco, aman tanto los paños oscuros para su ropa.

Tampoco ha sido averiguado aún por qué el poseedor de unos excelentes zapatos de tafilete color caoba se empeña en pintarlos a menudo de colorado.

Una corbata escarchada y brillante, como un trozo de vieja cortina, es del peor gusto imaginable.

Ese caballero que lleva la copa de su sombrero más baja por proa que por popa es “el caballero que no se ha enterado”. El que lleva la copa demasiado baja, excesivamente baja de popa, es un cursi.

K

I

M





RECUERDOS DE UNA MONTERÍA **Un mano a mano con "Guerrita"**

Por **MARCIAL LALANDA**

Sierra arriba, en lo más alto de la cordillera Mariánica, en su centro y meseta, está Mata-Román, dehesa magnífica de Ricardo Torres (*Bombita*). Mata-Román es un cazadero soberbio, par al "Aguila", de Rómulo Gamero Cívico; a los de Hornachuelo, Fernán-Núñez, Posadas, Moratalla, de Viana y tantos otros cotos famosos de la serranía cordobesa.

Se da en Mata-Román (mejor dicho, se daba, cuando la ley de caza era una ley para cumplirse), con profusión, el venado, el jabalí, el corzo, el zorro y, aunque muy raro, un lobo pequeño y obscuro especie de máxima fiereza, que sólo se da aquí en Sierra Morena.



En este grupo figuran Palmeño, Márquez, Barrera, Bombita y Marcial.

Si magnífica es Mata-Román en materia de caza, más lo es en bellezas panorámicas. Cumbres arriba, desde la calzada de La Mata, se divisan en anfiteatro, descollando su blancura entre riscos y canchales, infinitos pueblos serranos; y abajo, en la vega, en competencia con el trazado del ferrocarril Madrid-Córdoba-Sevilla, la cinta de acero de la carretera general y el Guadalquivir, límpido, transparente y claro, aún por aquí no navegable y con remansos floridos de adelfas y verdores tiernos, jugosos, discurriendo tranquilo y sin rumores, ora entre sembrados nacientes, ora entre encinas y palmares, que motean de negro toros bravos, y siempre entre olivos blanquiverdes: "Olivos de plata", que escribió ese brujo conocedor del alma andaluza que se llama Federico García.

En esta cacería, en la que ocurrió la anécdota que voy a referir, última en que el desorden social permitió la existencia de caza mayor, asistieron conocidos aficionados de Madrid, Córdoba y Sevilla, los hermanos *Bombita* (Emilio y Ricardo) y mis compañeros en activo en lides taurinas, Antonio Márquez, Barrera y Palmeño; éste, en calidad de hijo y vecino del país, nos hizo los honores.

También asistió *Guerrita*: ¡Rafael, el Guerra!

Guerrita es toda una evocación. Con su traje campero y típico, sin el menor extranjerismo en la indumentaria, es un verdadero contraste. Torero de estampa recia y antigua, con sabor y solera de cosa ida, era en la cacería como la sobrevivencia de su época sobre la cosmopolita, quizás atrabiliaria y desgachada, que representaba la indumentaria de Ricardo Torres, de mis compañeros y la mía.

Guerrita y yo, no sé si por su carácter o por culpa del mío, no hemos sido íntimos. Una sola vez había hablado con él, y de esto hacía ya doce o catorce años. Esta coincidencia en Mata-Román tuvo para los dos casi honores de presentación.

Perico Villoslada, que actuaba de *Master of hounds*, sorteó las "armadas" y los puestos. A *Guerrita* y a mí nos tocó la misma "armada" y en puesto correlativo, en una "travesía" en que el ojeo primero nos venía de cara y luego al revés. La "travesía", como vaticinó *el Secretario*, tipo de ojos de pícaro y entre piconero y cazador furtivo, era muy "caliente y querenciosa", y nos divertimos. Colocados cada cazador en su puesto y los monteros y perreos en los suyos, se dió suelta a las "realas", y comenzó la montería. Fué un gran día. A la algarabía de ladridos, toques de cuerna,

voces y disparos de perreros y ojeadores, se unía la alegría de un sol dorado y único, tibio y acariciante, como sólo existe en el invierno andaluz.

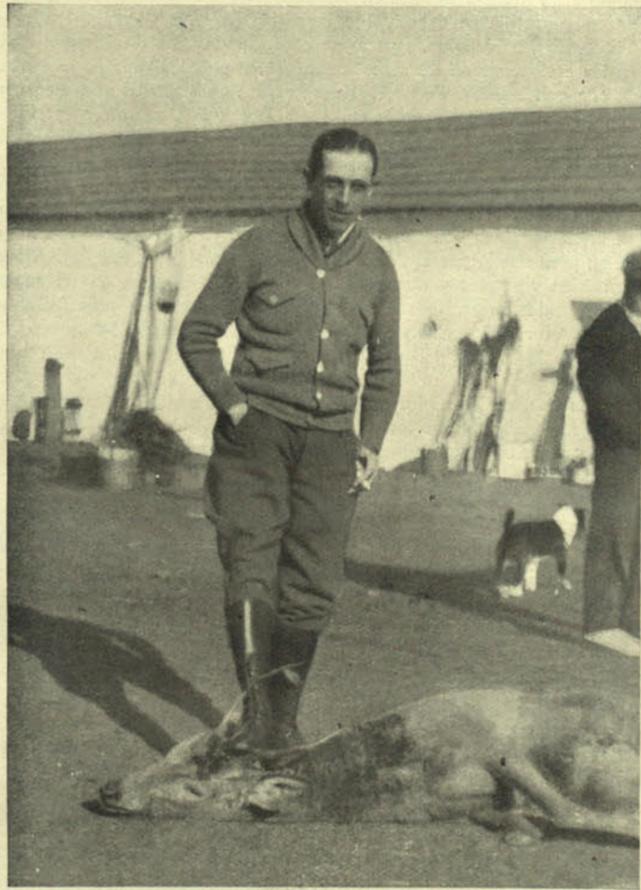
¡Buen día de campo y de caza! Yo tiré mucho y con acierto; entraron muchas piezas que, al rebotarse en mi puesto, iban al de *Guerrita*, cuyo plano de tiro se cruzaba con el mío. Mi "secretario" remató con su navaja cabritería, alrededor de mi puesto, hasta siete venados.

Yo no cabía en mí de gozo. Menuda satisfacción. ¡Siete venados!

Al atardecer nos reunimos monteros y ojeadores, y empezó el recuento de piezas y de hazañas...

Yo había matado siete. ¡Una corrida de único matador con sombrero y todo! ¿De único matador? ¡Que si quieres...! *Guerrita* me fué disputando, una a una, todas las piezas. La corrida quedó en un mano a mano, y gracias...

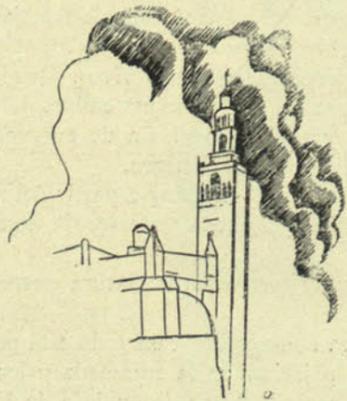
No protesté; me di por satisfecho. ¡Después de todo, el mano a mano era nada menos que con *Guerrita*!



Marcial Lalanda.

COMENTARIO SONAMBULO DE SEVILLA

Por Antonio Otero Seco



Sevilla empieza donde acaba Sevilla. Donde desagua el cauce lírico que la arrastra desde hace muchos años. Es hora ya de intentar un catastro espiritual de la ciudad de la Giralda, escondidos sus puros perfiles bajo la costra literaria que la envuelve. Una funda de amianto, hecha de tópicos, ha logrado el milagro de hacerla hermética e incombustible a la mirada de amor del viajero. Y Sevilla es una ciudad que necesita derretirse a cada minuto, para volver a nacer en cada nueva mirada.

¡Lástima de Sevilla! ¡Lástima de la Sevilla honda, soterrada, oculta, por culpa de la Sevilla de los sainetes, de los cuadrillos con vistas del parque de María Luisa y de las panderetas con escenas del barrio de Santa Cruz! Ahí precisamente acaba Sevilla, para que Sevilla empiece. Para que salga de lo hondo de esa cáscara lírica en que la han envuelto trovadores endebles con voz dulzona de falsete. Cuando se logre descubrirla del todo, cuando Sevilla quede desnuda, se podrá ver su pulpa sabrosa y dulce, de sabor inédito y eterno.

II

¡Ay!, qué mirada marinera tienen los ojos de la Giralda! Vale la pena venir a Sevilla sólo para verle a la Giralda los ojos. A la Giralda le quedan todavía bríos para ser la más graciosa peineta sobre el peinado urbano de Sevilla. En vano tratarán de empinarse sobre los puentecillos de sus canales las dos torres gemelas de la plaza de España, para vencerla. Su ansia de elevación no les sirve más que para ver con envidia la gracia vertical—grito y plomada—de los encajes de piedra de la Giralda. ¡De la Giralda! Y eso que alrededor del espolón de piedra de su cuerpo gira el mundo del tópicos sevillano. Nosotros arrebatamos a los árabes la torre, pero ella se ha vengado posando, incansable, para la frase hecha, para el lugar común, para la receta pictórica. Y, sin embargo, ¡qué mirada marinera tienen los ojos de la Giralda!

Desde este alto ventanal donde se arrullan las palomas, mientras las campanas echan a volar su bronce grave, para que se haga espadas finas al pasar por las callejas, Sevilla es como una nave sin velas, ansiosa de río, anclada en la orilla verde y marinera que sueña ya con el limbo dorado de las arenas finas, en una anticipación de algas y de sales. ¡Qué gracia tiene el ajedrez interminable de las azoteas, donde disputan torrecillas livianas de iglesitas oscuras y alfiles de balaustradas! Pues ¿y la curva del río? Allí está Sevilla, con sexo y curva de guitarra, viendo cómo el Guadalquivir se va poco a poco, con pereza de siglos nostálgicos, hacia la página manchada de azul de la Marisuca, donde se hace arco y flecha la estampa del garrochista, tras la que corre la sombra de Fernando Villalón, soñando todavía, entre dromedarios africanos, con una raza de toros negros y ojos azules.

III

Mirada renacentista de la Giralda, clavada en el patio arzobispal. Desde el otro costado se ve venir al moro por el llano, cabalgando en su nostalgia, para llevarse la espada de la torre. Desde aquí he visto muchas veces cómo cruzaba el patio de su palacio—un patio geométrico, con sombra tirada a cordel, como el fondo de un



primitivo—el cardenal sevillano, rodeado de seis que bailan sin descubrirse, ante la custodia de la catedral, una música dulce y lejana con contrapunto flamenco de castañuelas.

¡Ay, mirada marinera y renacentista de la Giralda, ganzúa para la puerta oculta y verdadera de Sevilla!

IV

La cosa no tiene importancia, pero yo se la doy. Ni sé siquiera cómo se llama esta gitanilla bronceada que pasa todas las mañanas bajo mi balcón, lanzando a mi alcoba las flechas de sus pregones. No me importa su nombre, porque tengo bastante con haberle visto el rostro de virgen morena y el aire de "bailaora" con que cruza bajo mi balcón.

La cosa no tiene importancia, pero yo se la doy. Llega todas las mañanas con su falda de colores vivos y un trozo de primavera prematura en la noche azul de su pelo. Y todas las mañanas me asomo yo al balcón para ver la gracia de su andar y sentir cerca la blanda caricia de su voz.

Hoy ha tardado en llegar. La calle no quería despertarse del todo para darse el gusto de verla, como siempre, con los ojos entornados del duermevela. Cuando llegó, venía despacio, mustia, sin el andar pinturero de los demás días, sin su falda volera, sin la sonrisa sensual de los claveles en el pelo. También su pregón venía vestido de luto, tembloroso por una honda emoción interior.

Amigos: la cosa no tiene importancia, pero yo se la doy. Para ver si sonreía, para que dejara de columpiarse en los balcones aquel aire de viernes santo que la escoltaba, le he comprado todas las flores del cestillo. Y luego, poco a poco, desde mi balcón, las he deshojado sobre su cuerpo moreno de tanagra, como se hace con las vírgenes morenas que pasan por la calle en procesión.

Cursilería, amigos; cursilería. Ni siquiera sé su nombre. Y aunque la cosa no tiene importancia, yo se la doy.

MOTIVOS DE LA CIUDAD

DOR

MAESE BUSCON



Miss Kattle,
frente a las
ruinas.

Miss Kattle, en viaje a España, se había encontrado en París con sus compatriotas, aquellos lores y "loras" que habían venido a investigar los estragos de la pasada revolución.

—¡No vaya usted allá!—le habían dicho—. En Madrid, lo único que queda en pie es el héroe del Cascorro. Entre aquellos montones de escombros, sólo se ven paseando algunos toreadores en traje de luces, y las pocas majas que quedaron supervivientes llevan, en vez de puñal, una ametralladora en la liga. El Sr. Lerroux va desde sus habitaciones al cuarto de baño metido en un tanque de guerra, rodeado de artillería pesada y de cortinas de humo, y los guardias urbanos han tenido que ponerse las armaduras del Museo de Artillería, lo que no impide que asesinen unos cuatro mil diarios. En cuanto a las provincias, la poca gente que resta de su antigua población se ha refugiado completamente, y arrojan proyectiles hortícolas y utensilios de cocina contra las gentes de calidad. "Eh, señores, cuidado conmigo, que soy un Lord", decía aquí Patricio. Y ¡paf!, una coliflor. "Señoras manolas de Oviedo, que tienen ustedes que habérselas con una periodista." Y ¡pum!, una sartén. Y así, hasta que pudimos alcanzar la frontera, disfrazados de terroristas crimeos, que es la única indumentaria que allí se consiente."

Pero miss Kattle, que es muy romancesca, vino lo mismo a Madrid. Y se encontró con una ciudad tan tranquila, que colindaba con la pelmez. Obras de los Quintero, pasacalles de Guerrero, una opereta—"Mandolinata"—anunciada con palabra que no se oía en Europa desde el año 80, todos los cines, con monjillas sentimentales de protagonistas de sus films, y un certamen de rosas pitimini. Un mundo de azúcar y de miel, sonrosado y evanescente, cuyo "affiche" simbólico lo constituían los retratos del señor alcalde, en las revistas, con su plácida sonrisa de angelote barroco, y la cabeza de Zeus, pacifista y bastante calvo, del jefe del Gobierno. "Me han estafado", se dijo, con exacta prosodia sajona, miss Kattle "Pero aquí debe haber gato encerrado", añadió para su gabardina de trabilla. Y a continuación se dedicó a averiguar en silencio dónde habían ocurrido las grandes batallas. Sus impertinentes escalaron las paredes de todos los edificios públicos en busca de los impactos. Cansada de la infructuosa busca directa, se aventuró por el peligroso camino de la confianza y el soborno, que inauguró con el camarero del hotel, a la hora tenue y desértica del desayuno.

—Aquí en España..., ¿eh?—le dijo, guiñándole un ojo.

El camarero, interpretando la insinuación por el lado de las extravagancias turísticas, correspondió al guiño y repuso con aire enterado y picarón:

—¿Aquí en España? ¡Ya lo creo!

A continuación le atizó un pellizco, mientras se decía, mirándose a un espejo: "¡Que no eres tú fotogénico ni nada, so ladrón!"

Miss Kattle no entendió palabra de todo aquello, y no supo jamás cómo traducir el pellizco. Y siguió la búsqueda. Hasta que un día se encontró, en Rosales, con un estudiantón gallofero y randa, que, por ser oriundo de Alicante, sabía de qué pie cojean las turistas de la pér-

fida Albión. Y se ofreció a enseñarle la ciudad y todos sus misterios, con la filantrópica y no confesada intención de hacerse con unas pesetejas. Miss Kattle aceptó, y pidió de inmediato las ruinas de la guerra civil. El sopista—¿por qué no el "cocidista"?—le trazó de inmediato un lóbrego cuadro de los sucesos, que tasó, *in mente*, en cuarenta reales. Luego la llevó a ver el teatro de los acontecimientos. Ante estropicio tal, miss Kattle palideció de emoción y sonrió de satisfacción. El golfante se acreditó cinco duros, a cuenta del asombro. Frente a ella estaba la evidencia de la batalla: casas derrumbadas, aleros cortados al rape por los obuses, techos hundidos por la metralla de los aviones. ¡Desolación, espanto, tragedia!

—Sólo una cosa me llama la atención—dijo la miss al cicerone—. ¿Con qué fin han puesto esa verja de hierro en torno a las ruinas?

El gallofo exprimió todos los sesos para sacar el embuste:

—¡Ah! Pues esas ruinas se han declarado monumento nacional, para que sirvan de educación cívica a las futuras generaciones. Los jueves desfilan por aquí los colegios. Y ahora se va a hacer una activa propaganda de las mismas, para la atracción del turismo.

Y se quedó tan fresco.

Cuando la caja registradora que llevaba en el activo calefre el levantino estaba a punto de marcar los diez duros, un curioso impertinente, que había seguido, con la consiguiente escama, a la pareja, corta el diálogo con esta especie miseranda:

—No le haga usted caso a éste, señora. Lo que está usted viendo son los derribos de las antiguas Caballerizas Reales. ¡Y tú, ya te estás largando, pelanas!...

Todo lo cual, no me negará el lector que es perfectamente verosímil.

El café periscópico

Desde hace unos años, los cafés de Madrid están corriendo una especie de *marathon* del lujo. Sin duda alguna, se trata de la influencia nefanda de la industria automovilística, que lleva a los cafeteros a "carrozar" cada tantos meses sus locales, a fin de estimular la afluencia del público; inquietud inherente a todas las industrias de lujo, por donde viene a tener razón aquella frase dieciochista que afirmaba que "lo superfluo es lo más necesario en la vida". Un morenillo será siempre un morenillo, y las botas de elástico no se sabe que hayan sufrido sensibles modificaciones en los últimos decenios. Pero, en cambio, los "autos", los chalecos cruzados, las corbatas y la poesía lírica, ¡hay que ver!

Después de esta divagación erudita, volvamos a los cafés camaleónicos. He aquí el monólogo mudo y ejecutivo de sus propietarios: "¿Que tú pones un diván? Pues yo nueve. ¿Tus mozos visten de smoking? Los míos de frac. ¿Que tu suelo es de mármol? Pues el mío de mármol y cubierto de alfombras. ¿Que tú cobras tres reales? Pues yo seis. ¡Pa que te enteres!" ¡Felices tiempos y edad feliz aquella del tertuliano y honrado sofá de peluche, mozo campechano y fiador, chorrito de café en la copa y *Correspondencia de España* gratis! La pócima era noblemente indigesta, pero costaba un real, y le decían a uno: "¿Cómo anda eso, don Braulio?" Hogaño le doran a uno la píldora, mejor dicho, se la azogan, se la visten de frac y se la luzdifusean. Todo para terminar sacándole a usted, por una taza del equívoco brebaje, lo que constituía el jornal de un albañil en tiempos de la juventud de don Pedro de Répide.

En estas últimas fantasías de la imaginación cafeteril, se ha llegado a resultados realmente vertiginosos. Un café hay que exige a sus clientes el pagar cierto derecho de portazgo que consiste en aspirar, durante unos segundos, un punzante olor a cerdo embutido. A la entrada hay una cámara especial con este único objeto, abarrotada con los despojos mortales del noble ser. Y a la media hora de estar usted sentado frente a su taza, todavía tiene pegadas en las narices las rancias obleas del tocino aspirado; y por una transposición sensorial, perfectamente científica—¡hay que ver cuánto sé yo de esto!—, cuando usted introduce en las ávidas fauces su medio "suizo" chorreante, las papilas de su respetable paladar toman nota de que usted acaba de mojar un pedazo de chorizo Cantimpalo en el café con leche.

Otro café hay, en la misma calle, suntuosamente dantesco. Claro, de un dantismo vanguardista, y que lee *Innen Dekoration*. ¡No volveré yo jamás a entrar allí sin brújula y carta de derrota! ¡A mí no me vuelve a suceder eso de perderme en los espejos y tardar dos horas en dar de nuevo conmigo! Esto sin contar otros incidentes igualmente penosos. Porque suele ocurrir que está usted allí sentado y, de pronto, exclama: "¡Hombre, ahí viene Fernández!" Y resulta que Fernández anda paseando por la glorieta de Bilbao. Cuando está usted más descuidado, alza la vista del discurso del Sr. Gil Robles, que está tratando de interpretar, y ve asomar por el ángulo de un espejo la cara soturna de un ciudadano sospechado de acreedor. Y cuando está pensando: "¿De dónde le debo yo a este caballero nueve duros?", se encuentra con que, a cada paso que avanza el interfecto, se multiplica en progresión geométrica. Dos, cuatro, ocho, dieciséis... Y cuando ha llegado frente a usted, la deuda suma varios miles de duros. Y este género de sucesos termina por aniquilar el mejor templado sistema nervioso. Y no hablemos ya del sistema nervioso del propietario, que debe estar hecho cisco. Cuántas veces, mientras no se acostumbre, gritará: "¡Cierren esas puertas! ¿Dónde voy a meter esta muchedumbre? ¡Cerrad, cerrad; ya no cabe nadie más aquí!" Y luego resulta que las treinta mil personas que estaba viendo eran dos docenas mal contadas multiplicadas por los espejos.

Confieso, a pesar de todo, mi debilidad por el café de "los pasillos colgantes de Alejandría", como dice un amigo mío, erudito. Y voy muchas noches, pero siempre con el ánimo preparada para los más insólitos y periclitados acaecimientos, como diría el Sr. Ortega y Gasset. El lunes pasado, sin ir más lejos, estaba yo sentado en el más cimero de los pasillos colgantes, cuando veo la cara de un conocido, que estaba sentado a alguna distancia. Como soy muy aficionado a la fisiognomía, me dediqué a hacer el análisis de su rostro, y llegué a la conclusión de que se trataba de un sujeto bastante odioso y, desde luego, tonto de solemnidad. Pero como no me sacaba los ojos de encima, me decidí a saludarlo, con tan perfecta oportunidad, que en el mismo instante en que yo levantaba la mano, él hizo lo mismo. Sonreímos al mismo tiempo y nos dijimos: "¿Qué se cuenta?", con idéntico alzamiento del mentón. "Vaya—me dije—pues tendré que ir a charlar con él." Y me levanté, en el mismo instante en que él lo hacía. Voy andando hacia él y él viene hacia mí, con una sincronía que para sí quisieran las figurantas de revistas. Y cuando le tiendo la mano, cordial y efusiva, me doy un golpazo en un espejo y advierto que toda aquella pantomima había estado exclusivamente a mi cargo.

Yo, que soy de natural progresista, no me opongo a este *marathon* de lujo que andan corriendo los cafeteros de Madrid. Por mí, que alfombren con billetes de mil pesetas y que vistan a los camareros de diplomáticos escandinavos. Pero esto de que esté uno pensando: "¡Mira la pájara pinta ésa, que parecía una mosquita muerta, cómo se viene de pendona al café, sentada con un desconocido!", y luego resulta que está sentada con su amantísimo esposo, y que el presunto rival se encuentra a varias yardas de distancia...



MÁS LUZ

MENOS CONSUMO



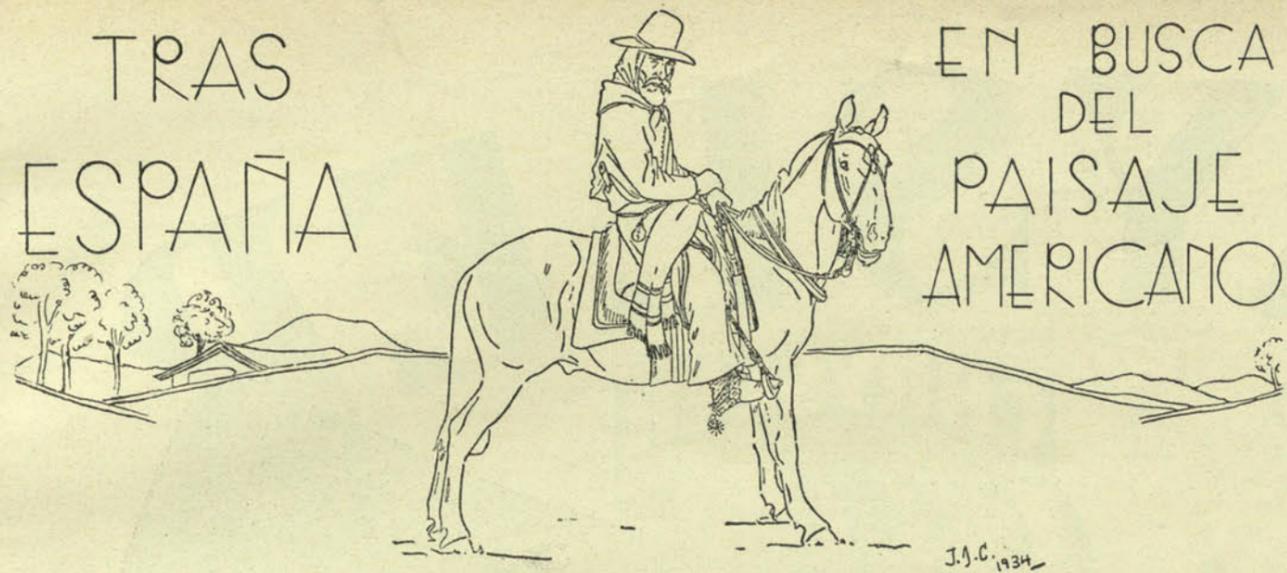
AL COMPRAR
IDENTIFIQUELA
POR SU
EMBALAJE-PRECINTO
AMARILLO

PHILIPS SUPER-ARGA

LA LÁMPARA DE DOBLE ESPIRAL

TRAS ESPAÑA

EN BUSCA DEL PAISAJE AMERICANO



U N A F I R M A U R U G U A Y A

A la conquista de las Indias siguió una lucha menos cruenta, pero más heroica, más abnegada: la conquista del paisaje. Lucha heroica, porque en la empresa de dar ejecutoria artística a un paisaje se va siempre solo, como los héroes míticos, y con riesgo mortal de caer en ese abismo de lo intrascendente, que se llama folklore; lucha abnegada, porque los que se empeñan en esa conquista malogran casi siempre una fuerza espiritual que, aplicada a lo inmanente conocido, los llevaría por camino más seguro al éxito, etapa final del viaje de todo espíritu. ¿Cuántos hombres, antes de Kipling, se ahogaron en el Leteo sin lograr la re-creación de la jungla?

En América, esta conquista se va haciendo poco a poco, como debe hacerse. El viaje del artista no es como el de Alejo García, aquel titán fabuloso que, solo y andando, se fué desde la costa atlántica del Brasil a Lima, cuando todo el Continente no era más que una enorme extensión de tierra, llena de inhallados e hipotéticos Eldorados. El paisaje del artista no es mucho mayor que el de su propio horizonte.

El mapa de América está salpicado de rincones que tienen ya un clima artístico: "La Vorágine", de Eustasio Rivera, se lo dió a la selva de Colombia; la de Misiones, lo recibió de los cuentos de Quiroga; el campo de Entre Ríos, lo tuvo de los cuadros de Fader; el alma de Valparaíso la descubrió Eduardo Barros en "Un perdido". Ya Valle Inclán no podrá repetir:

La Pampa enorme con su sonsera,

porque Ricardo Güiraldes se encargó en "Don Segundo Sombra" de hallarle a la Pampa un sentido que varias generaciones habían intentado en vano descubrir.

(Una pregunta al margen: ¿No deberían ser subvencionados por las entidades turísticas estos artistas, que así dan a conocer un lugar y facilitan su comprensión al imprevisto viajero? Los "Simples cuentos de las colinas" han llevado a la India más viajeros que todos los *affiches* del Patronato Inglés de Turismo. Sin estos hombres, la Naturaleza no lograría salir de la categoría de simple panorama. Y en materia de panoramas, el mundo nos ofrece lugares más bellos que los que pueda visitar el turista.)

El Uruguay espera todavía al escritor que haga con él lo que Güiraldes con la Pampa. Guillermo Enrique Hudson se ocupó de la pequeña república sudamericana; pero la circunstancia de que no emplease la lengua vernácula ha quitado a su "Purpre Land" esa perfecta adecuación entre la materia y la expresión que se encuentra en los óleos de Blanes, adecuación que llega a lo maravilloso entre nosotros en Juan Ramón Jiménez y Gabriel Miró.

El viajero que echara un vistazo al Uruguay podría creer que la hipertrofia legislativa lo ha convertido en una nación de tipo ciudadano, a la manera de Suiza, los Estados Unidos o Costa Rica, en donde toda manifestación del espíritu es siempre fruto de la reacción—Waldo Frank dice "de evasión"; Dos Passos, O'Neill, Johnson, Lewis—o del sentimiento de impotencia que nace de la vida sin sorpresas—Amiel.

Pero esa primera impresión no es valedera. Una mayor intimidad con el pueblo uruguayo nos descubrirá su cromatismo, la infinita gama de matices que se advierte en ese país, verdaderamente privilegiado.

Tiene el Uruguay, sensiblemente, la forma de un corazón invertido, y su superficie es dos veces y media inferior a la de España. Pero su suelo no es la llanura de la vecina Pampa, abierta a todos los vientos y al malón. Está cruzado de ríos y erizado de "cuchillas", como se denominan allí a las lomas. Cada cuchilla tiene su historia de heroísmo, su recuerdo de emoción para el gaucho, quien hasta no hace mucho debió vivir la zozobra de constantes y encandadas guerras civiles. No hay niño a quien, apenas comienza a balbucir sus primeras palabras, no se le enseñe que es "blanco" o "colorado". Y por estas dos divisas políticas, que no encierran ningún programa de gobierno, ningún ideal político ni doctrinario, ninguna división de clases a cuyos componentes unieran intereses económicos, sociales o religiosos afines; por estas dos divisas, que

no tienen otro origen que el color de las vinchas con que sujetaban sus cabellos los soldados de la primera guerra civil, se han matado miles y miles de uruguayos. Y, sin embargo, ¿qué hondo sentido tenían estas dos palabras de blanco y colorado! A través de estos dos colores, de estos dos conceptos kantianos—puesto que la imagen de esos colores no era visible ni representable en la mente de ningún hombre, sino excepcionalmente, cuando en vísperas de los comicios las banderas de uno y otro bando congregaban a los correligionarios—, los pequeños adquirían sus primeras nociones éticas, morales y sociales... ¿Qué cosa podía dar una noción más perfecta del descastado que la del hijo de blanco que se tornaba colorado al llegar a su vejez, o la del blanco que, luego de unos años, se pasaba al bando rojo, o viceversa?

¿No hay en este fervor por dos símbolos sin contenido un inconsciente y oscuro anhelo de poseer ideales forjados con sangre, tradiciones intensas que reemplacen la tragedia de esa falta de vejez que es común a todos los pueblos del Nuevo Mundo? La cultura, como la civilización, no es nada más que una lenta, secular adaptación de las fuerzas vitales al medio. Y poca adaptación cabe cuando las costumbres y modos de vida cambian constantemente en tierras de América, no a impulsos de esfuerzos propios, sino por virtud de elementos extraños que se introducen desde tierras exóticas. Hoy es frecuente ver un paisano, de botas, amplias bombachas, blusa y "golilla", como se le llama al pañuelo de seda con que se cubren el cuello, manejar su Ford por los caminos quebrados, increíblemente negros, del campo uruguayo. Ya su chambergo—¿para qué?—no lleva barboquejo; el parabrasis de su automóvil impedirá que se le vuele, como hace unos años, cuando iba a la pulpería, jinete en un caballo que era su orgullo.

Pero el progreso—¿cuántas veces es sinónimo de anticultura!—tiene sus límites. Y esos límites se los da la misma tierra. Tener automóvil significó para el estanciero, como para el chacarero, poder ir al pueblo con una frecuencia que no toleraban sus arcas. Además, todo el placer que consiguió lo obtuvo al precio de la pérdida de unos conocimientos que le habían costado largos años de andar al tranco de su caballo. "Viento Este, trae agua como peste", "P'al lao que se pone el sol dueblan los pastos la punta". Estas cosas sabías no se aprenden andando en automóvil.

Los estancieros se resignaron a ser chacareros. Hay que saber lo que significa de orgullo abatido, de claudicación, esto que tan fácilmente se anuncia. Sembrar, roturar la tierra, era labor propia de italianos. Todavía recuerdo la indignación con que un amigo acogió mi creencia de que el campo de su padre hubiera sido sembrado alguna vez. Ibamos a caballo por un extremo de la estancia, situada en la maravillosa campiña del departamento de Colonia, cuando al advertir lo despajeo del suelo, le pregunté si ese potrero estaba en barbecho.

—No—me respondió—. En la estancia de mi padre no ha entrado más arado que el hocico de los topos.

Un río, el río Negro—lecho ferruginoso, aguas con zarzaparrilla—, corta al Uruguay de Este a Oeste. A ambos márgenes del río el país toma diferentes características. Al Norte, es la tierra típicamente mediterránea. Sus ríos sólo son abrevaderos, canales naturales de irrigación pero no son caminos que lleguen al mar. Los hombres piensan más en las polvorientas rutas que conducen al Brasil, su mercado natural.

Al sur del río Negro, el mar se le presiente siempre. Se acabaron aquellos nombres indígenas de ríos: Cuareim, Queguay, Arapey, Yaguay, Tacuarembó. Ahora tienen nombres españoles: San José, Santa Lucía, San Salvador, arroyo de las Vacas. Ríos claros, de aguas límpidas, lechos de piedra y bordeados siempre de sauces, ceibos, curupés que ocultan la tierra de labor. Pero siempre, a pocos pasos, está un hombre cogido a la manquera del arado, siguiendo el surco que trabaja la yunta de bueyes, y esperando que las gaviotas que revolotean sobre sus cabezas para devorar las isocas y gusanos que descubra la reja, se marchen en raudal vuelo rumbo al mar o al río que se le parece. Es entonces la hora del atardecer. Y si la noche coge a los bueyes sudados, se le pueden "pasmar..."

PO R: ENRIQUE PEREZ MARILUZ (EXCLUSIVO PARA CIUDAD)



DIBUJOS DE JORGE A. CAMPOS

EL SALUDO DE LA PRENSA



«Heraldo», 24-12-34:

UN NUEVO SEMANARIO

CIUDAD, revista de Madrid para toda España.

"Ya era hora—hace tiempo que ya era hora—de que Madrid tuviese una revista de calidad condigna a su importancia, a su modernidad, a su finura. Esta publicación es, indudablemente, CIUDAD, "revista de Madrid para toda España", cuyo admirable primer número acabamos de recibir.

CIUDAD consta de treinta y dos grandes páginas en magnífico papel couché, nutridas de texto y fotografías a cual más sugestivas y variadas. En el orden de cantidad de originales, representa un verdadero "tour de force", ya que no hay en el estadio actual español otro hebdomadario tan lujosamente presentado por veinte céntimos. Pero, con ser esto un elemento importante para el éxito que auguramos a la nueva publicación—y que le deseamos cordialmente—, no representa el mayor alarde periodístico de CIUDAD. En este semanario la calidad—esmero en la confección, originalidad en las "fotos", clara y feliz distribución de las secciones, cuidadosa selección de los textos, avalados por ilustres firmas más de ellos, y, en fin, un buen gusto general, un extremado amor del detalle, del pormenor sutil y gracioso, que embellece y agiliza hasta las páginas de publicidad—, la calidad, decimos, es el factor decisivo del triunfo que le aguarda sobre todas las publicaciones similares... si las hubiera.

No en vano CIUDAD está fundada por excelentísimos escritores de periódicos. La dirige Víctor de la Serna, y es su redactor-jefe Eduardo Blanco-Amor. Colaboran con éstos al esplendor del primer número Concha Espina, Federico García Lorca, Alfredo Muñoz, Gabriel García Espina, el capitán Iglesias, el Dr. Fernández Cuesta, Antonio Otero Seco, César Indarte; y como dibujantes, María Rosa Bendala, Arteche, Hortelano, Santonja y Billiken. Hay fotografías muy notables de Angel Aracil.

Nuestra felicitación al nuevo colega."

«El Sol», 25 12-34:

CIUDAD

"El entusiasmo madrileño de un escritor como Víctor de la Serna ha hecho posible la aparición de una gran revista, titulada CIUDAD. "Revista de Madrid para toda España" se titula, y consecuentemente con esto, la mayoría de sus informaciones en este primer número va dedicada a la capital de la República. Corresponderemos también afectuosos a su saludo."

«Ahora», 24-12-34:

CIUDAD, revista de Madrid para toda España.

"Acaba de publicarse el primer número de CIUDAD, revista gráfica que constituye por su magnífica presentación un verdadero alarde de buen gusto. En este primer número, avalado por bellos grabados y fotografías, colaboran firmas de las más destacadas en la literatura española actual. Mucho nos alegraremos de que este éxito inicial prosiga en la larga vida que deseamos a la nueva revista, que se publica bajo la prestigiosa dirección de Víctor de la Serna."

«La Voz», 24-12-34:

Una nueva revista: CIUDAD.

"Ha comenzado a publicarse en Madrid una nueva revista, titulada CIUDAD. Sus elementos directivos—Víctor de la Serna y Eduardo Blanco-Amor—la subtitulan, además, "Revista de Madrid para toda España". Y eso es, efectivamente, dentro de una presentación agradable y moderna.

CIUDAD publica en su primer número originales de Concha Espina, Federico García Lorca, el capitán Iglesias, etc. Deseamos a la nueva revista toda suerte de éxitos."

«Informaciones», 24-12-34:

Nuevas publicaciones: CIUDAD.

"Bajo la experta dirección del gran escritor y periodista Víctor de la Serna ha visto la luz el primer número de una nueva revista gráfica, titulada CIUDAD.

La abundancia y selección de sus originales, la viveza informativa de sus secciones, que abarcan y recogen todos y cada uno de los aspectos de la actualidad española y universal, al cuidado de plumas avezadas y especializadas; la modernidad exquisita de su formato hacen de CIUDAD, no una publicación más que viene a sumarse o a perderse en el campo de la Prensa ilustrada, sino algo nuevo y distinto, que tendrá en el público calurosa acogida.

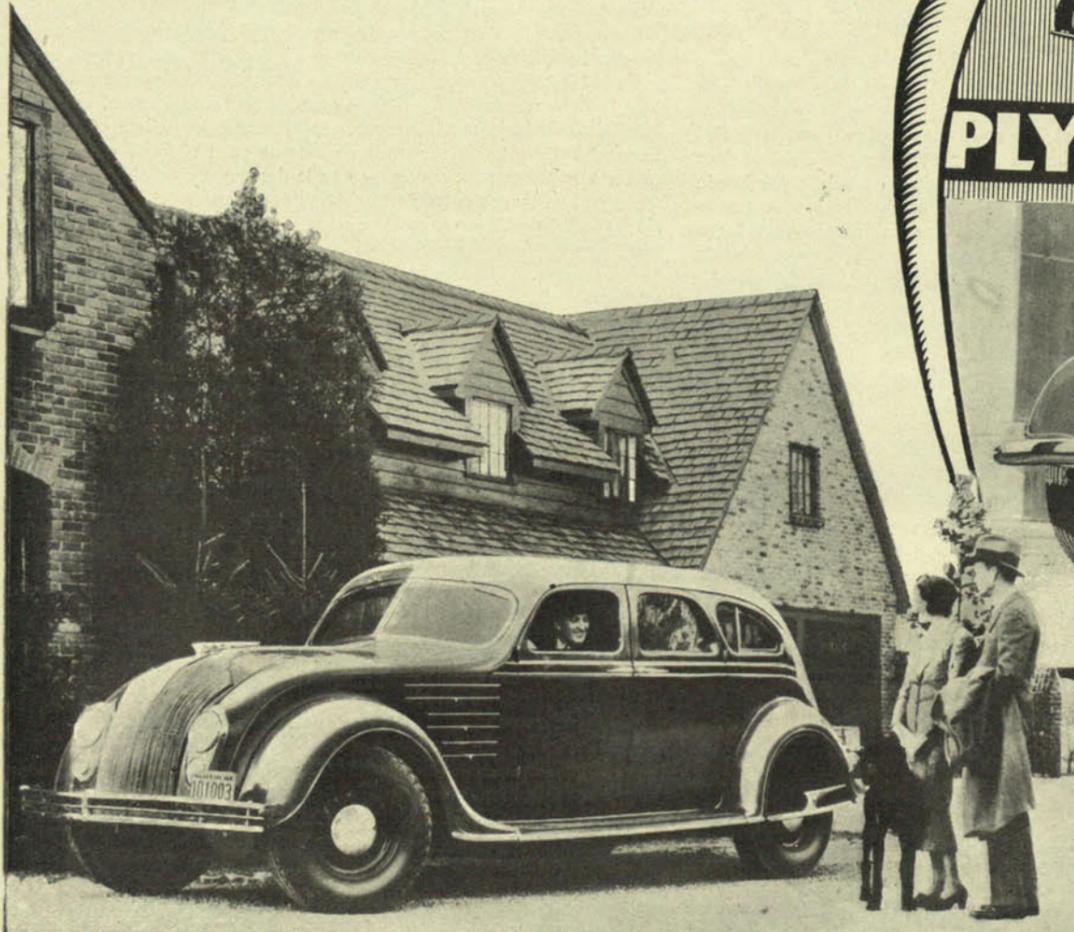
Con los artículos del propio director destacan en el primer número un relato de la ilustre escritora Concha Espina, una crónica del capitán Iglesias, unos poemas de García Lorca...

Corresponderemos al cariñoso saludo que CIUDAD dirige a sus colegas, y subrayamos con nuestro más sincero elogio los altos y nobles propósitos que declara en su artículo de presentación, y deseamos a la revista naciente, de lo que es garantía de acierto el nombre de su director, larga y próspera vida."

DULCINEA
Confitería fiambre
SALON DE Thé
CLAVEL 2 MADRID
TEL. 19019
Chocolates meriendas

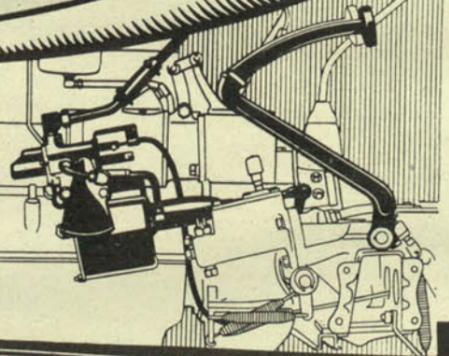
CHRYSLER

CHRYSLER
PLYMOUTH



EMBRAGUE
AUTOMATICO

Secreto de su
conducción suave.

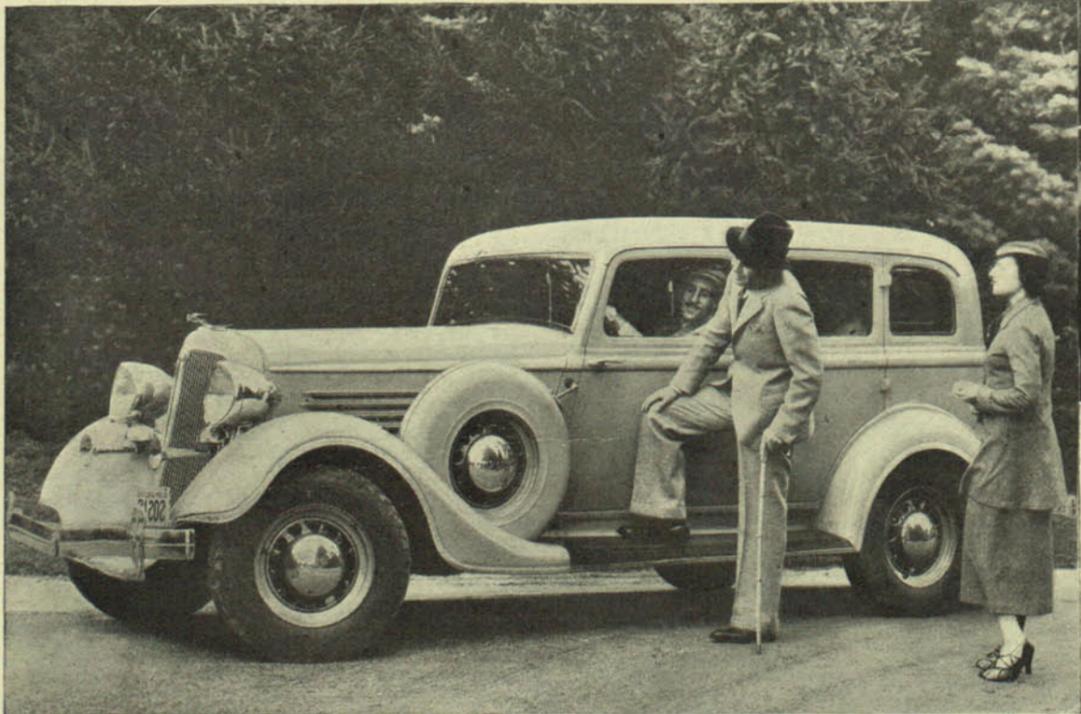


DIFERENTE

No es posible saber lo diferente que puede ser un automóvil hasta después de haber probado los Chrysler y De Soto Airflow.

Asientos cómodos como divanes, suspensión única.

Detentor de los records mundiales de velocidad y menor consumo.



DISTRIBUIDORES: **S.E.I.D.A., S.A.**

Espronceda, 36 SALONES de VENTA: Pi y Margall, 14.
MADRID Plaza de la Independencia, 5.-Génova, 11
y A. San Román, Miguel Angel, 14.
AGENTES EN TODAS LAS PROVINCIAS



ILUSTRACION
DE
SANTONJA

TRES ELEGÍAS

POR

EDUARDO

BLANCO

AMOR

I. VENDIMIAS.

En la verde molicie de tus ojos
tiempo y yo sometidos.
Si los versos maduran en mis labios
es para que tu azar no sea tan cierto.

Lisa de vanidades va tu frente,
luna impasible en los cristales altos:
todo porque en la arista de tus cejas
jamás nacieron dolorosos días.
Estos labios, con ácidos racimos,
nuestras rutas separan, desiguales.
Te ofrezco sus vendimias agridulces,
para que el día alegre de tu frente
se crucifique, al fin, sin compasiones.

Y para siempre quedas invitada
a la sobria vendimia de mi angustia.

II. MADRIGAL.

Tan conmovido espejo fuiste mío,
que, al fin, en su cristal nací de cierto;
y en su hondura adoré, narciso insólito,
mis gestos más fugaces y más puros.
¡Y todas sus honduras fueron plagios!
—mis manos modelaban en el humo—,
sombras apenas, imitadas artes,
simple intención remota sin hallazgos.
Hoy, en el inventario de tu ausencia,
sólo fragmentos de cristales hallo
con trozos de mí mismo, naufragado...

III. TARDES.

Ni una blandura véspera en tus ojos,
ni un descuidado amanecer, ni nada:
reiterada serpentina verde,
de acero verde, implacable, reiterada.
Por las tardes en cuesta, las yermas teorías,
vuelos del calendario hacia mañanas
sin amor, sin conciencia, sin odio,
sin esperas, sin nada.
Entre los dedos, sin polvo de oro,
las mariposas de las páginas.
Yo sin nosotros, sin nosotros tú,
hacia las tardes de agua lacia.

Para todo lo referente
a publicidad en SAN
SEBASTIAN, dirigirse

a D. LUIS UREÑA

Garibay, núm. 34

Corresponsal administrativo
y venta de "CIUDAD" en
V I G O

D. ALFONSO ORTEGA

V I G O

Venta de "CIUDAD" en
LA CORUÑA

Señora viuda
de Lino Pérez

LA CORUÑA

Venta de "CIUDAD" en
SAN SEBASTIAN

"Librería BARBA"

Vergara, 9

San Sebastián.



DECORACION DE INTERIORES

Suele juzgarse en España el estilo francés, llamado de los Luises, como poco digno de ser tenido en cuenta, por pasado de moda. Nada más erróneo. Al lado de las más modernas concepciones en la decoración de interiores, y perpetuándose, al través de lo fugitivo de las modas, el arte encantador del siglo XVIII francés sigue imponiendo su amable tiranía en los hogares modernos.

Este interior que reproduce nuestro gráfico pertenece nada menos que a la célebre estrella cinematográfica Jean Harlow. Está concebido con un sentido ecléctico que recoge toda la época, y que aún admite algunos aditamentos provenientes de la inspiración de otros países. La decoración pertenece a una zona intermedia entre el Adams inglés y el Luis XVI. Posiblemente, está realizada en tonos grises, con el realce de las cortinas lisas y caídas, de gran elegancia, las que podrán ser en "taffetas" de un rosa viejo muy pálido, sobre visillos largos y sueltos de tul de seda o "pongée" al tono de los muros. Los muebles centrales forman un conjunto "Regence", menos la mesita, que es Imperio, con resalte de las molduras en oro viejo y medallón pintado al óleo, con retrato o escena de la época. Las maderas pueden ser laqueadas al marfil, y la tapicería de los muebles, en damasco gris plata, con rameados de carmín muy tenue, o en terciopelo de seda oro pálido de color unido. El cubrefuegos es de bronce cincelado y cristal del más puro estilo "rocaille". La silla de la derecha es Luis XIV, en madera dorada y tapicería bordada de Aubusson, con flores brillantes. Frente a la ventana de la izquierda, la nota atrevida de una silla inglesa—Hepplewhite—al lado de una vitrina de estilo francés colonial, realizada en caoba, con incrustaciones de bronce al antiguo. Dos lámparas victorianas con pantalla de pergamino muy transparente y caídas de seda marfil sobre ánforas de porcelana de colores vivos, colocadas en mesitas de "bois de rose" o de nogal opaco, completan el fino conjunto, perfectamente concebido para crear un ambiente de gran distinción y feminidad.

JEAN LAROCHE.



Las telas
más selectas
en lanería y
sedería



Pañería fina de Caballero, de gran resultado

PRECIOS ESPECIALES

CABALLERO DE GRACIA, núm. 10 (Frente al Oratorio)

"Germán y Dorotea"

Tres son las obras célebres de Goethe: el Werther, Germán y Dorotea y Fausto. La primera es una explosión romántica juvenil; la segunda, la victoria nacional de la plenitud; la tercera, la serenidad universal de la madurez. Tuvo más resonancia histórica Werther; tiene más fama mundial Fausto; es la preferida de los alemanes Germán y Dorotea, porque encarna las virtudes burguesas de aquel pueblo.



LOS pobladores germanos de las riberas del Rin huyen ante la invasión de los franceses revolucionarios; van hacia el interior de Alemania, en caravanas de hombres y de mujeres, de adultos y de niños, de animales y de enseres domésticos. Al atravesar una de las ciudades que hallan a su paso, acuden a socorrerlos los habitantes de la misma, entre ellos un gallardo joven, hijo

único de los dueños del mesón "El León de Oro", de la ciudad, que, por encargo de sus padres, lleva a los fugitivos ropas y alimentos.

El joven, llamado Germán, se encuentra con una muchacha que dirige, arrogante, una carreta de bueyes, en cuyo interior reposa una recién parida. La muchacha le pide al joven ropas para cubrir a la madre y al hijo, y Germán tiene la dicha de poder complacerla, dándole todas las que lleva. También le da los alimentos, para que ella, que parece tener ascendiente sobre los demás viajeros, los distribuya según su juicio.

La belleza, la soltura y la disposición doméstica de la joven desconocida han cautivado a Germán, quien, de regreso a su casa, no puede ocultarlo al exigente padre. El padre toma en la umbría trastienda un vaso de vino en compañía de dos vecinos: el farmacéutico y el párroco; los tres se sienten satisfechos de haber podido socorrer a los fugitivos; cuando vuelve Germán y el padre advierte que su hijo se ha entusiasmado con una forastera, se enfurece, pues él no concibe sino que su heredero escoja a una joven del lugar y rica. Germán, chocando por primera vez con su padre, no se atreve a rebelarse, pero tampoco aguanta esta vez su enérgico sermón. Sale de la estancia y se encamina al huerto casero, donde, bajo un peral, se entrega taciturno a la meditación de su súbito amor. Allí viene solícita la madre amorosa a consolarlo y a rogarle que no contrarie abiertamente al padre, que es bueno, aunque a menudo se expresa como no siente y ordena como no desea. Deben hablarle con serenidad y reflexión. Pueden ayudar eficazmente los dos vecinos.

En efecto, los vecinos acceden al instante a intervenir con sus buenos oficios para que el asunto no tome mala senda. Ni Germán ni el padre deben encastillarse en una actitud. Ellos irán con el joven hasta el lugar en que reposa la caravana y tratarán de indagar directamente quién es la muchacha desconocida. Si sus noticias son malas, Germán renunciará a su ilusión; si son buenas, el padre la recibirá como a una digna hija.

Parten, pues, los tres burgueses en el coche que, con mano segura, maneja Germán. Entre los fugitivos, traban relación con un viejo juez, que tiene todo el aspecto de un patriarca antiguo para sus compañeros de caravana, y por él saben que la joven forastera, cuyo novio se fué a París a actuar en la revolución, y no volvió, vive sola en el mundo y es de una honradez y de un temple espiritual singulares. Estaba ella en una casa de su pueblo, con otras jóvenes, cuando entraron los invasores y quisieron atropellarlas bestialmente; y ella, quitándole el sable al primero que se acercó, lo hirió y ahuyentó a los otros.

No necesitan más datos los investigadores para formar opinión. Ven a la muchacha, y pueden comprobar también que es una excelente moza. Germán, tan resuelto hasta el momento, se acobarda de pronto, pensando que la desconocida, sin duda digna de él y de su hogar, puede tener otro amor o puede no interesarse por él. Pero el párroco le advierte que todo el que solicita a un mujer se expone a un rechazo, y él debe exponerse como cualquiera. Mientras ellos corren en el mismo coche que el eclesiástico a dar la buena nueva a los padres de Germán, el joven debe requerir a la muchacha, convencerla y llevársela.

Antes de que pueda trazarse ningún plan, Germán, solo, entre los viajeros desordenados, tropieza de nuevo con la muchacha.

Alégrase ella del segundo encuentro, porque no sabe el joven qué agradecidos le están todos con las dádivas que les hizo, y Germán se anima. Sin embargo, aún no se atreve a declarar su amor. Le confiesa que ha vuelto por ella, pero que quiere proponerle que vaya con él a su casa como criada, pues

la madre necesita una joven honesta y hacendosa para los quehaceres del hogar.

Dorotea—así se llama la joven—acepta la invitación. De todos modos, los fugitivos ya no la necesitan, y ¿qué puede hacer ella sin familia en el mundo? Va a despedirse de sus compañeros, acompañada de Germán. Por la pena que su partida causa a todos advierte, una vez más el joven, cuánto ella se había hecho estimar y cuán digno era de ser querido. Desde lejos, aún la saludan, con sus pañuelos al vuelo, los fugitivos.

Anochece. El cielo amenaza con una tormenta estival. Los jóvenes atraviesan campos para llegar a casa. Mientras caminan, Germán va informando a Dorotea sobre los suyos. Dorotea cree que, por exigente que sea el padre, llegará a conformarlo con su diligencia y su afecto. Poco antes de llegar al mesón, ya de noche, con la luna enganchada entre las nubes, Dorotea pisa mal en un escalón rústico y se tuerce un pie. La ampara con sus brazos el joven. Sin querer, casi se besan. Siguen el camino apoyándose ella en el hombro de Germán.

En el momento en que entran en casa, estalla afuera la tormenta de verano. Adentro, la gallarda pareja, para la cual la puerta parece poco, produce inmejorable impresión. El padre, rezongón, se satisface íntimamente al ver que su hijo ha elegido una buena moza. También él, cuando joven, sacaba siempre a bailar a la más hermosa, y con la más hermosa se casó. Pero he aquí que, ya cautivado por su futura nuera, le hace una broma sobre su casamiento, y la muchacha se ofende.

Es natural la ofensa de Dorotea; cree que va allí como sirvienta, y le parece pesada una broma en otro respecto; sobre todo—y lo confiesa enseguida llorando—porque ella había abrigado una remota esperanza de hacerse estimar con su trabajo en la casa y tal vez algún día interesar al joven. ¿Qué podía esperar en tal sentido si ya de entrada la humillaban haciéndole ver que sólo en broma puede hablarse de un posible amor entre ella, muchacha pobre, y él hijo de un rico?

Dorotea anuncia la decisión de retornar con los fugitivos. No conoce los caminos, truena y llueve; pero no importa, lo prefiere a permanecer unos segundos más en el lugar donde la reciben humillándola. El padre, que la oye, no sabe qué pensar. Por no mandarlos a todos a paseo, anuncia que se retira a acostarse. Pero entonces Germán, angustiado, aclara el malentendido, y si Dorotea ve de pronto realizada su dicha, la madre se siente bañada de felicidad, el padre, más contento aún que



DIBUJOS DE MIGUEL GOMEZ

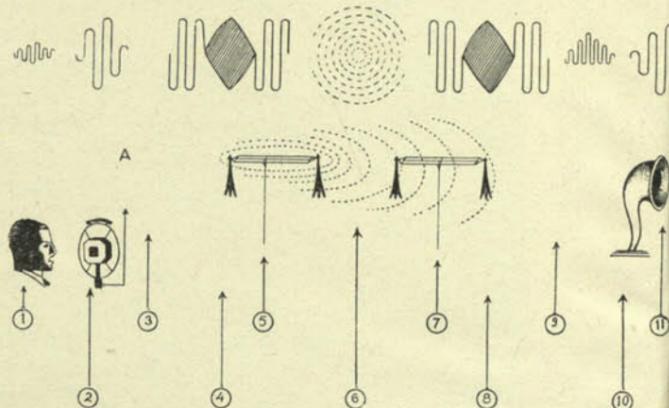
si todo hubiese venido por camino llano, los vecinos, satisfechos de su intervención, y Germán, en el colmo de la ventura al recibir impensadamente la declaración de amor de la que en unas horas ansiaba con todo su ser.

El párroco toma los anillos de boda de los padres y se los coloca a los jóvenes. Dorotea explica antes, con honda emoción, por qué llevaba otro anillo: era el del joven digno que se lo dió al partir para la revolución y no regresó nunca.

Y este es el idilio primoroso de Germán y Dorotea, dibujado por un poeta egregio sobre el fondo lúgubre de una guerra implacable.

P O R J O S E G A B R I E L

R A D I O



PROCESO DE LAS ONDAS

- 1.—Las ondas sonoras tocan el micrófono, oreja eléctrica.
- 2.—1.^a TRANSFORMACION.—El micrófono transforma los sonidos en una corriente variable.
- 3.—La corriente eléctrica variable por la frecuencia telefónica, es amplificada.
- 4.—2.^a TRANSFORMACION.—La corriente microfónica, de frecuencia acústica, y la corriente de alta frecuencia, producida por la emisora, se combinan al efectuar la emisión.
- 5.—3.^a TRANSFORMACION.—La corriente compuesta que circula por la antena crea un campo magnético y un campo eléctrico, que constituye la onda radioeléctrica.
- 6.—Las ondas radioeléctricas e propagan en el espacio instantáneamente.
- 7.—4.^a TRANSFORMACION.—La antena receptora, alcanzada por la onda radioeléctrica, crea una corriente de alta frecuencia variable, análoga a la que circula por la antena emisora.
- 8.—La corriente de alta frecuencia recibida por la antena es amplificada por medio de unas válvulas.
- 9.—5.^a TRANSFORMACION.—La corriente de alta frecuencia modulada es transformada de nuevo en frecuencia acústica, con las mismas características que a la salida del micrófono.
- 10.—La corriente modulada de frecuencia acústica, que se recibe del detector, se amplifica lo mismo que a la salida del micrófono.
- 11.—6.^a TRANSFORMACION.—Las variaciones de la corriente eléctrica de baja frecuencia se transforman en ondas sonoras, reproducción fiel de las que se emiten en aquel instante delante del micrófono.

La radiodifusión en España

Es este uno de los asuntos que más han colocado el nombre de España en una situación de indiferencia por parte de las naciones extranjeras, debido a la inferioridad que tenemos con relación a los demás países. No vamos a analizar, por ahora, las pasadas violencias internacionales, que han merecido en todo momento censuras para nuestro prestigio nacional, en lo que con la radiodifusión se relaciona; a cuantas conferencias, reuniones, conciertos, etc., hemos acudido, jamás hemos podido presentar un plan de radiodifusión digno de una nación como la nuestra, en cuya historia figura haber sido el primer país europeo que lanzó al espacio la palabra hablada; siempre hemos presentado propósitos de realización de un plan perfecto, acabado, cual corresponde, y basados en esas promesas, hemos conseguido que se nos atiendan nuestras peticiones de frecuencias en los conciertos internacionales.

Ya cuenta España con una ley de Radiodifusión votada por las actuales Cortes y en vías de ejecución plena. Es de esperar que, en un futuro inmediato, hayamos de contar con las emisoras que en ella se determinan, para que podamos, ¡al fin!, oír *broadcasting* español, con programas que contengan todos los preceptos que constituyen la medula de la radiodifusión extranjera. Lo que oímos, lo que nos atormenta diariamente, no puede calificarse como programas de radiodifusión, sino malos prospectos de anuncios, en los que la publicidad es el único esfuerzo a realizar, porque es el único postulado de las emisoras.

Si diez años son muchos para cualquier actividad de la vida, lo son mucho más en radio, cuyos constantes progresos y vertiginosa evolución producen más que nunca el efecto patente del correr del tiempo. Diez años van a cumplirse el día 2 de abril próximo de la concesión que goza Unión Radio; diez años, en los que los sucesos sobre radio han tenido hondas emociones; diez años, en los que se ha intentado por distintos medios realizar un plan de radiodifusión, sin que los deseos se vieran logrados. Por encima de las conveniencias, han asomado siempre, SIEMPRE, los egoísmos.

En esos diez años, Unión Radio ha podido hacer bastante más de lo que ha hecho por la radiodifusión nacional. Los servicios de radiodifusión con que cuenta España son deficientes, conforme afirmaba el diario *El Sol* el día 14 de abril del año pasado, "y no resisten el parangón con los de ninguna nación europea, ni siquiera con las del Norte de África. De otra parte, el contenido mismo de las emisiones es, casi siempre, poco atractivo".

¿Han variado las circunstancias que señalaba *El Sol* citado? De ningún modo; no sólo no han variado, sino que cada día se hacen más insoportables, porque se llega al término de comparación, ya que la mayoría de los radioyentes españoles van adquiriendo aparatos que les permiten captar las emisiones extranjeras.

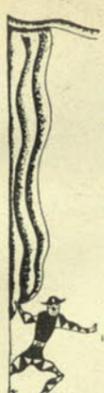
El hecho de que el Estado vaya a realizar su plan de radiodifusión no quiere decir que abandone su misión tutelar y fiscalice las emisiones, las intervenga y las ordene para evitar esa enfarragosa, pesada y molesta serie de ininterrumpidos anuncios, que convierten las emisiones en una cuarta u octava plana de publicidad pueblerina.

"VIAJE A ROMA"

10-19 enero.—Precio: 399 pesetas.

Cierre de inscripciones, 5 de enero.

ORGANIZACION SOMMARIVA
Pi y Margall, 12 MADRID



ENTRE ACTO Y ACTO

DIALOGOS IRRESPONSABLES

TEATRO

muy vistas! Ahora, es decir, cuando se decida a emprender nuevos rumbos artísticos, interpretará comedias alegres. ¿Sabe usted la primera obra que piensa montar?

—Ni idea.
—*Sol y sombra*, de Quintero y Guillén.

—¿Qué pasó en Lara hace varios días?
—¿En Lara?

—Me dijeron que Manuel González, el primer actor y director de la compañía, cabildeaba sigilosamente con un emisario de Lola Membrives...

—No haga usted caso. Son hablaturías de desocupados, que hay unos cuantos en la profesión. La cosa no tuvo ninguna importancia. El emisario de Lola Membrives, en vista de que ya no contaba con la cooperación artística de Alfonso Muñoz, fué a ver a Manuel González, y le propuso el puesto de primer actor en la compañía de Lola Membrives. El señor González recibió la proposición con lógica complacencia, pero no pudo llegarse a un acuerdo. Y no precisamente por diferencias económicas—la señora Membrives es pródiga en sus ofertas—, sino por otras razones que no es necesario reseñar.

—A propósito del teatro Lara, ¿qué tal marcha *Estudiantina*?
—Pues con un paso tan premioso, que mucho me temo que esa *Estudiantina* no pueda lucirse durante los carnavales.

—A lo mejor aprieta el paso.
—¿Quién sabe! La sorpresa es planta exuberante en los huertos de Talía.
—¡Hola!...

—¡Albricias, amigo mío, albricias! Ya tenía yo deseos de poder comunicarle una noticia importante. ¿Quiere saberla?

—No ansío otra cosa.
—La compañía Díaz de Artigas-Collado acaba de llegar a Madrid y se dispone apresuradamente a emprender su temporada en el teatro Esclava. ¡Suenen las campanas en alegre repique de arte!

—¿Planes de altura, naturalmente?
—¡Estratosféricos! Cuenta para "clou" de su temporada con *Papirusa*, una comedia de Torrado y de Navarro, que situará a estos jóvenes valores de la literatura dramática contemporánea en el pico más elevado de la montaña del talento.

—¿Y si—hecho insólito—*Papirusa*, como toda obra de calidades auténticas, no le gustara al público?

—Entonces, querido amigo, tendrían que recurrir a una comedia de Fernández del Villar o de don Honorio Maura. ¡No habría más remedio! Pero esto no ocurrirá, estoy seguro.

—¿Qué sabe usted de *Cisneros*?
—Que murió de angustia en Roa, a finales del año 1517.
—Pues ya es bastante saber.

F E I T O



Balance desconsolador

El teatro español se muere de aburrimiento

Acaba de fallecer, en agonía triste de insulseces, la temporada teatral correspondiente al año 1934. Que las almas buenas de Lope, de Calderón, de Moratín, del Duque de Rivas, y hasta de Galdós, no extremen el rigor de su desdén hacia el ridículo fantasma de espíritu dramático que se les ha entrado por las puertas del Parnaso, aprovechando un descuido imprudente de los canchiberos de la dignidad.

Ha muerto el año teatral, y en estas horas de desasosiego doloroso, en las que hasta los más duros de corazón sienten ternuras emotivas hacia lo que se va, yo, que no tengo el corazón de piedra berroqueña, ni muchísimo menos, he de confesar, sin rubores que arrebolen mi rostro, que he celebrado el estertor definitivo del pasado año de teatros con una borrachera de alegría, con un estruendo de algazara íntima, cual si se hubiese tratado de la muerte de uno de esos parientes desconocidos, tan prodigados en las comedias al uso y abuso de nuestros días, que cierran sus ojos en tierras indianas, con la tranquilidad de conciencia de haberle nombrado a uno previamente heredero absoluto de su inmensa fortuna.

Produce amargura, sonrojo, indignación pasear la vista por el espectáculo de vulgaridades—en el mejor de los casos—que han ofrecido, como regalo exquisito a la sensibilidad de España, las vitrinas más luminosas del arte dramático. Durante toda la temporada que acaba de extinguirse, las actividades escénicas se han consumido en un inocente juego de gracia disparatada y fatigosa, creada por autores de mentalidad mediocre, que limitan sus inquietudes espirituales en la línea dislocada de lo bufo. Consecuencia de este período de atrofia por que atraviesa el encéfalo del



Perлита Greco muestra sus medias SELY, de SEDERIAS LYON. La belleza natural queda resaltada con la calidad del finísimo tejido.

teatro, es el desaliento total existente en su aspecto interpretativo. Tienen los actores españoles, casi de modo general, fibra natural, intuición espontánea, cualidades, en fin, de valor positivo, que, aprovechadas inteligentemente, sometidas a una discreta disciplina artística, cuajarían, a buen seguro, en ejemplares magníficos de excelentes comediantes. Pero llegan a las cumbres de la responsabilidad sin control alguno, empujados únicamente por la fuerza de una vocación que no basta para justificar el título de regidores de destinos de arte.

Lloran las empresas el desconsuelo de sus negocios ruinosos; plañen los cómicos, con lágrimas de angustia, los rigores terribles de un paro forzoso, por el que nadie se preocupa; tocan en algarabía de alarma una canción desesperada las campanas del derrumbamiento definitivo del tinglado escénico que levantaron en años gloriosos los genios de nuestra historia. Pero nadie, ni unos ni otros, ni autores, ni actores, ni empresarios se deciden a hacer astillas del leño de su esfuerzo y encender hogueras de nuevas orientaciones, cuyas luminarias podrían llevar al teatro resplandores de inquietud, alientos de vitalidad, promesas de resurgimiento que fueran como recios puntales en los que se apoyasen los pilares firmes de una esperanza que aún no está perdida...

Pero es inútil. La experiencia desoladora de un pasado triste, más que consuelo de posibles rectificaciones del camino gris por el que discurre nuestra literatura dramática desde hace muchos años, pone en nuestro convencimiento trabas de precedente reiterado. Porque la epidemia de fiñez, de insubstancialidad, de sensación de vacío que azota al teatro español no es de ahora. Acusó sus síntomas primeros en el lapso comprendido entre la agonía del ciclo que abrió Galdós y los años juveniles del siglo actual, en que Benavente—aires de Europa llegados a España con graciosa desenvoltura—cerró el paréntesis de una época con discreto derecho a la posteridad. Desde entonces, y ya han corrido lustros, la obra dramática—con algunos intentos de dignificación, que fracasaron invariablemente entre desdenes casi generales—consume sus días entre languideces de repetición y osadías de disparate.

Y lo más triste—repetimos—es la seguridad que atena nuestra esperanza de posibles rectificaciones. Durante el año recién nacido, volverán a pasear por las carteleras de nuestros coliseos, con rojo descoco de mediocridad, títulos disparatados, sin otras aspiraciones de arte que las de producir carcajadas estentóreas para alivio espiritual de digestiones pesadas.

Y, posiblemente, *Yerma*, el admirable poema dramático de García Lorca, estrenado en el Español, expirará de soledad en deslumbrante agonía de versos...

A L F R E D O M U Ñ I Z

"Samaral"
CAMISERIA Y NOVEDADES
Av. Conde Peñalver. 16
MADRID

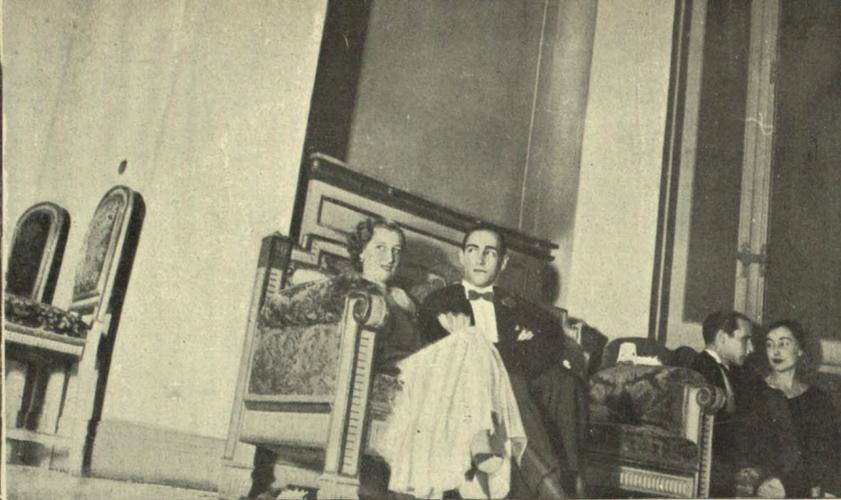
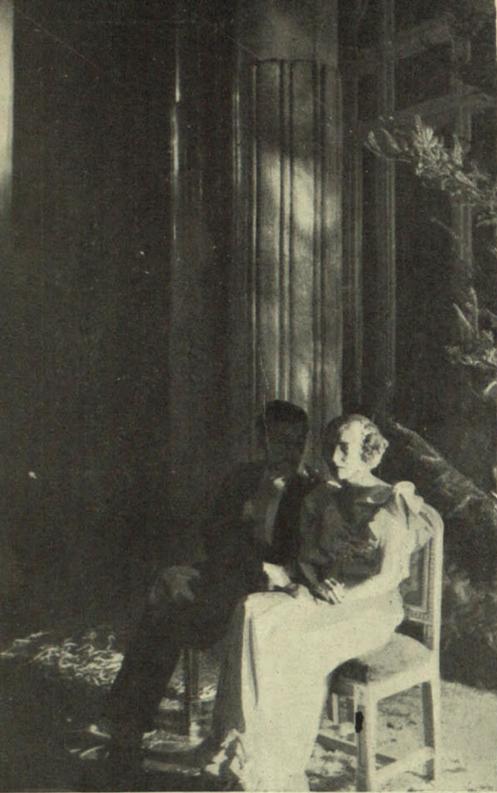
EMPORIO de VENTAS de MUEBLES
Santiago López-Maroto
Compra, venta y cambio. Hay guardamuebles.
LEGANITOS, 35.-Teléfono 11915
Carrera de San Jerónimo, 38 (antigüedades).

—Pues, señor, estoy perplejo.
—¿Por qué razón, amigo mío?
—Porque, la verdad, hasta ahora, ningún Ayuntamiento madrileño había tomado en serio el teatro Español Si no fuera así, ¿cree usted que en el escenario del "clásico coliseo" podríamos haber tolerado ciertas francachelas disfrazadas de arte? ¡Que no, vamos!
—¿Y ahora?
—Ahora las cosas parece que van a cambiar. Don Rafael Salazar Alonso está decidido a volver por los fueros del viejo "corral". Quiere que éste lo rija un Patronato inteligente; que lo encauce un director idóneo; que se contrate una compañía capaz de representar dignamente el teatro de Lope...
—Todo eso está muy bien, admirablemente bien; pero ¿en qué escondido rincón de la Península hallará el señor Salazar Alonso elementos tan fundamentales para llevar a cabo su obra?
—Tarea difícil es, en efecto...

—¡Por fin!
—Por fin ¿qué?
—Por fin ha llegado a estrenarse en la Zarzuela, después de siete aplazamientos, *Siete colores*, la opereta de Gilbert, que sale, justamente, a aplazamiento por color.
—¿Y qué?
—Una música graciosa.
—¿El libro?
—Discreto.
—¿Un éxito grande, entonces?
—Imagine usted: ¡Apotéósico!

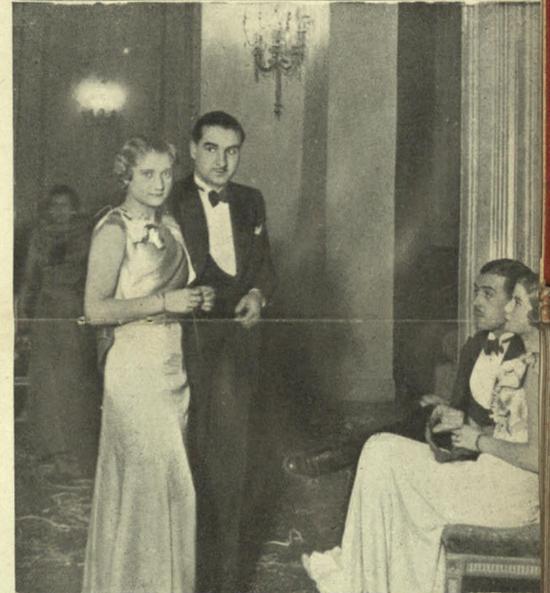
—¿Es cierto que *La risa* sigue llenando la sala del Cómico?
—Sí; pero no se haga usted ilusiones: la llena... de carcajadas nada más. Porque ¡hay que ver cómo ríe la primera actriz de ese teatro!
—¿Doña Carmen Díaz?
—Doña Carmen Díaz, la excelentísima señora doña Carmen Díaz: la mocita sevillana más auténtica, más joven y más estilizada de cuantas florecen en los tablados nacionales. ¿Usted no la conoce?
—¡Mucho! La vi y la admiré por vez primera el año 1915, en el teatro Alvarez Quintero—en aquel año los Quintero tenían su teatro—, una noche en la que celebraba su beneficio con el estreno de un entremés titulado *Hablando se entiende la gente*. ¡Qué guapa estaba!... Ya ve usted: hace veinte años y ya era mocita sevillana auténtica, joven y estilizada.
—¡Menudo lío!
—¿Qué lío?
—El que se va a armar apenas llegue a Madrid—ya surca los mares rumbo a Iberia—Lola Membrives. Vea usted: todavía no ha hecho más que enviar cables y ya se han producido varios alborotos.
—¡Cuenta, cuenta!
—Recordará usted que publicó la Prensa que Alfonso Muñoz había sido contratado para actuar de primer actor en la compañía de la señora Membrives.
—Lo recuerdo. Fué a raíz de aquel disgustillo que tuvo el mentado comediante con cierto grande personaje del mundillo de la farándula.
—Exacto. Bueno, pues ya no va el señor Muñoz con la señora Membrives, sino que irá—¡por lo que usted más quiera, guárdeme el secreto!—con la señora Xirgu.
—¿Pero la señora Xirgu no está unida en maridaje de arte con el glorioso señor Borrás?
—¡Ah!—insisto en que me guarde usted el secreto—. Es que el señor Borrás...
—¿Qué?
—¡Se separa de la señora Xirgu!
—¿Quién se lo ha dicho?
—Otro irresponsable. Yo no me trato más que con irresponsables como yo.
—Entonces puede ser cierto.
—Tan cierto como que el señor Borrás...
—¿Qué?
—¡Va a cambiar de repertorio! ¡Nada de *Alcaldes de Zalamea*, ni de *Tierras bajas*, ni de *Abuelos*, ni de *Esclavitudes*, que ya están

ABATIMIENTO
LA FALTA DE ENERGIA PUEDE SER PRODUCIDA POR UN DEFECTO VISUAL IGNORADO
CONSULTE EL INSTITUTO MEDICO OCULISTA
Cottet
PRINCIPE. 15 MADRID



P A S C U A S

en los salones y en la calle



Se ha dicho que los españoles se divierten de una manera zafia. Claro que esto se ha dicho por los que —peor para ellos— no conocen a los españoles. Y por los que no aprendieron a discernir —mucho peor aún— la diferencia que hay entre un cartón de Goya y un cartón de Teniers, en los cuales la gente se divierte con muy distinto estilo.

He aquí cómo se divierten los españoles en los salones y en la calle. Digna y bellamente. Publicamos fotografías del baile de los arquitectos en Bellas Artes y del jolgorio de la menestralía en la calle. Al español le hace señor cualquier ropa. El violín o el pandero: es igual para el designio de nuestro pueblo. A la hora del regocijo jamás descompuso la figura interior ni la exterior.





Los nuevos modelos de SEDERIAS LYON

En una de sus ya clásicas exhibiciones, celebrada la última semana en los salones que "SEDERIAS LYON", S. A., tiene establecidos en la Carrera de San Jerónimo, 30, nuestra colaboradora María Rosa Bendala ha seleccionado para nuestras lectoras estos bellísimos modelos, de exclusiva creación de "SEDERIAS LYON".

He aquí la descripción de los vestidos:

1. Traje para *cock-tail*, de tela negra con hilillo de oro. El cuerpo es una chaqueta, que, al quitarse, deja al descubierto una blusa de gasa metálica color blanco.

2. De satín negro, con dos flores en el escote: una rosa y otra azul pálido, que ponen una nota alegre en este elegante vestido.

3. Modelo confeccionado en piel de ángel, verde pálido; ceñido en la cintura, pliega el vuelo en los costados; un ramillete de flores silvestres presta a este vestido su ingenuo encanto.

4. Es de flamisol blanco, cuya cintura se adorna con flores.

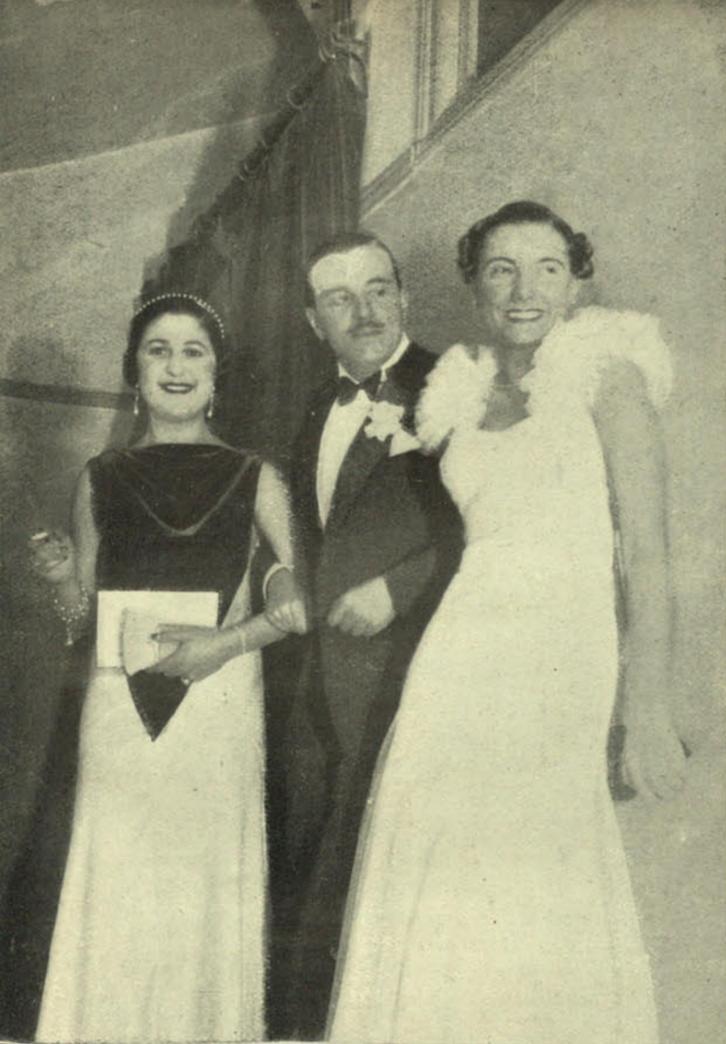
5. Vestido en "marrocaín" negro; sigue fielmente la silueta, y sus hombros se ven rodeados por una capita de tul prendida a un lado, formando dos airosos volantes.

Srta. María Carvajal.

UNA LUCIDA FIESTA SOCIAL

Una concurrencia, que por lo selecta y por las pocas frecuentes ocasiones en que actualmente se reúne era muy difícil de ver agrupada desde hacía unos años, sirvió de marco espléndido a la función que, con fines de beneficencia escolar, se celebró hace dos semanas en el teatro Calderón con tan feliz éxito, que hubo de repetirse el 29 del pasado mes.

Se puso en escena la comedia de D. Honorio Maura *Cuento de Hadas*, cuyo papel principal estuvo a cargo de la marquesa de Laula, quien lo desempeñó con perfecta maestría. Igualmente se desarrollaron con absoluto dominio escénico, encarnando sus respectivos personajes, las señoritas Regina Gamazo, en su "rol" de dactilógrafa; Loló Quiroga, bellísima, admirablemente vestida y perfecta de naturalidad, y la señora de Covarrubias, quien hizo una admirable característica. Otro tanto puede decirse del resto de las "actrices", que lo fueron Josefa Aledo, Marichu Urquijo, Ana María Jura Real, María de Lourdes Satrústegui y Antonia Cartagena. El marqués de Bolarque, Luis Satrústegui, Ramón López Montenegro, en los prin-



Gran
Mundo



Fotos GOYA, especiales para CIUDAD



cipales personajes masculinos, a los que dieron una realidad y una viveza realmente profesionales, fueron adecuadamente secundados por Fernando Coghén, el conde de Barajas, Alfonso Bustamante, Germán Gamazo y Lorenzo Gómez Acebo.

La sala, completamente llena, ofrecía un aspecto deslumbrante. Una representación nutrida del cuerpo diplomático y consular extranjero y las más ilustres familias de nuestro gran mundo ocupaban la totalidad de las localidades.

Hacían su presentación en sociedad varias jóvenes damitas, que fueron acogidas con la más viva simpatía y muy felicitadas, oyéndose lamentaciones de que la escasez de reuniones de esta índole no permita que estas presentaciones se realicen con la frecuencia que debiera de ser habitual.

En resumen: una fiesta cordial, alegre y provechosa para los fines a que su recaudación estaba destinada, en la cual, desde el primer momento, se estableció una corriente de simpatía entre el palco escénico y la sala, que permitió a los "actores" desenvolverse con toda soltura y al público gozar con los "travestis" de la gente amiga, fundada, por exigencias de la farsa, en las apócrifas libreas del servicio doméstico o en las falsas canas que rodeaban las mejillas jóvenes y frescas.

Fotos de ANGEL ARACIL

Srta. Carmen Carvajal.



LA COMISION DEL PESCADO

CUENTO CHINO
por

W.

Cuando el emperador Wang pasaba bajo los arcos de las pescaderías del mercado, llamado Aroma, de Pekín, atrajo su atención un grupo numeroso de pordioseros.

—Go Long—dijo, dirigiéndose a su canciller—, ¿existe en mi imperial Gobierno el Departamento de la Mendicidad?

—Todavía no, Majestad—repuso, sonriente, Go Long—; pero este desahuciado animal que os habla puede crear uno fácilmente.

—Pues entonces—ordenó el emperador—, como director general electo del nuevo Departamento, tienes mi autorización para explicarme las circunstancias que han motivado el que esos hombres se hallen en la miseria.

—Eso es bien sencillo, Majestad—repuso Go Long—. Esos hombres son pescadores que rogaron a los dioses que premiasen sus esfuerzos concediéndoles el poder de arrebatarle al mar copos de peces tan abundantes, que excedieran a las fantasías más exaltadas de pescador alguno de Oriente.

—Me imagino que no rezarían con el debido fervor—comentó el emperador, mientras observaba con creciente curiosidad los andrajos que descubrían las carnes de los pordioseros.

—¡Montaña de Sabiduría!—exclamó el canciller con unción—. Lo que dices es exacto, a excepción de un nimio detalle. Sucedió que en realidad rezaron con tal fervor esos pescadores, que los dioses les premiaron con una superabundancia de pescado. El pescado, Majestad, es hoy tan abundante en Pekín, que nadie lo compra. El resto de la serie de circunstancias que rodea al asunto no necesita dilucidarlo esta ignorante alimaña que os habla.

—¡Cuán raras son las leyes de la oferta y la demanda!—musitó el emperador—. ¿Qué se te ocurre aconsejarme?

—Esta indigna persona—dijo fríamente Go Long—se asombra de que la Perla del Saber pueda formular pregunta tal. Lo lógico sería nombrar una Comisión imperial para que investigara el problema.

—Cierto—reconoció Wang—. Pero, ¿crees que esa Comisión imperial podría resolver un asunto tan urgente como parece serlo éste?...

—Dándosele tiempo—afirmó Go Long con acento seguro—, una Comisión imperial puede resolver cualquier problema, por urgente que sea.

—Me conforta de modo inexpresable oírte hablar así—dijo el emperador—. Si es así, mejor sería proceder sin más demora a elegir los miembros de la Comisión. Dime inmediatamente los nombres y títulos de los ciudadanos de Pekín que conozcan más profundamente el asunto del pescado.

—Si se le permite a este inmundado reptil decirlo, ello me parece una excelente idea, Majestad—replicó Go Long—. Cuando sepamos qué ciudadanos de Pekín conocen más a fondo el problema del pescado, no tendremos ya la menor dificultad en excluirlos de la Comisión. Majestad: los hombres reputados como peritos en una materia tienen inevitables prejuicios. Vamos a buscar cerebros inéditos en la cuestión. Me propongo recabar los servicios del mejor arqueólogo, el mejor abogado, el mejor banquero, el mejor comerciante en vino y el mejor arquitecto de Pekín. Como cada uno de esos ciudadanos se ha distinguido en su profesión, es lógico que su inteligencia, dirigida ahora hacia un tema nuevo, les lleve al triunfo al tratar de resolver el problema del pescado.

—Pues hazlo así—ordenó el emperador—, y comunícame cuanto antes el resultado de sus observaciones.

De acuerdo con el deseo de Su Majestad, se constituyó la Comisión imperial del Pescado, que se reunió en la pagoda llamada de la Urgencia, situada en una calle llamada la calle del Inefable Contenido. Distráida la mente del emperador con el problema del patrón yen, la carrera del camello transchinesca y el asunto de las horas entre las que el licor vegetal fermentado podría expendirse legalmente en diversos lugares de Pekín, Su Majestad olvidó de mantenerse en contacto con el problema pescaderil.

Al término de un año, paseando otro día por las cercanías del mercado, llamado Aroma, el emperador, de repente, se dió una palmada en una sien:

—Go Long—exclamó—, ¿qué se ha hecho de aquella Comisión imperial del Pescado?

Con lenta genuflexión, el interpelado respondió:

—Este inquieto correveidile tiene mucho placer en comunicarnos que al fin se resolvió el problema del pescado.

Y añadió, con nueva reverencia:

—La Comisión imperial del Pescado terminó ayer sus labores. Ya he dispuesto la celebración de una gran Fiesta del Pescado del Imperio, para conmemorar el acontecimiento. Se erigirán en las principales calles escenarios donde se representarán cuadros plásticos de los principales momentos de la vida del pez tipo corriente. Simultáneamente, pregoneros recorrerán la ciudad recordando al público la conveniencia de retrotraer a su imaginación un marco de ambiente consustancial con el estudio del pescado. Así que con todo ello se haya estimulado hasta el rojo blanco la animación popular, los miembros de la Comisión del Pescado, ataviados con magníficas vestimentas, hechas sobre figurines dibujados especialmente por la Dirección del teatro más lujoso de Pekín, marcharán a la cabeza de un cortejo, precedidos por una banda de música y seguidos, aunque a respetable distancia, por la Reina del Pescado, una doncella elegida especialmente por su sorprendente parecido facial con un pez. Jamás se habrá visto en Pekín un espectáculo tan deslumbrante, que deberá llenar de gozo el corazón de los pobres pescadores.

—La noticia me abruma de placer—dijo Wang—. Ahora dime qué es lo que ha acordado la Comisión.

—Majestad—repuso Go Long—. La Comisión recomienda, por unanimidad, que, a fin de salvar la situación, los pescadores deberán arrojar por la borda, con un movimiento rítmico, acompañado de frases oportunas y apropiados gestos, al río Yangtse-Kiang o algún otro río, la cantidad de pescado que ellos calculen, al sacarlo del mar, que no podrán vender. No estaría mal que los pescadores, mientras se dirijan a tierra, entonen en honor de la Comisión del Pescado canciones cuyo estribillo dijese de la inmutabilidad de las leyes de la oferta y la demanda; pero esto es discrecional, y la Comisión no insiste en este punto. ¿No se deleita el Protector de las Artes al oír esto?...



DIBUJO DE BILLIKEN

—Pero, ¿se salvará la situación con todo eso?—inquirió Wang.

—Debe salvarse, Majestad—repuso Go Long con firme acento—. Lo dice la Comisión. Las leyes de la oferta y la demanda son inmutables...

—¡Hum!—rumió el emperador—. Vamos ahora a interrogar a uno de esos que llaman peritos en la cuestión. Ten la bondad de decir a aquel pintoresco y andrajoso pescador que se acerque.

El pescador fué traído a presencia de Su Majestad, ante quien se inclinó en repetidas reverencias.

—Explícale al Portador de la Felicidad—ordenó Go Long—por qué tus vestidos presentan aspecto tan chocante.

—Este imposible rufián que os habla—dijo humildemente el pescador—no puede comprarse prendas de vestir más decentes, a causa de la superabundancia de peces en el Yangtse-Kiang.

—Entonces, ¿tan enorme es el número de peces en el río?—preguntó el emperador.

—Enormísimo—aseguró el pescador con un sollozo—. Nadie en Pekín quiere comprar pescado, pues los dioses nos han bendecido haciendo que siempre saquemos nuestras redes reventando de peces.

—Y dime—añadió el emperador—, ¿qué habéis hecho siempre con el exceso de pescado que cogiais?

—Aliviador de miserias—repuso el pescador, rasgándose sus andrajos—, lo arrojamos, con un gesto rítmico, por la borda...

Traducción especial para CIUDAD, de H. L.



EL ESQUI Y LA MODA

HERMES

El modelo "Borrasca", de Hermes, es un traje de tres piezas, compuesto de una blusa y unas faldas como las que muestra el grabado, que se reemplazan para el esquí por un *plus four*. El traje es de *tweed* impermeable, beige y marrón, adornado con botones de cuero y realzado con un cinto y con hombreras en box marrón. El forro es de piel de camello.

M. DE RAUCH

He aquí dos modelos de la colección de invierno de Magdalena de Rauch, realizados con la colaboración del modisto de Saint-Moritz, Mauricio Och. El de la izquierda, el Saint-Anton, es una combinación en una sola pieza (puede ejecutársela también en dos piezas, con o sin el cierre relámpago en la cintura), para la que se ha empleado un paño tricotín negro, botones bordeados de níquel, *pull-over* con plastrón fijo y cuello vuelto. Completan el atavío unas polainas blancas y un cuello tirolés. A la derecha, un modelo Saint-Moritz. El knicker es de *loden* suizo; el chaleco, de pecarí gris, con mangas de jersey de lana, y el casco de aviador, en pecarí que haga juego. Los guantes son forrados en seda impermeable.

MAURICIO OCH

En primer plano, un traje de esquí "Baño de sol", compuesto de un "knicker" en feutranía gris; una malla de baño, de color gris y muy escotada, y una chaqueta militar del mismo tono. En los días de viento y nieve, este traje se completa con una capucha ajustada a la cara. En segundo plano, un traje Parsenn, "Cabeza de negro", cuyas mangas son abullonadas y tienen un pliegue interior en la hombrera. El traje de tercer plano tiene una chaqueta larga, cruzada, sin cuello, y deja ver la camisa o el *pull-over*. Se completa el traje con el gorro y el modelo "Baño de sol".

(De Adams, París.)



Un artístico escaparate interior de "CALZADOS SEGARRA" del Comercio de la calle de Alcalá.

EL INGENIO DE CHAMFORT

Monsieur de la Reynière servía una mesa estupenda, por lo cual siempre tenía invitados; pero su plática era aburrida. Chamfort comentó así el asunto:

—Se le come, pero no se le digiere.

—No he dicho en mi vida sino una maldad—le dijo en cierta ocasión Rulhière.

—¿Cuándo acabará?—le replicó Chamfort.

Refutábase una opinión de Chamfort sobre una obra, hablándole del público, que la juzgaba en otra forma.

—¡El público, el público!...—exclamó—. ¿Cuántos tontos hacen falta para formar un público?

Disputaba una vez con un sujeto que estaba sentado en el extremo opuesto de la mesa. El otro, más enojado, le dijo:

—Si estuvierais más cerca, os daría un bofetón; tenedlo por recibido.

—Si estuvierais más cerca, os atravesaría de una estocada; te nos por muerto.

Acababa de publicar una obra de gran éxito. Sus amigos le instaban a que editara una segunda. Se negó, aduciendo esto:

—No; es necesario dejar que la envidia limpie su espuma.

Respecto a las continuas faltas de régimen que cometía y a los placeres que se permitía, todo lo cual le dañaba la salud, Chamfort decía:

—Sin mí estaría a las mil maravillas.

GRAN QUINCENA
BLANCA
DEL 15 DE
ENERO
EN
ADELANTE

FUENCARRAL 14

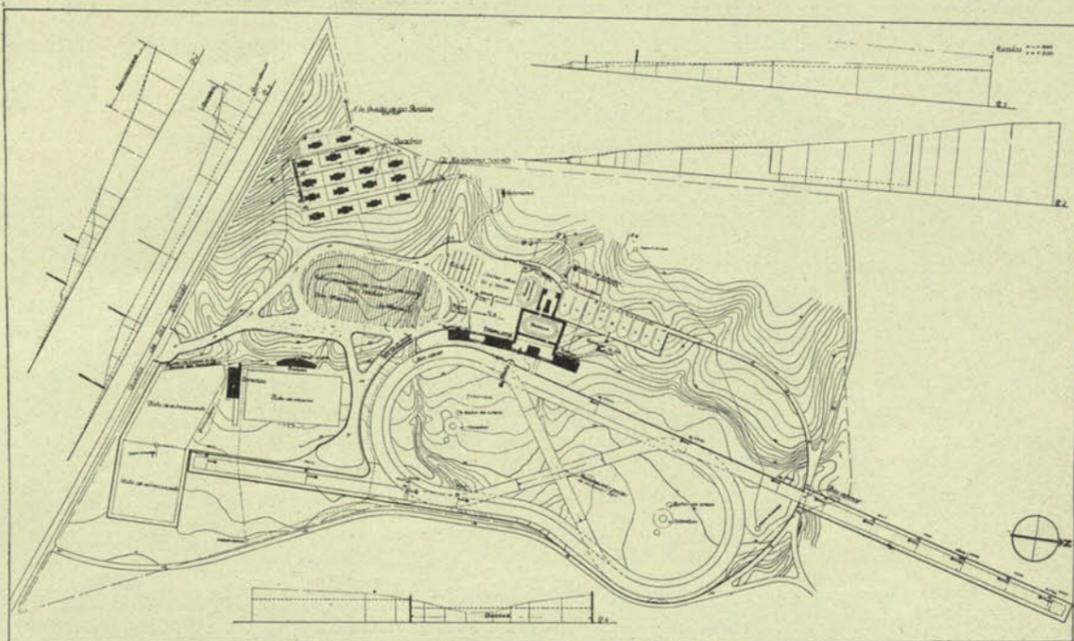
El Estrecho

HIPISMO

ACTUALIDAD HÍPICA

Concurso de proyectos para el Hipódromo madrileño

Por el "PAJARO"



El proyecto premiado.

Cortesía de "Hormigón y Acero"

Cuando estas cuartillas vean la luz pública, el jurado clasificador habrá tomado decisión sobre los tres proyectos que ha de adquirir y premiar; pero no será tarde para que quien tenga en su mano remediarlo pueda reflexionar y tomar las medidas conducentes a que no se dote a Madrid de un hipódromo que, costando tres millones y siendo construido de nueva planta, no reúna condiciones y sea deficiente y mezquino.

Salta a la vista de todo aficionado que acude a visitar la exposición de los proyectos del nuevo hipódromo, la unanimidad con que siete de los concursantes han interpretado las pistas, y sólo dos introducen, en el mismo trazado general, algunas modificaciones, encaminadas a subsanar las importantes deficiencias que se aprecian en el trazado comúnmente adoptado.

Observada por nosotros esta anomalía en la primera visita, nos dedicamos a indagar el porqué de esta coincidencia en asunto tan importante, y que, por otra parte, mostraba graves deficiencias.

Pudimos averiguar que en las bases del concurso estaban ya marcadas las pistas y que estas pistas no sólo figuraban señaladas en el plano que servía de dato en las bases del concurso, sino que estaban ya construidas casi totalmente en el terreno. Estos hechos consumados y el no indicarse taxativamente en las bases del concurso la modificación de las pistas, hizo que los arquitectos concursantes se atuvieran a ellas. Hubo dos, sin embargo, que al ver los defectos importantes que las pistas marcadas reunían, se decidieron a introducir algunas modificaciones que las hicieran aceptables.

¿Por qué las pistas, base fundamental del nuevo hipódromo, reunían tan escasas condiciones?

Muchas dificultades ha tenido que ir venciendo la directiva de la Sociedad de Fomento y Mejora de la Cría Caballar de España, y en especial su presidente, el señor conde de Velayos, para que vengamos nosotros descansadamente a criticar los defectos que su obra pueda tener. Recordemos la desaparición de nuestro hipódromo de la noche a la mañana, la supresión de las subvenciones que el Estado concedía, las ruinosas temporadas de Aranjuez, la falta de comprensión y desdén de los políticos para con este deporte, y comprenderemos que si a los directivos de la Sociedad de Carreras les fué concedido, por fin, un palmo de tierra en los campos de la Zarzuela, al día siguiente ya hubiera empezado a trabajar allí la Sociedad, con el fin de tomar posesión de los terrenos, echando las raíces del trabajo como medio de sujetarlos y dificultar un cambio de criterio en esta inestable vida que lleva España. Además, había que tratar de celebrar lo antes posible carreras en Madrid que evitasen la ruina irremediable a que nos llevaban las andanzas por Aranjuez. Por todas estas precipitaciones y azares en el trazado y comienzo de las pistas, adolecen éstas de defectos, que no era fácil corregir en los primeros momentos. Lo urgente era tener dónde correr, era salvar la vida del deporte, que se ahogaba sumergido en el oleaje de circunstancias ajenas a él. El espacio de terreno concedido para hipódromo era pequeño, mezquino; pero las pistas, buenas o malas, eran indispensables y urgentísimas; si no en primavera, cuando menos era indispensable correr en otoño en ellas. La Sociedad carecía ya de medios de resistencia, la ruina la rondaba.

No nos extraña, con todas estas peripecias y angustias por que la Sociedad ha pasado, que se haya procedido a construir unas pistas sin preceder un concurso de proyectos, que asegurase, mediante detenido estudio, el máximo de ventajas, sacando todo el partido posible al terreno concedido.

Ahora los vientos parecen más moderados, la situación más estable, y, por tanto, la Sociedad de Carreras debe tratar de mejorar las pistas construidas, intentando, además, ampliar el terreno hasta ahora concedido, para que estas pistas, base del hipódromo, sean dignas de los soberbios proyectos arquitectónicos cuyo concurso se está celebrando.

"Hipódromo", según nuestro diccionario, "es el lugar destinado a celebrar carreras de caballos y carros".

Lo más importante para que estas carreras puedan celebrarse son, pues, las pistas, y que reúnan las condiciones apropiadas para que puedan celebrarse con soltura y sin que una defectuosa construcción influya variando el resultado de las luchas deportivas.

El trazado de las pistas que sirven como dato-base a los proyectos del hipódromo no reúnen las debidas condiciones, y son tan importantes algunos de sus defectos, que no resistimos a la tentación de enumerarlos, porque creemos posible corregirlos.

Si observamos las actualmente construidas, apreciaremos las siguientes deficiencias: se nota claramente que su forma elíptica no es regular, viéndose en lo que pudo ser recta paralela, y junto al río, un contraste que no hubiera sido de gran dificultad corregir.

Este contraste ha de perjudicar el buen desarrollo de las carreras que en estas pistas se celebren, toda vez que el pelotón de ca-

ballos no se adaptará en la carrera a él, sino que, al llegar al punto de la cuerda donde se inicia el entrante, seguirá en línea recta, para pasar tangencialmente al cierre exterior de la pista, en su punto más entrante, y desde allí, siempre en línea recta, seguirá a tomar nuevamente la cuerda donde el entrante termina. En todo este trayecto habrá caballos que, de ir bien colocados, pasarán a ser

encerrados y estrujados contra los palos de fuera, y después otra nueva lucha por una aceptable colocación al llegar de nuevo a la cuerda, con el consiguiente número de peniches y achuchones, que en ocasiones cambiarán el que debió ser verdadero ganador de la carrera.

Tan importante como la deficiencia marcada es la de resultar en curva las salidas de los 1.800 y los 1.600 metros, distancias clásicas y frecuentes en carreras, que, debido a ser el desarrollo de la pista de 1.800 metros, necesariamente ha de ocurrir así. Esta salida en curva lleva consigo la imposibilidad de una aceptable colocación (sin un extraordinario esfuerzo de los caballos) cuando la suerte les depare un puesto distante de la cuerda en la alineación de la salida. Estas salidas en curva ocultarán en múltiples ocasiones al verdadero vencedor.

Es, sin duda, otro error importante en las bases del concurso, la situación fijada a la meta, que, al obligar a correr a mano derecha, condiciona la recta de llegada cuesta abajo, ya que en ese sentido tiene la pista un declive del 1 por 100, inconveniente no pequeño, ya que las energías del caballo agotado se aprecian en la cuesta arriba, y no en el declive, donde el caballo se deja rodar tanto más cuanto mayor sea su agotamiento y más enérgica la monta de su jinete, con grave perjuicio de tendones, espaldas y aun de la seguridad del jockey, falseando en muchas ocasiones el resultado verdadero que hubiera tenido la carrera.

Carécese también en los proyectos de pistas de entrenamiento, y, para no haber otras, las dos de 24 metros y 15 metros, respectivamente, en que se halla dividido el ancho total de las pistas, es escasísimo.

¿Quién no recuerda las dificultades con que se tropezaba en el desaparecido hipódromo los días de galopes de prisa?

Había que guardar turno riguroso y costaba poder trabajar todos, a pesar de la buena voluntad que se ponía en lograrlo y del no crecido número de caballos, número que es de presumir que ahora vaya en aumento.

Insistimos, pues, en que esas pistas necesitan mejorarse y dotar al hipódromo de otras de entrenamiento. ¿Cómo? Consideramos el mejor remedio de todos los males de que la pista adolece, modificar lo ya construido, con arreglo a la variante propuesta en su proyecto por los Sres. Arniches, Domínguez y Torroja, en la que cambia, acertadamente, la colocación de la meta (solución considerada fuera de concurso, por salirse de las bases del mismo), y que consigue eliminar todas las deficiencias anotadas, excepto el entrante mencionado en primer término al enumerar las deficiencias de la pista.

Evidentemente, de adaptar la proyectada por los mencionados señores, habría de ampliarse en algunos metros el terreno concedido para hipódromo; pero el conseguirlo proporcionaría al propio tiempo la ventaja de poder construir en la ampliación necesaria unas pistas de entrenamiento lo suficientemente amplias para poder descargar del trabajo cotidiano a las pistas del hipódromo, reservándolas para los galopes de prisa, con lo que su estado de conservación podrá ser aceptable constantemente, evitando, además, aglomeraciones peligrosas, sobre todo los días de trabajos violentos.

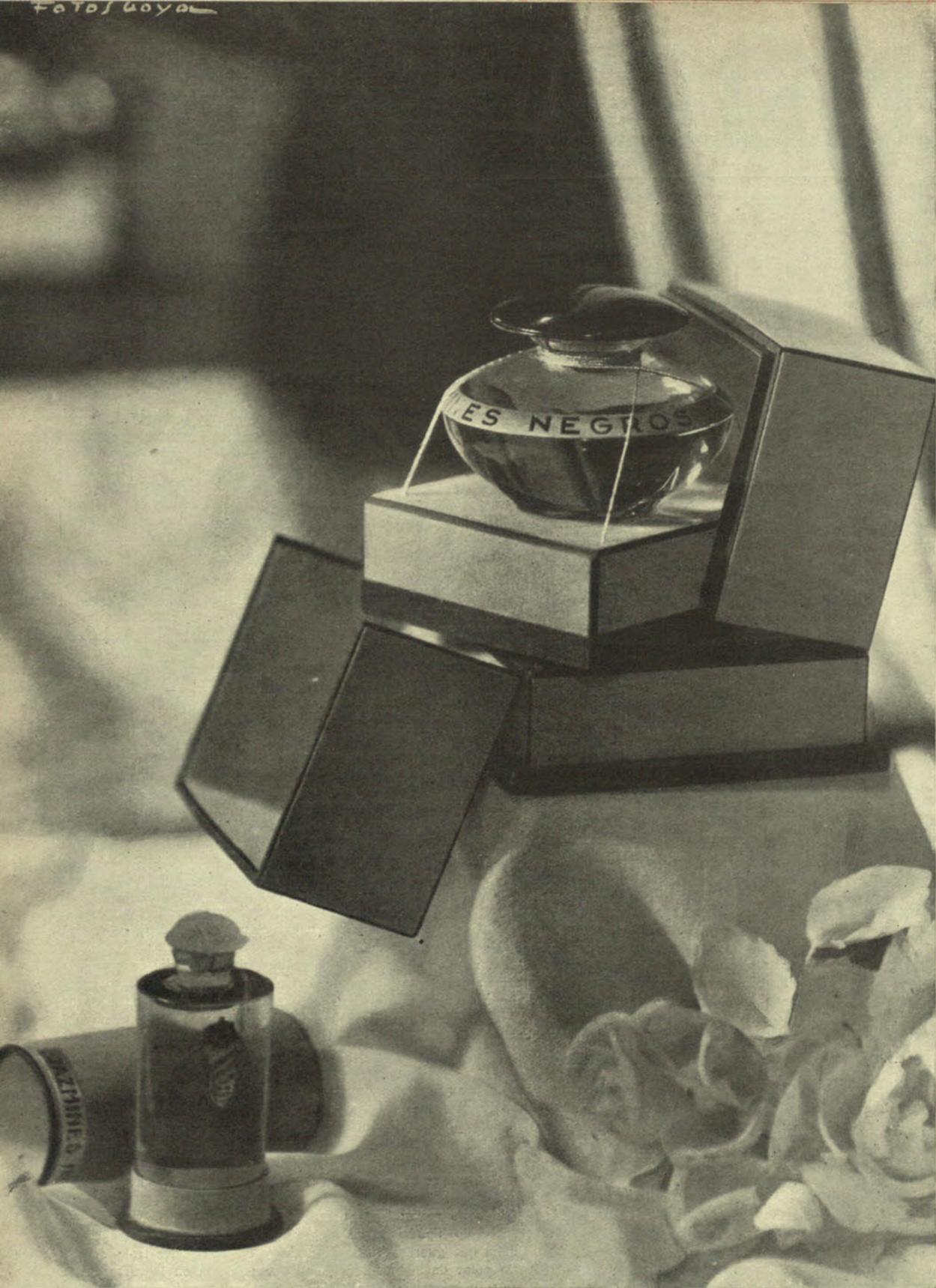
La única deficiencia que, a nuestro entender, presenta esta variante del proyecto de los Sres. Arniches, Domínguez y Torroja, es no tener corregido el entrante de las pistas generales. Pero hemos podido deducir, de conversaciones sostenidas con estos técnicos, que la reforma encaminada a corregir tan importante deficiencia no sería de grave dificultad y su costo no merece tenerse en cuenta ante la importancia de la obra a realizar.

Un inconveniente quizá podamos apuntar en algunos de los proyectos, y es que su excesiva magnificencia necesita un entretenimiento y conservación que puede ser desproporcionado con las actuales posibilidades de la Sociedad, y quizá de la vida del deporte actualmente; aunque es lógico presumir que su crecimiento vaya en aumento, hasta alcanzar la proporción que en cualquier otro país correspondería a una población de la categoría de Madrid. Al Estado le compete protegerlo, para que nuestra cría caballar mejore, procurando constituir con ella una poderosa riqueza del país, y evitando que por el abandono actual tengan nuestros jinetes que comprar al extranjero, si quieren obtener caballos capaces de defender el título de campeones del mundo que hoy ostentan.

Escritas ya estas cuartillas, me comunican la decisión del jurado, otorgando el primer premio al proyecto de los Sres. Arniches, Domínguez y Torroja, el segundo al de los Sres. Figueroa y Zarola, y el tercero al del Sr. Gutiérrez Soto.

Acertadísima encontramos la decisión, felicitando por ello cordialmente a todos.

19 diciembre 1934.



JAZMINES NEGROS

Perfume de la mas alta distinción

PERFUMERIA KABY

MADRID



Jessie Matthews, la deliciosa intérprete de "Siempre viva".



ANTES DEL ESTRENO "El Emperador Jones"

En una de las últimas reuniones del Cineclub "Geci" fué estrenada en Madrid con carácter extraordinario la película "El Emperador Jones", según el famoso drama de Eugenio O'Neill.

La versión cinematográfica de esta admirable obra adquiere, al ser asimilada por la pantalla, ciertas dimensiones que la separan, naturalmente, de su primitiva esencia teatral, pero que la dan también, en cambio, otras proporciones de distancia y perspectiva muy singulares y dignas de ser tenidas en cuenta.

O'Neill logró en este drama, con admirable facilidad, la plástica escenificación de un conflicto extraño, de complicado proceso psicológico. Un drama fatalista y oscuro, como la piel de sus figurantes humanos. El proceso consecutivo, la reacción de un hombre de color en contacto con la práctica civilización de nuestra época, listo y audaz, engreído y escéptico, consciente de su propio valer, que corre a trancos por la vida, quiere alzarse a todo trance, enriquecerse como sea y aun a costa de sus hermanos de color, explotándolos hasta en la fibra más íntima de sus supersticiones, y viene al fin a caer él mismo en lo más hondo de ese amargo pozo espiritual, absurdo y hasta cómico, donde se ahogan los reducidos horizontes mentales del negro.

Todo este recorrido íntimo de la obra va rodeado en la visión teatral de O'Neill de una serie de episodios anejos, seguro marco para el encuadre exacto del drama.

No parecía fácil para una decidida versión al cinema el célebre asunto del dramaturgo norteamericano. Entraban en su construcción materiales escasamente gráficos, limitaciones de tipo animico, seguramente poco prácticas para ser vistas por la cámara. Aparte de la necesidad de utilizar gentes de color para una realización como ésta, de enormes dificultades interpretativas.

Pero, como decimos, contando con la desviación natural de toda obra literaria al trasladarse al cinema, "El Emperador Jones" tiene, como suceso cinematográfico, una estupenda vida propia. Se amplían los horizontes de un escenario inmóvil hasta la infinita posibilidad de desplazamiento que hay en la cámara. Y entonces, un objetivo ávido y experto espía en todas las posturas la torturada conmovición espiritual del negro Brutus Jones.

Un actor de color, un gran actor negro, Paúl Robertson, lleva sobre sí con asombroso prestigio la enorme labor de dar vida en el cinema al extraño conflicto de O'Neill. Hombre de magnífica voz, además, dramática y viril, se sirve de ella en varios coros de negros, que logran una polifonía de peregrina belleza.



Cine

Sólo hay un hombre blanco en "El Emperador Jones" un tipo accidental, acertado y discreto. Todos los demás actores, de ambos sexos, negros o mestizos, acusan una dirección admirable.

Es posible que el matiz preciso del estudio se advierta demasiado en determinadas escenas, pero también es cierto que estos defectos de arquitectura en la película pasan a un término secundario ante la atlética figura de Paúl Robertson—pueril y cínico, valiente y asustadizo, con pujos de escéptico y supersticioso hasta morir—, siempre seguro intérprete de la sinuosa psicología del emperador Jones.



CONTROL CINEMATOGRAFICO

CIUDAD inaugura en su segundo número esta sección de control del Cinema que tienen ustedes delante. Con una gran claridad gráfica se esquetizan en ella los juicios objetivos e imparciales, y siempre brevísimos, de todos los films en curso de exhibición.

- "ALTO".—Deténgase usted y lea: la película merece la pena.
- ⊕ "CUIDADO".—Un film con determinadas debilidades artísticas.
- "SIGA".—Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

Aspiramos a que esta guía singular sea de indudable interés para el devoto del cinema y hasta para el simple curioso.

●

○ *La travesía molinera.*—La mejor película que se ha hecho en España. Dirección notable. Excelente trabajo interpretativo. Música y fotografía de primera calidad. Película que invita a volverla a ver.

● *El fantasma del convento.*—Una película mejicana como para llorar a gritos, no precisamente por lo truculenta, sino por lo mala. El tiempo perdido en su filmación deberían haberlo aprovechado preparando una revolución cualquiera.

○ *Tarzán y su compañera.*—Gran espectáculo. Realización fotográfica de primer orden. El director y los intérpretes aligeran con su labor magnífica la monotonía inevitable de los escenarios.

⊕ *Cleopatra.*—La ha dirigido Cecil B. de Mille... Esto quiere decir que, a pesar del cuerpo escultural de Claudette Colbert, se trata de "un plomo". "Un plomo" admirablemente presentado, eso sí.

● *Dick Turpin.*—Película inglesa muy mal dirigida y pobremente realizada. Mac Laglen no basta para salvarla.

○ *Wonder Bar.*—Espectáculo excelente. Al Jolson, como siempre, anima el film con su dinamismo interpretativo y su agradable voz. Buena música y mejor coreografía. Escenarios sorprendentes.

○ *Paso a la juventud.*—Jan Kiepura triunfa nuevamente con su voz. Película agradable por su música y fino humor.

○ *Mascarada.*—Buen trabajo de interpretación. Dirección eficaz. Buena música y fotografía.

○ *Capricho imperial.*—Vaya a verla... No a Marlene Dietrich, sino a todos, pues cada uno de los que intervienen cumple con su responsabilidad; escenografía de primer orden; realización fotográfica excelente. Fatiga un poco la dirección de Joseph von Sternberg, afectado desde hace algún tiempo de cierta lentitud cansina en la exposición escenográfica.

○ *Cristina de Suecia.*—Tal vez la mejor producción de Greta Garbo. En su reaparición, John Gilbert nos satisface. Buena dirección y fotografía.

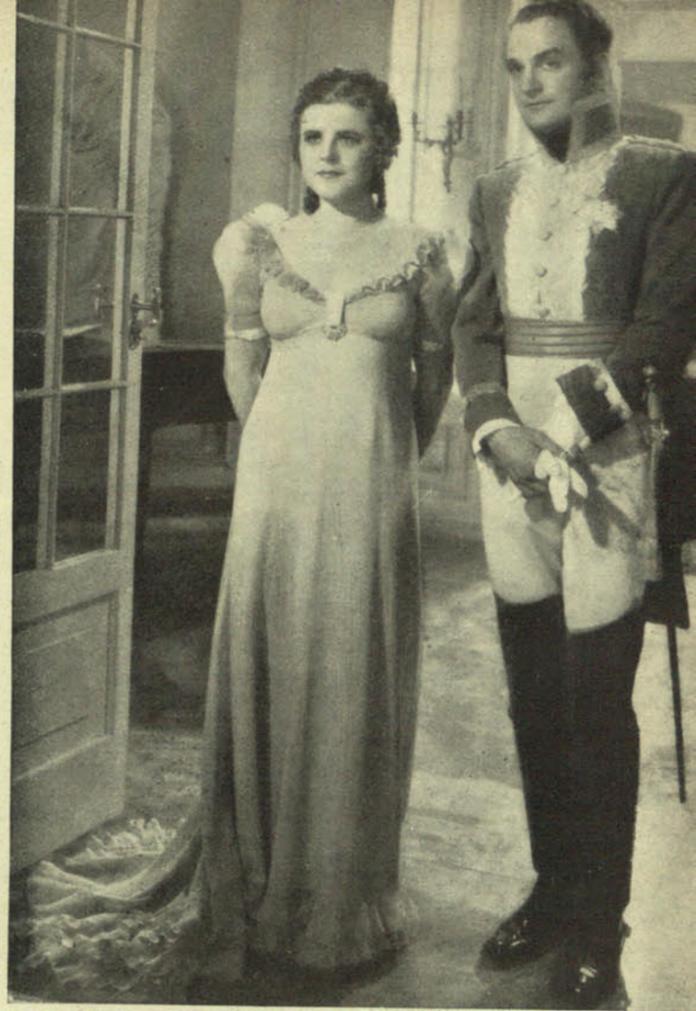
○ *Una mujer para dos.*—La mano inimitable de Lubitsch se adivina en cada escena de esta película estupenda. Buen cine. Cinema puro, sobre todo. Y este es el mejor elogio. Véanla, si pueden.

○ *El burlador de Florencia.*—Fredrich March y Constante Benet ruedan aquí sus papeles "históricos", con grata complacencia para el espectador. Film de circunstancial arquitectura, pero siempre decoroso y bien realizado. Lo recomendamos.

⊕ *Cuesta abajo.*—Carlos Gardel canta "la mar" de tangos. Esto tiene su público, naturalmente, y muy respetable. Pero no se da en la película ninguna otra circunstancia de excepción. Si a ustedes les gusta aquello...

Una escena de "Vidas rotas", la primera producción española de "Inca-Film", inspirada en una obra de Concha Espina, y cuyos primeros papeles femeninos interpretan Maruchi Fresno y Lupita Tovar.

Una escena de la película "María Luisa de Austria", cuyos principales intérpretes son Paula Wesseley y Willy Forst, que aparecen en la foto de arriba.



Paula Wesseley y Willy Forst, gran director también, principales intérpretes de "María Luisa de Austria", film de próximo estreno en Madrid.

PRODUCCION AMERICANA

California continúa lanzando sobre Europa material cinematográfico de calidades excelentes. Parece que, ante el empuje de los productores europeos, se crecen y animan los grandes estudios norteamericanos.

Así, la Paramount, por ejemplo, anuncia, entre su copioso programa, los siguientes films de importancia:

Las Cruzadas, dirigido por Cecil B. de Mille. Es ahora el tema de las Cruzadas, de Ricardo Corazón de León y los defensores de la cristiandad. Otro film "de masas", a los que tanta afición profesa el gran realizador yanqui.

Los bucaneros.—La tercera película de Cecil B. de Mille en este año, a propósito de la vida extraordinaria y las hazañas del famoso filibustero Henry Morgan, en los mares caribes.

Deseo (¿o "Capricho español"?).—La primera película de Marlene Dietrich para la temporada de 1935. El asunto se desarrolla en nuestro ambiente, y es dirigido por el constante "régisseur" de la estrella alemana, Josef von Sternberg. ¿Acaso otra "españolada"? Lo tememos, y casi lo sentimos por anticipado.

Vida de un lancero bengali.—Con Gary Cooper. Este gran actor parece que vuelve a sus éxitos de antes... *Beau sabreur*, *Marruecos*... Otro film típico, que se anuncia como uno de los acontecimientos del año.

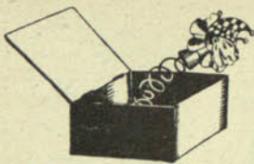
Y Carmen.—Dirigida por Ernsts Lubitsch. Gary Cooper y Claudette Colbert, "llevados" por el genio alemán del cinema. Algo bueno, sin duda, saldrá de aquí.

No se sabe si están bien casados varios astros del cine

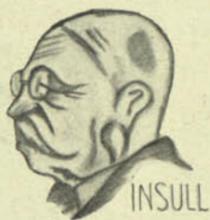
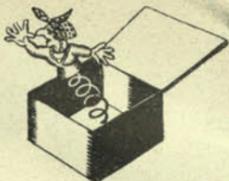
El estado marital de numerosos artistas de la pantalla se ha hecho dudoso como consecuencia de la resolución dictada por la Corte de Apelaciones de Sacramento (California), estableciendo que los divorcios de los californianos en Méjico y otros países extranjeros no tienen validez, a menos que los interesados residan, *bona fide*, en los países en que se han divorciado. Es decir, que no hayan ido allí simplemente con el propósito de obtener el divorcio.

Entre los artistas de la pantalla divorciados en Méjico figuran Richard Dix, Jack Holt, Sally Eilers, Dolores del Río y Harry Langdon.





LA CAJA DE SORPRESAS



VIDAS ENÉRGICAS El caso del financiero Insull

Su vida es un surco extraordinario de auge. Reunió una fortuna en millones, y la evaporó en un abrir y cerrar de ojos. (Dístico.)

Un cable que publicaron hace unas semanas todos los diarios del mundo decía: "En el proceso que se le seguía por quiebra fraudulenta, el banquero Insull fué absuelto, así como también sus 16 presuntos cómplices. Quedan pendientes contra ellos dos procesos: uno por desfalco, que deberá ventilarse ante el Tribunal del Estado a principios de enero próximo, y el otro, por ocultación de bienes en la quiebra, acusación hecha por el Gobierno federal."

Este fallo, dictado por el Jurado del más alto Tribunal de Chicago, pone fin al más sensacional proceso por defraudación ventilado en los Estados Unidos. Samuel Insull, el inmigrante inglés llegado a la Unión en 1880, para colaborar con Edison y convertirse luego en el magnate de las finanzas, en el "elaborador" de gobernadores, en el hombre más poderoso del Oeste americano, acaba de escurrirse de las garras de la justicia, que intentó hacerle agonizar en una cárcel, como hace poco, luego de su desastrosa bancarrota, se escurriera también de las persecuciones policíacas, a través de mares y países, en su tamaño aventura de prófugo, que conmovió al mundo civilizado.

SAMUEL INSULL

Samuel Insull nació en Londres en 1859. A los catorce años trabajaba en el "Vanity Fair", teatro de variedades. En sus ratos libres asistía a una escuela comercial. Allí aprendió cómo había de enriquecerse. Otros aprendieron lo mismo que él. Sin embargo, jamás salieron de pobres empleados de comercio. Les faltó lo que a Insull le sobraba: temperamento. Por eso triunfó.

COLABORADOR DE EDISON

En 1880, teniendo veintitún años de edad, llega a los Estados Unidos con una sola obsesión: hacer fortuna. Conoció a Edison. Este acababa de dejar su puesto de telegrafista y, en su modestísimo taller, soñaba con iluminar al mundo mediante la electricidad. Ambos se complementan: el genio de la electricidad y el de las finanzas. Insull gestó el triunfo económico y financiero de esa gran jornada. Sin uno de los dos, el mundo no estaría iluminado con electricidad. Edison creó. Insull supo aprovecharse de su creación como nadie lo hubiera hecho.



INSULL ESCALA POSICIONES

Desde entonces su carrera se orientó hacia arriba, vertiginosamente. Se separó de Edison comercialmente; la amistad creada no se deshizo jamás. Insull se incorpora de lleno al mundo de los negocios. Pertinaz, su obsesión le impulsa a marchar hacia una meta: enriquecerse. Maneja cuatro millones de dólares, amasados con privaciones y sacrificios. Dirige ochenta y cinco Compañías; es consejero de sesenta y cinco y presidente de once más. Son todas empresas de servicios públicos: electricidad, gas, aguas corrientes, hielo, tracción, construcciones y finanzas. Las entidades crecen. Sus cuatro millones son ahora mil millones de dólares. Es el magnate más poderoso del Oeste americano. Instala sus oficinas centrales en Chicago. Interviene en política, "confecciona" gobernadores, senadores y diputados. Todos ellos están a su servicio. Cuando no responden a sus inspiraciones, él, Su Majestad Samuel Insull, les derrota. Está en el máximo de su apogeo.

Grande, inmenso, colosal como su ascensión, fué su derumbamiento. Insull quiso ir más allá de donde había llegado. Todo lo había conseguido, y creyó que todo lo podía. Ese fué su error. Tentó crecer más, y un zarpazo monstruoso de la fatalidad lo redujo.

Pero Insull no esperó, sentado en su silla de presidente de directorios de infinidad de Compañías, la amargura de su tremenda bancarrota. Un día los diarios de Chicago, en gruesas titulares, informaron: "Insull ha desaparecido." Dejó a los acreedores entregados al asombro y a la ira, e inició una fuga cinematográfica a través de mares y fronteras. De Méjico salió por la puerta inmensa del Pacífico, y ya nadie supo de él. Tiempo después fué visto en Barcelona; luego, en Marsella; más tarde se dijo que había llegado a Berlín, que se le había visto en París, en Londres, en Budapest, etcétera. La policía internacional le buscaba afanosamente.



SU DETENCIÓN Y SU PROCESO

Estaba sobre un barco que debía dejar Estambul. Fué visto y reconocido. Fué detenido y repatriado a la Unión. Llegó a la tierra de sus triunfos y de su derrota como un burlador, como un cínico: para muchos, con la aureola de una triste victoria. Para él, como quien todavía alimenta una última esperanza. Es trasladado a Chicago, entre los fogonazos de magnesio de los fotógrafos. En el mundo entero se hablaba de él. Empieza el proceso, lento e interminable. Los fiscales quieren despedazarle. Sus defensores, rehabilitarle. El duelo forense es dramático. Se ventila el proceso por la defraudación más sensacional de los Estados Unidos. Mil millones de dólares, que afectan a miles de entidades y personas. El juez que entendió en la causa dió sus severas instrucciones al Jurado del más alto Tribunal de Chicago. Y éste dictamina: Insull y sus dieciséis cómplices son absueltos.

Insull ha ganado, una vez más. Su rostro de setenta y cinco años se ha iluminado de nuevo con la sonrisa del triunfador.

La extraordinaria fuga de unos presidiarios de la Isla del Diablo

Hace un tiempo, en la información telegráfica de los periódicos, vino escuetamente una noticia informando que siete penados franceses, dos italianos y un belga, fugitivos de la fatídica Isla del Diablo, habían arribado, tras cruentas penurias, a las Indias occidentales holandesas de Aruba.

Aventuras de tal índole no son frecuentes. El común denominador de los presidiarios condenados en las cienagas intransitables de la Guayana francesa prefieren la muerte lenta en aquel clima infernal a arrostrar la tamaña proeza de una evasión. Es, por lo tanto, que consideramos de interés para nuestros lectores algunos detalles sobre esa fuga.



LA SELVA Y EL MAR EN LOS MUROS DEL TERRIBLE PRESIDIO

Aruba (Indias occidentales danesas), 10.—Siete penados franceses, dos italianos y uno belga—fugitivos de la colonia francesa de la Isla del Diablo—llegaron a Aruba, frente a cuyas costas naufragó la frágil embarcación en que se fugaron.

Los fugitivos han reanudado su odisea, partiendo en una embarcación velera de 25 pies de largo, solamente con el propósito de llegar, unos a Honduras británica y otros a Colombia.

Los penados escaparon de la Isla del Diablo en un frágil canoa, tardando treinta y dos días en llegar a Trinidad, desde donde se dirigieron a Curaçao, invirtiendo en la travesía doce días, naufragando nuevamente y volviendo a naufragar frente a Aruba.—(De los periódicos.)

LA PENITENCIARÍA FRANCESA

En la América del Sur, constituyendo en cierto modo una isla limitada por el Atlántico y por las corrientes caudalosas del Amazonas, Orinoco y río Negro, dilátase un territorio peninsular llamado las Guayanas, y que está repartido entre Venezuela, Inglaterra, Holanda y Francia. La posesión de esta última nación abarca unos 88.000 kilómetros cuadrados, cerrados al norte por el Atlántico y fronterizos por el sur y por el este con el Brasil, y por el oeste con la Guayana holandesa (Surinam).

A 50 kilómetros de Cayena, capital de la Guayana francesa, emerge el archipiélago de la Salvación o de la Salud, formado por las islas del Diablo, Real y San José. Y todo ello, lo isleño como lo continental, es el pavoroso presidio donde los tribunales de Francia confinan a los que infringieron los preceptos del Código penal.

LA CAZA DEL HOMBRE

En la Guayana francesa existe una caza singular, que no se practica en ningún otro lugar del mundo: la caza del hombre.

Cayena es un penal desprovisto de altos muros que hagan difícil la evasión o, al menos, muy difícil cualquier tentativa. Allí los muros son la selva y el mar. Los presidiarios circulan con la mayor o menor libertad en la ciudad-penitenciaría. Si la aventura les tienta, los dos caminos están libres. Pero en estos dos caminos, la muerte los acecha implacablemente; la tierra de evasión es el Brasil. El presidiario que tiene suerte puede rehacer su vida. Pero de mil audaces, ¿cuántos logran pisar esa tierra?

LA EVASIÓN POR MAR

La evasión por mar es sumamente difícil y terrible. El detenido logra pocas veces reunir la suma necesaria para comprar una piragua. Suponiendo este problema resuelto, queda una probabilidad sobre mil de que la frágil embarcación alcance, por ejemplo, la desembocadura del río Oyapock. Más peligrosa es aún la evasión por el bosque. Varios ríos oponen su barrera de agua a los que quieren huir. El terreno es movedizo en muchas regiones, y guarda en sus entrañas más presidiarios que el mismo penal. Hay pequeños insectos que matan de una picadura, fieras y cazadores de hombres.

UN DEPORTE TERRIBLE

En los alrededores del penal, internados en los bosques, ambulan hombres que se dedican a la caza de los fugitivos; cuando ven un



presidiario huyendo, lo matan. El cazador carga con el cadáver del hombre "cazado" y se lo lleva a la Administración del penal, en donde recibe una cantidad de dinero por la pieza "cobrada". Hay mucha gente en las Guayanas que se dedica a ese deporte; no solamente pueden matar impunemente a un hombre, sino que reciben una paga por ello. Los hay que viven desahogadamente de este "negocio". Los cazadores de hombres marchan a la selva con enormes perros que han sido adiestrados para husmear el rastro de los fugitivos.

SOY UN FUGITIVO

He aquí cómo cuenta un fugitivo de la Guayana la primera etapa de su evasión: "Los mosquitos se ceban en nuestros cuerpos y las hormigas nos muerden la piel. No sentimos nada. A la mañana siguiente, alguien nos despierta sacudiéndonos violentamente. Estamos perdidos. Pero no: es un presidiario.

"—Huid, huid pronto—nos dice—. Vuestros compañeros han sido capturados ayer tarde por los cazadores de hombres, cuando se acercaban a un riachuelo para beber. Hoy van a dar otra batida en el bosque. Y nos dió un pedazo de pan, maíz y una naranja. Devoramos la comida como bestias y huímos hacia la selva virgen, donde los cazadores de hombres, con sus fusiles, no se atreven a internarse. Ibamos a disputar la comida al jaguar, a los monos colorados, a las hormigas gigantes, a los buitres... ¡Todo, menos volver al penal!"

LA PRIMERA ALDEA

"Uno de los nuestros—continúa narrando el fugitivo—, que era el menos fuerte, enfermó durante la travesía, y a la noche tiritaba de fiebre. Al poco tiempo murió.

"Un día advertimos un cabo que se dibujaba en el horizonte: era el cabo Orange, en Brasil. ¡El Brasil!, gritamos todos, locos de alegría. El impulso de la vela nos pareció insuficiente para correr hacia la tierra de la libertad. ¡Al Brasil, muchachos! exclamábamos, y la piragua volaba sobre el mar teñido de claro por las aguas del Oyapock. El primer pueblo que encuentran los evadidos de la Guayana es Demonty, en las orillas del río Oyapock. Allí desembarcamos los cinco presidiarios, medio desnudos, hambrientos, extenuados y sin dinero."



VIDAS INTERESANTES

M á x i m o G o r k i

Pocas existencias tan inestables como la de Máximo Gorki, el gran novelista ruso.

Sus orígenes fueron modestísimos, y, cronológicamente, su vida puede distribuirse así:

1878: Aprendiz de zapatero.

1879: Ayudante de un pintor de carteles.

1880: Peón de cocina en un barco.

1884: Comisionista.

1886: Corista y "partiquino" en una compañía teatral ambulante.

1887: Vendedor de patatas en las calles.

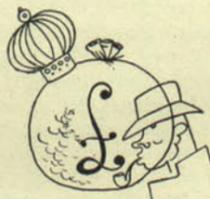
1888: Desengañado, intenta suicidarse.

1890: Copista en el gabinete de un abogado.

1891: A pie, realiza una jira por Rusia.

1892: Publica su primera novela.

A partir de esa fecha, hallado su camino, con creciente éxito, avanzó hasta el puesto que hoy ocupa en la atención universal.



Lo que cuesta a Inglaterra mantener la Casa reinante

El "Daily Express", de Londres, acaba de echar cuentas de lo que cuesta al pueblo británico el sostenimiento de la Casa de los Windsor, con Jorge V al frente. "El rey—nos dice—no cuesta muy caro a la nación." Su lista civil llega a irrogar la cantidad anual de 472.000 libras esterlinas. Y eso que en 1931 ella sumaba 50.000 libras anuales más.

La parte principal de esa cantidad está destinada a pagar gastos imprevistos y fijos. Los gastos que se hacen en la mansión real insumen 193.000 libras; los criados de la Corte perciben 128.000 libras. Las fiestas y recepciones requieren 20.000 libras anuales, y los donativos reales, 13.000 libras, quedándole al monarca 8.000 libras fuera del presupuesto, fijado de antemano.

El príncipe de Gales percibe las entradas de duque de Cornwall, que alcanzan alrededor de 246.000 libras esterlinas anuales. Pero el príncipe no gasta más que 70.000 libras, y paga el impuesto por esta renta.

Los príncipes reales perciben el ingreso anual, cada uno, de 10.000 libras esterlinas, votadas por el Parlamento. Los que se casan, pasan a percibir 25.000 libras anuales. A las princesas reales les tocan 6.000 libras esterlinas anuales.



MODAS

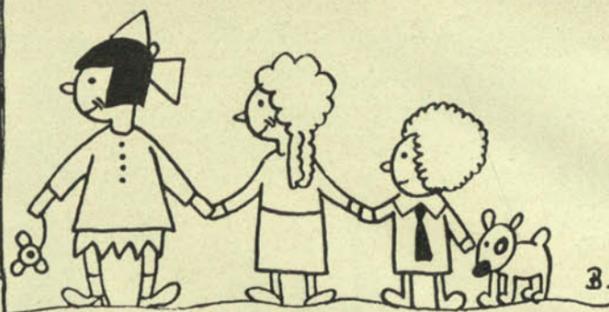
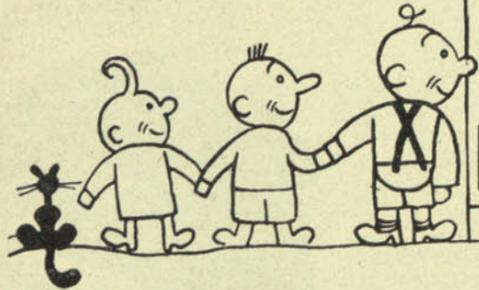
Tissu Cravalle rayado en negro,
gris y blanco.

Paillets charprante de tonos ma-
rrón-morado; la blusa en Crepe
Cloqué en el mismo tono.

Crepe azul marino claro con
joilet en terciopelo rojo en la
trasera de la falda.



EL PAIS DE LAS HADAS PAGINA PARA TODOS LOS NIÑOS



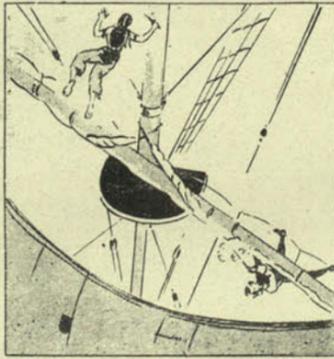
LA ISLA DEL TESORO



La tripulación pirata fué rechazada, luego de un intenso combate; sin embargo, nuestros amigos quedaron situados dentro de la choza. El Doctor escuchó en una expedición de espionaje que Juan "el Largo" había decidido bombardear el lugar en que se encontraban. Durante la noche, sin advertirles nada a sus amigos, Juanito resolvió dirigirse hasta el barco pirata para averiguar los planes de éstos.



Con el fin de salvar a sus amigos de una muerte segura, Juanito acometió la tremenda hazaña de apoderarse él solo de "El Español". Aprovechando el desorden que reinaba a bordo y las disputas que en esos momentos había entre los piratas, ascendió hasta el tope del mástil para arriar la bandera corsaria. En el preciso instante en que ejecutaba la acción fué descubierto por los enemigos.



Uno de los piratas ascendió con agilidad de mono por una de las escalas laterales hacia el sitio en que se encontraba Juanito; pero éste, más rápido que aquél, apuntándole con su pistola y disparando, consiguió derribarlo con un balazo en la cabeza. Mientras tanto, "El Español" había roto sus amarras, e, impulsado por la corriente, se dirigía hacia la playa.



Aprovechando la circunstancia de que el casco del barco se encallara en la arena, Juanito saltó a tierra, corriendo velozmente hacia la choza donde había dejado a sus amigos. Pero, ¡cuál no sería su sorpresa al encontrar, en lugar de éstos, al siniestro Juan "el Largo" y la tripulación pirata! Este—que, a pesar de su maldad, estimaba a nuestro pequeño héroe—, le manifestó que había pactado con el Doctor y sus compañeros.



Cuando Juanito informó a los piratas que había "suprimido" a los marineros que quedaron cuidando "El Español", éstos se abalanzaron con el propósito de matarle en venganza, pero fueron prestamente detenidos por el sable de Juan "el Largo". Este lo contuvo, con la advertencia de que no permitiría que se tocara al niño, y que quien lo intentara, debería hacerlo pasando por sobre su cadáver.



A la mañana temprano, Juan "el Largo" y su banda se aprestaron a marchar en busca del tesoro. Durante un descuido de los piratas, el Doctor se acercó, pistola en mano, para rescatar a Juanito; pero éste, que debía su vida a Juan "el Largo", no quiso marcharse de su lado, por haberle prometido la noche anterior continuar a su lado hasta el fin de la aventura. Ante esta negativa, el Doctor volvió hacia donde se hallaban sus compañeros.



El pirata Flin había dejado como señales del camino hacia el tesoro los esqueletos de seis de sus marineros. Siguiendo estas macabras guías, Juan "el Largo" y su tripulación llegaron hasta el pozo en que aquél se encontraba. En el momento en que los piratas se abalanzaban hacia el tesoro sonaron varios tiros, que los derribaron, muertos, por tierra: era el efecto mortífero de los rifles de los compañeros de Juanito.



Juanito corrió hacia el sitio en que se hallaban sus amigos, quedando encogido por el resplandor de las joyas y doblones del famoso tesoro. Ante los disparos, los piratas restantes se desbandaron, presas de intenso terror, dejando a su jefe, Juan "el Largo", a merced de los enemigos. El jefe pirata, aplastado por la derrota, se acercó en silencio.



Con el tesoro bien guardado en sus bodegas, "El Español" ancló en Jamaica, en su ruta de regreso a Inglaterra. Mientras Juanito y sus amigos saltaban a tierra en busca de marineros con los cuales repone la tripulación del barco, Juan "el Largo" quedaba sobre cubierta, vigilado por dos tripulantes fieles a nuestro héroe. Sin embargo, en un descuido de éstos, el terrible jefe pirata logró desasirse de las sogas que le sujetaban y, tirándose al agua, desapareció en pocos minu-

tos. Cuando, al anoecer, Juanito, el Doctor y el Alcalde regresaron a "El Español" con los nuevos marineros que los acompañarían en la travesía de regreso al hogar, no se sorprendieron mucho con la fuga de Juan "el Largo": ellos esperaban que, de un momento a otro, el ex compañero del pirata Flint se fugara, para proseguir sus terribles andanzas por los mares del mundo. Días después, luego de haber efectuado el aprovisionamiento para el largo viaje proyectado, "El Español" levó anclas rumbo a la costa inglesa, a la cual llegó, tiempo más tarde, sin novedades dignas de mención. Una vez en la patria se realizaron las distribuciones del tesoro, tocándole, como es lógico, la mejor parte del tesoro del capitán Flint al heroico Juanito.

Y aquí, queridos pequeños lectores de CIUDAD, termina esta historia de "La Isla del Tesoro", deseando que os hayan agradado, tanto como ellas lo merecen, las audaces peripecias de Juanito Halconero.

FIN

RIP VAN WINKLE

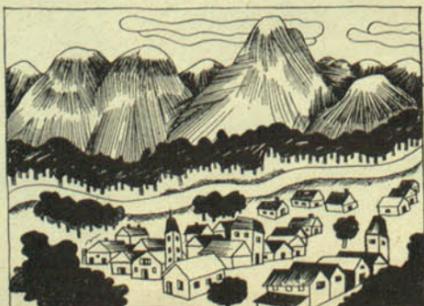
Por WASHINGTON IRVING

Todo aquel que haya remontado el Hudson recordará las montañas Káatskill. Son una desmembración de la gran familia de los montes Appalachian. Todos los cambios de tiempo, cada una de las horas del día, se manifiestan por medio de alguna variación en las mágicas sombras y aspecto de aquellas montañas, consideradas como el más perfecto barómetro por todas las buenas mujeres de la comarca.

Al pie de estas montañas encantadas puede descubrir el viajero el ligero humo rizado que se eleva de una aldea, cuyos tejados de ripia resplandecen entre los árboles. Es una pequeña aldea muy antigua, fundada por algunos colonos holandeses en los primeros tiempos de la provincia.

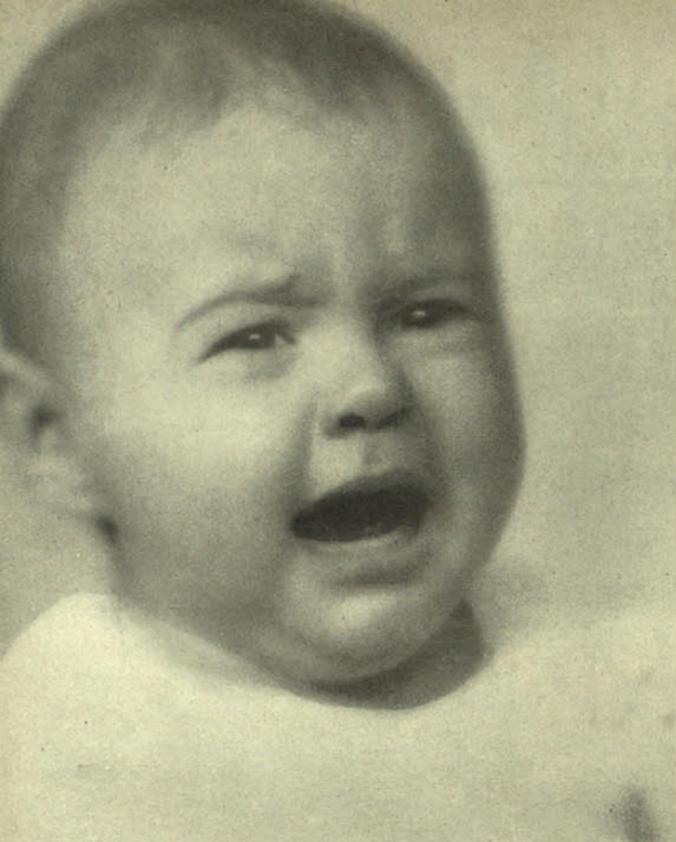
En aquella misma aldea y en una de las casas que, a de-

cir verdad, estaba lastimosamente maltratada por los años y por la intemperie, vivía hace mucho tiempo, cuando el país era todavía provincia de la Gran Bretaña, un hombre bueno y sencillo llamado Rip Van Winkle. Era descendiente de los Van Winkle, que figuraron tan heroicamente en los caballerescos días de Peter Stuyvesant y le acompañaron durante el sitio del fuerte Cristina. Había heredado muy poco, sin embargo, del carácter marcial de sus ante-



cesores. Era, además, vecino atento y marido dócil, y gobernado por su mujer. A esta última circunstancia se debía aquella mansedumbre de espíritu que le valió universal popularidad; porque los hombres que están bajo la disciplina de arpas en el hogar son los mejor preparados para mostrarse obsequiosos y conciliadores en el exterior del mismo.

(Continuará.)



Milagritos Gutiérrez Pombo y Despujol

NIÑOS DE ESPAÑA

Fotos GOYA, especiales para CIUDAD



María del Pilar, hija de los Marqueses de Vallcabra



María Garay Despujol

En busca de las infancias perdidas

POR CARMEN CONDE DE OLIVER



Concha Espina, a los cuatro años

En una revista americana Gabriela Mistral ha dicho: "¿Por qué no escribirán su infancia muchas personas de valía? Su lectura haría gran bien."

Para mí, que he recogido parte de la mía en un volumen, *Isibiloc*, porque hallaba una alegría en recordar mi niñez, estas palabras adquirieron suma importancia. Las infancias, vidas que ignoran hasta los padres, son las vidas más interesantes, por cuanto de ellas va saliendo el futuro.

No es mi ánimo, al buscar la niñez de los otros, reflejar "periódicamente" los incidentes que llenaron horas y días lejanos. Iré mejor a los detalles cuidadosamente guardados, a los que quedaron en el alma casi en olvido, y que un olor, un sonido, el color de un árbol extraen del recuerdo para exponerlos a la súbita luz del presente.

En esta galería de infancias, nada que no sea rigurosa indagación de sus raíces, de sus maravillas, de sus glorias y torturas se buscará. El mundo de la infancia es un grave misterio para los mayores. Todos fuimos niños, pero lo hemos olvidado; y circulan otros niños en torno nuestro, ajenos por completo, desconocidos. Únicamente cuando alguien más inquieto o algo más violento hunde su urgencia en nuestros sentidos, el panorama de la infancia distante se rasga de luz. ¡Entonces, el nostálgico plañir, el doliente evocar, las radiantes sorpresas con nuestros propios seres! ¿Y corrían los niños en torno nuestro sin que les supiéramos? ¿Cómo, ¡ay!, pudo irsenos de tal manera nuestra edad cumbre, la edad del barro fácil en la que Dios pudo moldearnos la vida?

Este relato de niños lejanísimos pondrá en muchos rostros sonrisas, hallazgos en otros corazones; y ésta será labor de paz.

Nos acercamos a la memoria de los interrogados temiendo que lo hayan olvidado todo, que el tiempo borrara alegrías, temores,

esperanzas para los años crueles de después. Los que hayan vivido con prisa ¿se habrán desprendido velozmente de sus imágenes? ¿Cómo encontrar ahora los ojos redondos, las boquitas suspirantes, las manos con arraigado olor de naranjas?

Y sí; yo voy a buscar a la niña, al niño que se quedó sentadito, velando, a la orilla del alma, o dormido entre los pájaros del sueño...
CONCHA ESPINA

Nació en Santander, barrio de Sotileza, muelle de las Naos. De noche, cuando las sombras andan cogidas de las manos por toda la casa, sobre una almohada, fina cabeza sueña desde los grandes ojos abiertos, magníficos de belleza pensativa, con el mar... ("Porque el mar es lo que se mueve, yendo y volviendo con roncadas declaraciones de misterios densos, mientras el paisaje de la tierra está quieto...")

Su cabecita inventa, recuerda, no para de caminar—como el mar—, porque espera que una gran voz salobre, con humo de pipas de *espuma de mar*, llame a los marineros de ojos azules para ir a la faena. Eran los "Diputados del Mar"—marineros que se turnaban en aquella tarea—, que despertaban a sus compañeros siguiendo una vieja costumbre, abandonada ya.

Al grito largo, extraño, rito de hombres para peces y sirenas de la madrugada fría, seguía un tiempo de silencio. La niña esperaba lo que seguiría: unos pasos recios, de zapatones siempre mojados, que bajaban desde la bohardilla hacia el muelle... Sobre los zapatones iba un marinero anchote, lleno de humo, asomando sobre el vaho sus ojos con sueño...

En aquellas casas de Santander de hace cuarenta años, por buenas y lujosas que fueran, vivían gentes humildes en las bohardillas. También en casa de la niña Concha Espina y Tagle, hija de una dama aristocrática y de un caballero distinguido dedicado al comercio de alto porte con América. Este detalle, último acaso, junto con la proximidad inquietante del mar, pusieron su mano en el espíritu reconcentrado de la niña; y el mar ocupa desde entonces la extensión de su vida humana y literaria: en sus veintitrés libros, el mar corre como por su pista de sal azul; dos grandes viajes al Nuevo Mundo ha hecho, hasta el presente, la autora, aquella niña de negros ojos dulces, de boquita fina, de esbelta figura: el primero, a los diecisiete años, casada y madre, a Chile.

De la época infantil en que prefería la contemplación del mar son estos retratos tan lindos, cruzados ya por un destino de tristeza, de sacrificio; el segundo pertenece a los trece años, y se lo hizo como recuerdo para Elvira Soriano, amigueta murciana que retornaba a su ciudad natal.

La niña del mar era pálida de expresión; a veces, súbitos arrebatos de alegría, de gracia; pero el tono general fué lento, meditativo, con luz de ansiedades prematuras. Una precocidad sentimental conmovía la vida en preparación. Bajo el halo religioso de las lecturas maternas, la niña soñó con viajes a tierras sin fe, para gritar en ellas la suya viva, obstinada, que fué lo único que no le arrancó el destino de trabajos sufridos y dolientes.

¿Jugar? Sí, pero, ¡ay!, que todas las amigas, las hermanas, corrían mucho y la dejaban atrás, decepcionada hasta que el hallazgo de una flor, del olor grato del atardecido, la salvaban.

Pronto aparecieron los versos propios. Llegaba a su casa una revista madrileña, *La Niñez*, en la cual aquellas personas que nada

saben de la infancia escribían tristísimos poemas sobre niños huérfanos, abandonados... Un calor bueno hizo el milagro de poner sonrisas en Concha; y empezó a decirle a su madre versos suyos para que se los escribiera, pues aún ella no lo sabía hacer. ¡Deliciosa complicidad poética entre la madre y la niña! ¡Con qué hermosa letra y en qué blanco papel se escribirían aquellos versos primeros! Esta comprensión maternal, tan delicada intimidad, marcaron en el espíritu de la niña una huella más de belleza: Concha Espina, además de escritora, es madre admirable. Puestas sus dos grandes virtudes en una balanza, sería muy difícil que superara la una a la otra.

Conducta infantil limpia, recta, por amor a la belleza despierta desde temprano, por fervor a la intuitiva armonía. Vida de infancia serena, sin otras grandes emociones. A los quince años perdió a su madre: cambio intenso de fortuna y la ida y estancia en Ujo, pueblo minero que más tarde le hizo escribir *El metal de los muertos*.

La única época tranquila, serena, ensoñada de la existencia de Concha Espina es su infancia, hacia la cual ella ha vuelto tantas veces sus miradas y su corazón.

Muelle de las Naos, grito partiendo la fruta negra de la noche como un cuchillo blanco de sal; pasos hacia el mar de grandes espaldas yodadas... Y la mano bajo la sien, un estremecimiento en el diminuto pecho, los ojos ensanchándose entre la sombra espesa... El destino esperándola desde las cuatro esquinas del mundo.

Así fué de reconcentrada y de sensible aquella lejana niña de Concha Espina.

1934. El Pardo.



La ilustre novelista en la adolescencia

MODELOS DE INVIERNO

He aquí la descripción de tres modelos para día:



1. Abrigo de terciopelo negro y piel de zorro; es completado por un gran manguito y una toca también de piel.

2. De lana color rosa viejo, adornada con piel de marta cibe-llina.

3. Este conjunto en paño beige; las mangas, el cuello y el gorrito son de piel de nutria.

CREACIONES DE
MARIA ROSA
BENDALA

Exclusivas para CIUDAD

CON EL MEDICO por el Dr. Fernández-Cuesta

CHIQUILLADAS

Valor higiénico de los juguetes

Lo infantil es mundo aparte; tienen los niños sus juegos, sus experimentos, sus propagandas, su poesía, su música, su romancero, su filosofía y la consiguiente repulsión por ingerencia de mayores en ese su mundo propio.—Letamendi.

Los juguetes son indispensables para los niños, absolutamente necesarios. Al poner en sus manos objetos tales, realizamos una compleja función que se extiende desde los linderos del más vano deleite hasta las profundas raíces de una educación que moldea el cuerpo y el espíritu de los pequeños.

El niño realiza su aprendizaje social con los juguetes. Su vida entera debe ser un puro juego y con los juguetes ha de formarse totalmente su educación. Hay más: un juguete, no por su valor intrínseco, ni por su mérito artístico, sino por ser algo que despierta en los sentidos de los chiquillos impresiones nuevas, que se asocian a otras anteriormente recibidas, forma, deleitándoles, su instrucción.

Todos lo sabéis, lo habéis visto todos. ¡Con qué ilusión lo esperan, con qué alegría lo reciben, cómo se ilusionan sus ojos, se enrojecen sus caras, se conmueve todo su ser!

Pronto aquella explosión estruendosa de júbilo entrará en una nueva fase: es el período de la *investigación*, cuando el chiquillo, al mover las piezas del juguete, quiere ver, ¡lo ve!, todo lo que *lleva dentro*. Logra su propósito; pero el juguete deja de serlo, para ser uno más en el montón de objetos inservibles.

Hasta esos destrozos son útiles. Podéis creerlo. Desechad, pues, esa equivocada idea de pensar que los chicos rompen los juguetes por instinto de destrucción. No. Al romperlos, lo hacen, sencillamente, por satisfacer una necesidad orgánica y natural, que no es otra que el afán de saber, palanca

poderosa de la vida que mueve el mundo en todas sus manifestaciones.

Al reprender a un niño por haber roto su juguete, tened por seguro, si el chiquillo callada y resignadamente lo abandona, que habéis cortado, con evidente perjuicio de su desarrollo intelectual, una de sus más poderosas iniciativas.

Los juguetes favorecen también el desenvolvimiento del cuerpo infantil e igualmente su instrucción. Desde el punto de vista de una sana moral de costumbres, los juguetes servirán para revelar los caracteres infantiles y concretar en los niños costumbres que, luego, en la vida de mayores, les serán necesarios, si pretendemos hacer de ese otro juguete nuestro hombres y mujeres útiles para la lucha en una existencia llena de obstáculos y de tropiezos.

Los niños tienen sus ratos de tedio, sus momentos de fastidio; con nada mejor que con los juguetes se revela esa manifestación de su carácter. Y lo *pagan* con ellos. Como no temen la *respuesta*, golpean al muñeco, lo tiran, le dirigen sus más *terribles* palabras. Pues bien: esto es igualmente útil para un buen educador, pues ello nos revelará su grado de violencia, sus razonamientos, su terquedad. Así podrá rectificarse su preparación, procurando evitar esos defectos, esas crisis coléricas, que más tarde, en el trato con hombres que responden con golpes y no con muñecos que *callan*, serán causa y motivo de grandes conflictos.

Mientras el tedio sea pasajero, pueden los padres permanecer tranquilos; pero en cuanto se haga persistente, preocupense enseguida, porque en el fondo existirá el germen de una enfermedad.

Un niño huraño, que no quiera jugar, que revele hostilidad para sus juguetes, tened por seguro que incuba en su organismo un caso patológico.

¡Hasta para manifestar una enfermedad son necesarios los juguetes! ¡Calculad si tienen importancia!

DERECHOS DEL NIÑO

La humanidad debe dar al niño lo mejor que tenga, cumpliendo estos cinco deberes:

I

El niño debe ser puesto en condiciones de desarrollarse de una manera normal, material y espiritualmente.

II

El niño que tiene hambre, debe ser alimentado; el enfermo, asistido; el atrasado, sujeto a reparación y estímulo. Los huérfanos y abandonados deben ser recogidos y amparados.

III

El niño, en momentos de peligro, será el primer defendido.

IV

El niño debe ser colocado en condiciones de ganar su vida y protegido contra toda explotación.

V

El niño debe ser educado en el plan de que sus mejores cualidades han de ser puestas al servicio de sus hermanos.

En esta sección publicaremos semanalmente notas sobre medicina, higiene y profilaxis, escritas en un lenguaje divulgador y destinadas, de modo especial, a los hogares



Sumiko Mizukubo,
"la novia del Japón"

Uno de los jóvenes actores
de los Estudios Kamata.

Tomochizuko-San, una de
las nuevas estrellas niponas.

EL OJO VIAJERO HOLLYWOOD CON OJOS DE ALMENDRA POR RAMON MUÑIZ LAVALLE

Se abrió un crujiente portón y entramos en los Estudios de Kamata, de la Sochikusa Co.

No los vigilaban expectantes ujieres con regios uniformes como los vistos en Culver City, Hollywood, etc.; no estaban tampoco presentes las infranqueables rejas ni los paredones inexpugnables. Ya, desde su puerta, advertí la pobreza de los más famosos estudios del Japón, sin que la ausencia de lujo sea impedimento para que de Kamata salga una producción excelente y abundante.

A mi lado, Sumiko Mizukubo, una de las más jóvenes y cotizadas estrellas del cine japonés, me servía de guía. Sumiko es la novia obligada de todos los estudiantes nipones, que guardan religiosamente su retrato en la cartera y llenan las salas de los cines en que proyectan su figurita menuda; entre tango y tango, en un *dancing* de Tokio, me había hablado del cinematógrafo japonés:

—El extranjero no gusta de nuestras producciones. No comprenden nuestra producción clásica, a la que califica de monótona, y crítica con burlas las películas modernas. Creo que se trata de apreciaciones excesivas; nuestro cinematógrafo no es del todo malo. Producimos mucho y mejoramos en cada muestra los valores generales. Deseo que me acompañe a nuestro Estudios de Kamata, donde en estos días me hallo filmando una nueva serie.

Y dentro de un *roadster*, con Sessue Hayakawa y su esposa Tsuru Aoki en el asiento de atrás, me encontré con aquel Hollywood con ojos de almendra, donde las caravanas de hombres en mangas de camisa que había visto llenar las calles de los Estudios norteamericanos eran reemplazadas por filas de frescas muchachitas ataviadas con quimono, y que al trotecito suave—sobre sus *getas*—entraban y salían de los viejos cobertizos situados a diestra y siniestra.

Hoy día, en que el espejismo de Hollywood se empaña al crecer por todo el mundo nuevas industrias cinematográficas, es interesante conocer lo que fuera de Europa se ofrece como producciones tendientes a cortar el imperialismo costumbrista del cine norteamericano. De los vistos en Filipinas, China, Malaya y la India, son, sin duda alguna, los japoneses—aunque pobres—los mejores estudios del Asia.

El cinematógrafo es un nuevo delirio del pueblo japonés. Sin temor a equivocación, puede afirmarse que la evolución más aguda del Japón hacia el occidentalismo se ha logrado merced al muestrario de tipos y cosas que el cine de Estados Unidos reflejó e impulsó en todas las pantallas niponas. Abiertos los ojos de las nuevas generaciones, éstas adaptaron al ambiente "lo norteamericano" con enorme preferencia sobre "lo europeo". Al éxito casi pasado del teatro clásico, la renovación antepone el cinematógrafo; al criterio del drama antiguo de heroísmo, el nuevo público prefiere el romance de amor.

Y tenemos, por la trayectoria del gusto de la gente joven, cómo en el imperio de los romanticismos surge una derivación de las películas de "gangsters" norteamericanas, explotando a las "pandas" inofensivas de los cabarets como elementos de una vida nocturna maleante—de que carecen—y que desean, sin embargo, patentizar para dar fuerza a la producción nacional, evitar el auge de la importación pelicular norteamericana y abarcar todas sus manifestaciones.

La cinematografía nipona se divide en películas clásicas y mo-

dernas. Las primeras se realizan exclusivamente a base de leyendas, romances, poemas y hechos históricos de la era de los *samurais*. Las actuales explotan el deporte, los bailes modernos, el comunismo, los recientes conflictos militares.

El cinematógrafo japonés posee personalidad, no la que le da el ambiente por lo exótico, sino aquella, tanto más positiva, que se muestra en una nueva técnica: ideas particulares de orientación central, exposiciones propias de juegos de cámara y en los recursos de efectos de luces.

Así como en el fondo de toda película norteamericana reside la moraleja sentimental del triunfo del bien sobre el mal, sintetizada en el desprestigio del villano y triunfo de la heroína y el héroe, el cine nipón, por expresión de la psicología nacional, tiene el fundamento moral del deber. El concepto del deber, heredado de los siglos, difundido más que nada en la producción clásica, no siempre se otorga—a nuestros ojos—en un ejemplo benéfico; muchas veces, para cumplirlo, el protagonista comete acciones dudosas y que pueden interpretarse como innobles para el criterio occidental, pero a las cuales hay que juzgar dentro de la compleja interpretación local del valor y la subordinación a los superiores.

Es por ello por lo que el extranjero falla en sus críticas; al no adaptarse al medio y razonar de acuerdo a los principios éticos del país, se incapacita de captar la lógica de los argumentos, y puede así sólo gozar del aspecto técnico o del interpretativo.

Sólo cuando el occidental se interioriza en la modalidad indígena,

el cinematógrafo japonés puede ser interpretado por él. Es absurdo que los norteamericanos se rían de las películas de *samurais*, cuando, en realidad, no hay diferencias entre ellas y la ingenuidad de aquellas producciones del Far-West que eran necesario alimento a un público aficionado al heroísmo de los vaqueros y que pedía hazañas en las praderas del Oeste como hoy, por madurez en su criterio, goza con las series policíacas de los "gangsters" Eliminando los detalles nativos de unos y otros, el fondo de una película de *samurais* es análogo al de otra de *cow-boys*, como las de contrabandistas de Chicago son similares a las de los *mobos*, esos ingenuos maleantes japoneses que se emborrachan con cerveza en los salones de baile de Tokio y Osaka.

En el Estudio de Kamata observo a las estrellas. Son todas ellas muchachitas que no pasan de los veinte años. Niñas la gran mayoría, a veces son transformadas por el maquillaje y los pelucones, pero vuelven pronto a sus papeles de jovencitas. Sobre los valores de la interpretación hay que partir de una característica oriental: la impavidez. Para ojos occidentales, el rostro asiático carece de expresión; nos engaña su aparente falta de vida, cuando sólo es carencia de costumbre en sus expresiones, gestos, modos de expresar sentimientos; la sobriedad de expresiones, tan peculiar en los orientales y acentuada en los japoneses, desorienta al espectador occidental. Muchos meses de diaria asistencia al cinematógrafo, en compañía siempre de artistas de la talla de Sessue Hayakawa, que me ayudaban con sus explicaciones, me permitieron captar la escala emotiva de los actores y actrices. Pudiendo hablar sobre los valores y distinguos entre ellos, no podría buscarles analogías con artistas norteamericanos o europeos, porque hay que partir de dos conceptos diametralmente opuestos sobre la utilidad de los gestos. Es como en el caso de su pintura, maravillosamente suave en un despliegue asombroso de tonos pálidos, donde la acuarela ha perdido sus secretos, pero que no puede decirse si es superior o inferior a la pintura occidental, porque son tan completamente distintas en factura, idea, colorido, que se traba todo intento comparativo. El misterio del rostro japonés se desvela en la intimidad de las salas proyectoras. El tiempo nos facilita avalorar los distintos significados de las sonrisas, el valor de las lágrimas, la importancia de los ceños adustos, el dramatismo de la boca contraída. Fué en los Estudios de Kamata donde encontré la primera verdad sobre el alma japonesa, así como en los de Hollywood perdí muchos conceptos risueños sobre los Estados Unidos.

En el Hollywood con ojos de almendra no hay lujo porque la sobriedad—en todo—es una modalidad racial. Carecen de instalaciones gigantes, de elementos técnicos; se ven pocas cámaras, escasos recursos para el sonido, diferente construcción en las aplicaciones de la electricidad. Los cobertizos son gris ratón; los decorados piden limosna. Pero, con todo, pasar por ellos es, como bien me lo dijeron Richard Barthemes en Los Angeles y Douglas Fairbanks en Tokio: "La manera más acertada de conocer el nuevo Japón es siguiendo los pasos de su cinematografía..."

Tokio, 1934

(Exclusivo para "CIUDAD")



Nuestro colaborador rodeado de las artistas que tomaron parte en la película por él dirigida, "Miss Tokio", basada en un cuento suyo.



Filmando un exterior.



Escena de un interior típico del Japón.



El homenaje
a Ricardo Zamora

Por LUIS OLASO



Quizá no seamos nosotros los más indicados para hacer la apología de Ricardo Zamora, pues merece bastante más que un mezoquino artículo que ensalce su labor, y, dada la amistad que con él nos une, parecería que fuese ella la que habla y no la justeza de criterio; pero sus cuatro lustros de brillantísima vida deportiva y el hecho de ser su figura la máxima representación del fútbol español son circunstancias que le hacen acreedor a la admirativa estimación de todos.

Adolescente todavía, destacó su recia personalidad, causando asombro sus grandes facultades y su intuición maravillosa del juego, que, en un afán digno de superarse, produjo el mejor portero español y, más tarde, del mundo.

Único superviviente de la "vieja guardia" que en la "gesta" de Amberes tanto contribuyó a descubrir y valorizar el fútbol, y últimamente en Italia, rejuvenecido completamente y dispuesto de nuevo a revalorizarlo (ya que en las bolsas deportivas no nos cotiza-



El gran guardameta visto por Mazuelos.

ban), merece el agradecimiento de todos los deportistas españoles. Entusiasta de su profesión, jugador disciplinado, excelente compañero, respetuoso con el público, el homenaje merecidísimo y oportuno, al cual respondió la afición entera, habrá satisfecho su justo orgullo de deportista.

Nosotros le deseamos más éxitos en lustros sucesivos, hasta que la ciática le meta un goal.

EL PARTIDO

El partido que servía para controlar valores con vista al próximo partido España-Francia no habrá entusiasmado al Sr. García

DEPORTES

Salazar, siendo a estas horas seguramente la línea media del equipo nacional motivo de preocupación para el seleccionador.

Dos figuras sobresalieron en toda su magnitud: Luis Regueiro y Lángara, que se repartieron aplausos y goals, complementándose toda la tarde, siendo la nota más saliente del partido sus espléndidas actuaciones.

Los "matches" Madrid-Nuremberg

Nuestra protesta ante la actitud del Madrid F. C.

Cumple a CIUDAD, revista que encarna el sentir de los madrileños, dedicar unas líneas breves y concisas a los directivos del Madrid F. C., de esa veterana y gloriosa Sociedad deportiva que ostenta el titular de la villa y, bajo él, nuestra directa representación en fútbol. Líneas éstas de reproche, de justa queja ante una actitud incomprensible y lamentable. Va en ellas la expresión sincera y unánime de quienes quisiéramos mantener en todo momento a la máxima altura el pabellón deportivo de Madrid.

No aprovechamos el momento para atacar con más o menos dureza a un Club; nosotros nos hallamos al margen de todo partidismo, de esa política apasionada y ciega que, si bien apoya eficazmente la espectacularidad del fútbol, impide en cualquier caso la serenidad para la crítica. Nos dirigimos en esta ocasión al Madrid F. C., como lo haríamos, si motivo hubiere, al Athlétic. Y quizás concedamos más importancia, en nuestro dolor, al Club a que nos referimos, por ser el que ostenta la supremacía del fútbol castellano y del fútbol nacional, avalada por sus títulos de campeón de Castilla y de España.

El Madrid F. C., equipo de un profesionalismo integral, debe saber cuál es su situación en el fútbol de la Península y cuál la responsabilidad de sus representaciones. Y ese profesionalismo no debe mancillar en ningún caso la caballerosidad de que siempre dieron pruebas los dirigentes de la Sociedad. El fútbol como espectáculo es compatible con el deporte del fútbol. Basta para ello equilibrar el sentido financiero con la amplia expresión de la dignidad del deportista. Por eso el Madrid, al contratar dos partidos en el campo de Chamartín con el equipo alemán Nuremberg, no debió en ningún momento comerciar con su propio público, prestándose a un fraude que trajo fatales consecuencias para el prestigio del fútbol madrileño.

La obsesión de una posible y espléndida taquilla hizo que los directivos del Madrid F. C. compusieran el pasado día 25 un equipo plagado de reservas, en el que sólo cuatro o cinco jugadores eran titulares del cuadro campeón. Detrás de la evidente mala actuación de aquellos jugadores había una derrota, que, al repetirse el partido una semana después, y ya con un Madrid completo, produciría un lleno absoluto en Chamartín. Esto no es digno.

Al margen de ese ingreso que el Madrid buscaba, se encuentra el pabellón deportivo de los madrileños a que antes aludimos. Y ese prestigio, esa gloria acrisolada en nuestros terrenos de "sport", quedó malparada en aquel encuentro que ganaron los extranjeros por cinco a uno.

Y si bien el público comprendió indignado que aquella "víctima" no era, ni mucho menos, el Madrid F. C., el sector alemán que presenció el partido y los mensajes que se cursaron a Alemania señalaban el rotundo triunfo del Nuremberg en campo español y sobre el equipo campeón de España.

Así quedó ese día desgajada nuestra dignidad futbolística. Y el desgarró de un 5-1 en Chamartín no puede borrarse ahora ni con un triunfo semejante de los castellanos.

Insistimos: el profesionalismo no debe de ninguna manera desviar el concepto deportivo y glorioso del fútbol hispano que todos anhelamos.

Un espectáculo de mal gusto

Vamos a colocar en esta sección deportiva de CIUDAD, aunque el asunto no tenga nada que ver con el deporte, y porque en algún sitio tiene que ir, un comentario inevitable a propósito de ese desgraciado espectáculo que se celebra en estos días en el Circo.

Se le denomina pomposamente "Marathon internacional de baile", por llamarle algo, claro está, ya que de todo tiene menos de baile. La gracia de un bailarín o de una pareja no puede darse con pureza en un suceso de esta índole. Y si algunas veces parece lo contrario, es dentro de una órbita tal de crueldad para los artistas—llamémosles así—, que pierde el acontecimiento todo el sentido de lo bello y admirable que pudiera lucir en otras circunstancias.

En la pista del veterano Circo madrileño, que en el curso de su historia acogió a tanta gente ilustre, se cobijan ahora unas cuantas parejas de bailarines, aturridas y martirizadas por un trabajo de pesadilla. Ese constante caminar sin descanso alrededor del círculo de la pista, atentos siempre a las órdenes de un silbato imperativo para simular entonces unos desvaídos pasos de baile; el ronco vozarrón del altavoz fulminando sobre los mártires aquellos, en chaparrón constante, ávidos deseos del público para azuzar el torbellino de aquellaseudodanza, pagados luego con un puñado de pesetas para los héroes que más vertiginosamente se hayan producido; el hecho mismo de dar de comer a los concursantes a la vista del público... todo ello, en fin, tiene tales características de cosa intolerable para un espíritu cultivado, que no acabamos de comprender cómo se tolera.

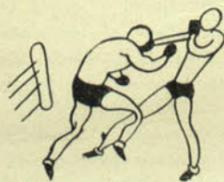
Es verdad que a nadie le obligan a bailar allí y que los figurantes en esta verdadera danza macabra ganan mucho dinero a cambio del suplicio que soportan. Pero aunque esto sea cierto, aunque no hubiera el menor peligro para su salud, que le hay, por muy controlados y a punto que se tengan los servicios médicos, el solo hecho de fomentar en el público, con un espectáculo constantemente abierto—perjuicio también, y notorio, para los demás—y barato, el afán insano de ir a ver a unos hombres y a unas mujeres muertos de sueño, tiene ya dimensiones suficientes para declararlo inmoral y de mal gusto.

Si en otras ocasiones no se ha consentido, no llegamos a comprender por qué se autorizó ahora.

NOTICARIO DEPORTIVO

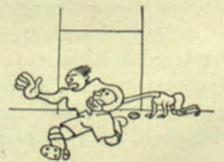
CICLISMO.—Se asegura que en la próxima vuelta ciclista a Francia intervendrá un fuerte equipo alemán de 10 corredores destacados. Es posible que igualmente intervengan otros ciclistas individualmente.

ATLETISMO.—Noticias de Berlín manifiestan que en los juegos olímpicos de 1936 los finlandeses presentarán un equipo de aproximadamente 150 atletas para las diversas especialidades.



BOXEO.—Freddie Miller, campeón mundial de los pesos pluma, ha derrotado, en un combate disputado la semana pasada en París, al campeón mundial de los gallos, Al Brown.

AVIACIÓN.—En Istres, el aviador Delmotte acaba de batir el "record" mundial de velocidad en circuito cerrado a un promedio de 502,465 kilómetros por hora.



RUGBY.—El novel equipo de Aviación, que tan acertadamente dirige Jiménez, obtuvo la semana pasada una brillante victoria sobre el Athlétic. Es digna de aplauso la actuación de los "aviadores", quienes demuestran, partido tras partido, el cariño y entusiasmo con que practican este varonil deporte. Su ejemplo se lo recomendamos a algunos clubs de fama... Tal vez al Madrid F. C.

En el suntuoso
CAPITOL
DESDE EL LUNES 31
la magnífica producción

"Volga en Hamas"

Fastuosa realización de TOURJANSKY,
con Albert Prejean, Inkijinoff
* y Danielle Darrieux *

Superproducción FILMOFONO

Marqués de
Gong Cubas, nº 11
Todos los días a las seis, té,
con grandioso programa de
varietés ♦ Todas las noches a
las once, Music-Hall, selecto

Sombreros **La Horra** Sombreros
para Caballeros para Señoras
PRECIOS DE FABRICA
Fuencarral, 22 :: MADRID :: Montera, 15



Quiénes hacemos CIUDAD, para estímulo y premio de nuestro venturoso primer paso periodístico, nos reunimos en fraterno convivio el pasado miércoles en el comedor de Capitol, donde, en torno a una mesa pródigamente servida, y ante el espoleo de unos caldos generosos, reafirmamos nuestra decisión de cuajar un gran periódico digno de nuestros lectores y del entusiasmo que nos anima.

Con nosotros estuvieron nuestros amigos colaboradores y nuestros amigos obreros también. El alcalde de Madrid se identificó con el programa urbano de CIUDAD, y D. Enrique Carrión compartió el pan de nuestra mesa.

La fiesta, espléndida en su calidad espiritual y en su realización, estuvo salpimentada de humor.

A los postres hubo el ofertorio de muchos discursos, por el justo concepto de que el esfuerzo oratorio pone en el tumulto digestivo dignidad de esfuerzo intelectual. Nuestro timonel, Víctor de la Serna, agradeció, con palabras de noble castellanía, el honor que nos hacían quienes nos acompañaban y trazó, firme y tajante, la ruta de nuestra nave, en la que ni hay escollo que su previsión no haya advertido ni sirte que, por conocida, no deje de ser peligrosa. Con verbo colorista, Víctor de la Serna pintó una excelente carta de navegación.

El alcalde de Madrid hizo un buen discurso. Dejó fluir generosamente su interminable vocación periodística y llamó su querido jefe a nuestro director, patentizando así su

ALEGRIA EN NUESTRA CASA

Un banquete para celebrar el éxito alcanzado por nuestro primer número.

compañerismo, que ya, en el próximo número, se plasmará en buenas cuartillas.

Blanco-Amor, segundo de a bordo en nuestra nave, dijo palabras de finos vuelos oratorios, en las que el ropaje fuertemente lírico abría cauce ágil al inciso acerado y al escape humorístico. Se diría que el temor a lo solemne ponía en las palabras de nuestro redactor jefe el contrapeso de una gracia y de una intención auténticas.

Olivesky, productor de riqueza, sugeridor de publicidad, moderno instinto del reclamo periodístico, afirmó su entusiasmo por la tarea común, en la que su esfuerzo tanto significa.

Don Enrique Carrión—dieciocho millones de mármoles en la Gran Vía y una cordialidad de hidalgo españolismo en el corazón—nos dedicó palabras de aliento y de aplauso, cariñosamente acogidas por todos.

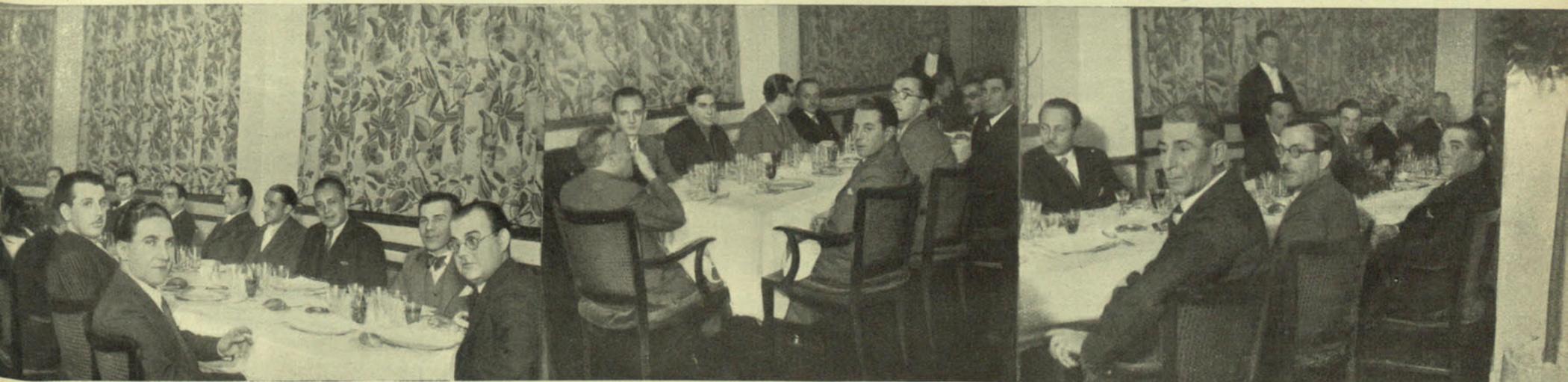
Manuel Abril—premio nacional de Literatura—expresó su bien humorada gratitud a CIUDAD, que le había descubierto sonrisa en una foto, cuando en el empeño habían

fracasado todos los fotógrafos, creándole la obsesión de su presunto gesto avinagrado del crítico profesional.

Muñiz Lavalle, duende de nuestra imprenta, declinó el acierto de su gestión en honor de la admirable colaboración obrera y tuvo para el personal de talleres justos madrigales.

Asistieron al acto los Sres.: D. Rafael Salazar Alonso; D. Edgardo Pérez Quesada, consejero de la Embajada de la República Argentina; D. Enrique Carrión; D. Guillermo de Achaval, primer secretario de la Embajada argentina; D. Víctor de la Serna; D. Pedro Mario Olivesky; don Eduardo Blanco-Amor; D. Ramón B. Muñiz Lavalle; don Manuel Abril; D. Gabriel García Espina; D. Alfredo Muñiz; D. Manuel Castro; D. Eduardo Arias Salgado; don Jaime Jiménez; D. L. Osuna; D. Félix del Valle; Sres. Bolaños, padre e hijo; D. Julio Cueto; D. Cristóbal Arteché; D. Enrique Hortelano; D. Manuel Coello; los señores Santonja y Esplandiú; Dr. Fernández Cuesta; Sr. Alfaro; D. Angel Aracil; D. Enrique Pérez Mariluz; D. Alvaro Iglesia; D. César Indarte; Sr. Otero Seco; Sr. Marcervellí; D. José Romero; Sr. Fernández; Sr. Clemares; D. Tomás el Cubano; una representación del personal de máquinas y talleres y nuestro fotógrafo.

Con el último taponazo de champaña y la última rúbrica de cordialidad y de camaradería, salimos del magnífico edificio del Capitol para hundirnos en la noche luminosa de este Madrid, magnífico en sus audacias de cosmopolitismo.

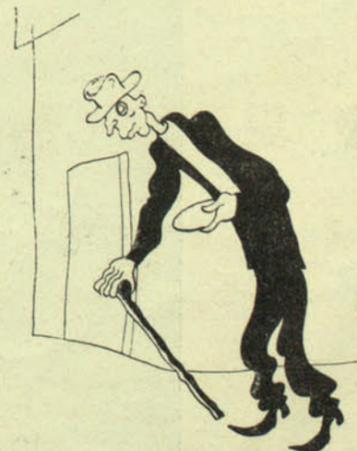


LA SEMANA, por Víctor de la Serna.
UN CUENTO, exclusivo para CIUDAD, de Benjamín Jarnés.
UN COMENTARIO DE LA CIUDAD, por el Excmo. Sr. Alcalde de Madrid.
AMBIENTE DE CARICATURA, por S. y J. Alvarez Quintero.
MOTIVOS DE BARCELONA, por Eduardo Blanco-Amor.
MALACA, por Ramón Muñiz Lavalle.
UN POEMA, exclusivo para CIUDAD, de José María Alfaro.
EL BARRIO ESPAÑOL DE NUEVA YORK, por Morris Markey—una firma norteamericana—.

EN EL PROXIMO NUMERO

MOTIVOS DE LA CIUDAD, por "Maese Buscón".
COMENTARIOS SOBRE GRANADA, por Antonio Otero Seco.
MADRID VISTO POR UN FRANCÉS HACE CIEN AÑOS.
SANTOS HERNANDEZ "EL GUITARRERO", por el Reportero X.
ALEJANDRO LERROUX GARCIA, ARMA UN BELEN, por "Lazarillo".
LOA A MADRID, por Sado Wada, famoso artista japonés.
Contendrá, además, nuestro próximo número las acostumbradas Secciones de:

MODAS, creaciones de María Luisa Bendala.
CINE, por Gabriel García Espina.
TEATRO, por Alfredo Muñiz.
DIVAGACIONES MEDICAS, por el Dr. Fernández Cuesta.
EL HOGAR MODERNO, por Jean Laroche y Santonja.
DEPORTES, RADIO, TOROS, PAGINA DE LOS NIÑOS, NIÑOS DE ESPAÑA, GRAN MUNDO, NOTAS SOCIALES, LA CAJA DE SORPRESAS, MODAS.
Ilustraciones exclusivas para CIUDAD por María Rosa Bendala, Arteché, Hortelano, Santonja, Esplandiú, Miguel Gómez y Billiken.





UFILMS-Ulargui Films

PRESENTA

en el

CINE CALLAO

AMOR...

ROMANCE...

MUSICA...



"EL ULTIMO VALS DE CHOPIN"



La dirección genial de BOLVARY, las melodías inmortales de Chopin, un guión suave y delicioso hacen de esta producción una auténtica y verdadera producción cinematográfica.

POESIA...

COLOR...

VIDA...



"EL ULTIMO VALS DE CHOPIN"

es una maravillosa sinfonía, llena de ritmos fuertes que estimulan a vivir; es la canción triunfal del genio de la música sobre románticas penas de amor y felicidad, y en cuya realización culminan, junto al valor musical, los más puros valores de la poesía y del cinema.

UFILMS se honra hoy como ayer en "Vuelan mis canciones" al poder presentar al público de Madrid este film único para los verdaderos amantes del cine y de la música.